

**ELVIO ROMERO**

Un relámpago herido

Los Innombrables

Destierro y atardecer

El viejo fuego

Los valles imaginarios

Libro de la Migración

Inéditos

**POESÍAS COMPLETAS**

**TOMO II**

**RP** ediciones



**ALCÁNDARA**

Elvio Romero nació en Yegros, Paraguay, en 1926. En 1946, a raíz de la guerra civil, abandona el país y se radica en la Argentina. Vivió sucesivamente en Brasil, Cuba, Francia, Italia. Viajó por Asia, Oriente medio, Africa, Europa y América del Sur. Leyó sus poemas y dio conferencias en los principales centros culturales del mundo.

## OBRAS PUBLICADAS

Primeras ediciones:

DIAS ROTURADOS (Edit. Lautaro, 1948)

RESOLES ARIDOS (Edit. Lautaro, 1950)

DESPIERTAN LAS FOGATAS (Edit. Losada, 1953)

EL SOL BAJO LAS RAICES (Edit. Losada, 1956)

DE CARA AL CORAZON (Edit. Losada, 1961)

ESTA GUITARRA DURA (Edit. Losada, 1961)

LIBRO DE LA MIGRACION (Edit. Leípzig, 1966)

UN RELAMPAGO HERIDO (Edit. Losada, 1967)

LOS INNOMBRALES (Edit. Losada, 1970)

DESTIERRO Y ATARDECER (Edit. Losada, 1975)

EL VIEJO FUEGO (Edit. Losada, 1977)

LOS VALLES IMAGINARIOS (Edit. Losada, 1984)

ANTOLOGIA POETICA (Edit. Losada, 1965)



## **Tomo II**

**Un relámpago herido  
Los Innombrables  
Destierro y atardecer  
El viejo fuego  
Los valles imaginarios  
Libro de la Migración  
Inéditos**



**Elvio Romero**

# **Poesias Completas**


## **Tomo II**

**Presentación de  
Miguel Angel Asturias  
y  
un poema de  
Nicolás Guillén**



ediciones — ALCÁNDARA



© Alcándara —  ediciones

RP ediciones. Eduardo V. Haedo 427. Asunción–Paraguay.

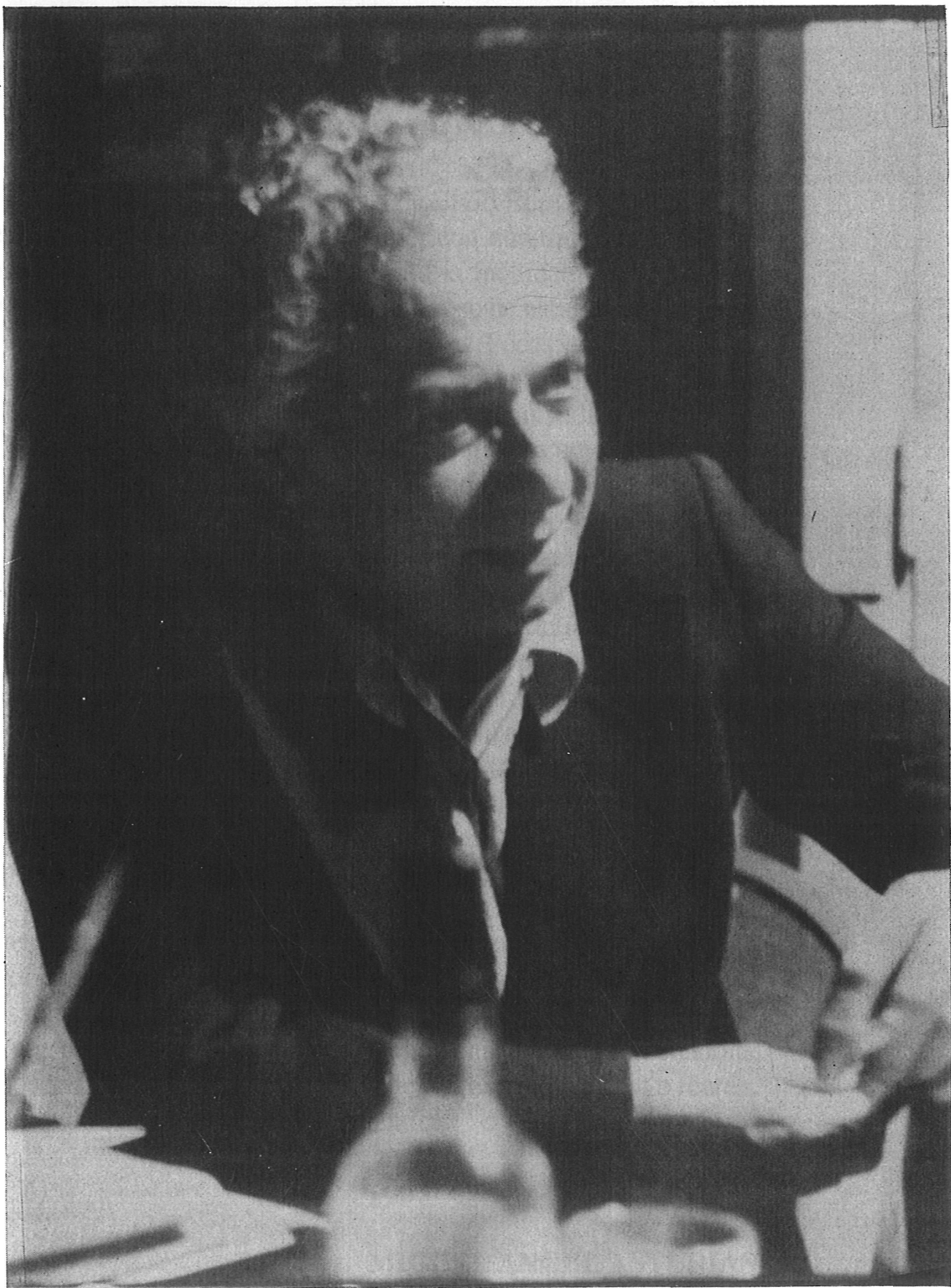
Teléfono: 498.040.

Edición al cuidado de Juan F. Sánchez.

Tirada: 1.000 ejemplares.

Composición y Armado: Aguilar & Céspedes Asoc.

Hecho el depósito que marca la ley.



ELVIO ROMERO





## INDICE

Presentación de <i>Miguel Angel Asturias</i> .....	7
Hacia el Paraguay lejano ( <i>Nicolás Guillén</i> ) .....	9

### UN RELAMPAGO HERIDO (1963 - 1966)

Un relámpago herido .....	13
A la intemperie .....	13
Al amor un nombre .....	14
En la ribera .....	16
Lluvia .....	17
Cabellos .....	18
Así es ella, me dije .....	19
Sonríes .....	20
Himno .....	21
En todo .....	21
Júbilo .....	23
Labios .....	24
Verano .....	25
Siesta .....	26
Instante .....	26
Tren de la noche .....	27
Orejas .....	29
Viene, me digo siempre .....	29
Sangre libre .....	30
Buscándote .....	31
Cuando estás lejos .....	32
Si un día .....	33
Senos .....	34
En esas horas .....	35
En silencio .....	36
Entre colinas .....	37
Le pondría .....	37
Párpados .....	38
Sombra a los pies .....	39
Signo .....	39

Nudo ciego .....	40
Ese secreto .....	41
Contusión .....	42
Cintura .....	44
Huésped .....	44
Tormenta .....	45
Pluvial .....	45
Aquel beso desnudo .....	46
En una sola tarde .....	47
Brazos .....	48
Triunfante plenitud .....	49
Pertenencias .....	50
Cuántos paisajes .....	51
Regreso .....	52
Bajo los árboles .....	52
Fertilidad .....	53
Nuestro país .....	54
En el atardecer .....	55
Sentencia .....	57
Jornada en una estrella .....	58

## LOS INNOMBRABLES (1959 - 1973)

De caminante .....	63
I- Hombre del sur (casi quiromancia) .....	63
La patria .....	65
Lo nuestro .....	66
Caminos .....	67
Trapiche .....	68
Tren con banderas .....	69
La sortija .....	70
Rasgueo popular .....	71
Con la tierra hasta la cintura .....	73
Vietcong .....	75
En la sed de la tarde .....	76
Canción del arriero .....	77
Cada vez más .....	78

Una doctrina en movimiento .....	79
Balada .....	80
Muerte en los obrajes .....	82
Nativo .....	83
Escribir para los de abajo .....	85
Bordón de octubre .....	87
Endecha .....	88
El hombre inmóvil .....	89
Para todo trabajo .....	90
En boca cerrada .....	92
Revuelta .....	92
Carta .....	93
En lenta, dura marcha... ..	94
La frontera .....	96
Secuencia de un crimen .....	98
Yacy (la luna) .....	98
Muerte de Perurimá, cuentero, enredado en su lengua... ..	101
Tributo .....	103
El tejedor de mimbres .....	104
Casa cautiva .....	105
II- Cepí Ramírez mira... ..	108
III- Morena Toro .....	116
El baile de Morena Toro .....	117
La noche con Morena Toro .....	119
IV- Nosotros, los innombrables .....	121
Jornada en la semilla.....	128
Tortura .....	130
Hombre .....	132
Con ese mismo corazón que cantaba .....	132
Un rito para el héroe .....	135
Donde se aprueba el nixonicidio y se agradece a Pablo Neruda su libro y su defensa de la revolución chilena .....	137

## DESTIERRO Y ATARDECER (1962 - 1975)

De uno y de todos .....	143
En la orilla opuesta .....	144

Cruce.....	144
Sino.....	145
Imágenes.....	146
Señales.....	147
Contrasentido.....	147
Allá.....	148
Siempre que me visitan.....	149
Mancha.....	149
Hay sombras que van conmigo.....	151
Desvelo.....	152
El reloj.....	152
El sueño.....	154
Noroeste.....	155
Marítimo.....	156
Diez años... ..	157
Parada.....	158
Para saber de mí.....	159
Poema simple.....	159
En un lejano cementerio.....	160
Culpa.....	161
Te irás un día.....	161
Ronda.....	163
El dictador.....	163
Abajo... ..	164
Desprevención.....	164
Extranjero.....	165
Esperando las lluvias.....	166
Luto.....	167
¿Destierro?.....	167
Rincón.....	168
Raíz.....	169
Ofrecimiento.....	169
Tardío.....	171
Responso mínimo.....	172
Convite.....	173
Asunción.....	173
Tarde.....	174
Ahora que me acompañas.....	175



Diciembre .....	176
Para que haya triunfo .....	177
Tu signo .....	179
Vacío .....	180
Poema del aeropuerto .....	181
Con la tierra en los labios .....	182
Albergue .....	183
Andando .....	184
Retorno será el tuyo .....	185
Nocturno paraguayo .....	186
Epitafios del desterrado .....	188

## EL VIEJO FUEGO (1977)

El amor .....	193
Aquí, entre todos .....	194
Bajo una luna grande .....	195
Cabalgata .....	196
Con tu nombre .....	197
Fiesta .....	198
Che ropea guype .....	199
En los caminos .....	200
¿Te acuerdas? .....	201
Nocturno .....	202
En marcha .....	202
A nuestro paso .....	203
Con un silbido .....	204
Vientos contrarios .....	206
En tus ojos .....	207
Saliendo de tus brazos .....	208
¿Todo sabré de ti? .....	208
El puente .....	209
De entre mis reinos .....	210
Dureza .....	211
Velando .....	212
Señales .....	213
Siempre .....	215

No al sur .....	216
Palabras .....	216
Alúmbrame con tu luz .....	217
Su boca, boca tuya... ..	218
Intemperancia .....	219
Baño .....	220
Intermedio .....	221
Una hora de recogimiento .....	222
Cantar de víspera .....	223
Son ellos .....	224
Festejo con amigos .....	225
No pesas .....	227
Manta .....	227
El germen .....	229
El hijo .....	230
Nosotros no mentiremos .....	233
A tu custodia .....	234
La historia de mi corazón .....	235

## LOS VALLES IMAGINARIOS

(1984)

I- Padre del fuego .....	241
Éxodo .....	242
Sobre aquel camino real .....	244
Relato sobre Chiró, el hechicero que acompañó a Garay a fundar Buenos Aires y regresó volando al Paraguay .....	246
Yaguavevé (el cometa) .....	248
Ynambu'í (perdiz silvestre) .....	248
Etiguará, antiguo poeta guaraní .....	249
Cará - Cará .....	251
Del campanero visionario o los delirios de Emeterio .....	253
Inmigrante de Yegros .....	255
Eloísa .....	256
Réquiem para un titiritero .....	257
Se va el circo .....	259
Madrugada .....	260
Trompo .....	261

El eclipse .....	262
Bastón de ciego .....	265
Rogativa a las lluvias .....	266
Espejismo de enero .....	268
De una flauta y un pájaro .....	269
La hondita .....	269
Pombero acecha silbando .....	270
Visitante del cielo .....	272
Yporá, el genio oscuro de las aguas... ..	273
Pueblo .....	275
Arpa calesitera .....	276
Un barco de papel .....	278
María de Jesús Riquelme .....	279
Jakairá, protector de los hechiceros .....	280
Põra, espíritu nocturno .....	282
Rogativa a los vientos benéficos (norte y este) .....	284
Curupí, sátiro silvestre .....	286
La muerte en el valle .....	288
II- Brindis al descampado .....	290
A qué cantar sino contar .....	291
Me ve pasar la misma gente .....	293
Vuelvo hacia ti, mi tierra .....	295

**LIBRO DE LA MIGRACION**  
**(YBY - ÑOMIMBYRÉ)**  
**(1958 - 1964)**

Pág. ....	301
-----------	-----

**INÉDITOS**

Me dijo que no .....	321
Los ayoreos .....	322
Malas cosas nos sucedieron .....	324
Ese caballo - I .....	325
Ese caballo - II .....	327
Imaginario encuentro con Elsa Mereles .....	328





## PRESENTACION

Lo que caracteriza la poesía de Elvio Romero es su sabor a tierra, a madera, a agua, a sol, el rigor con que trata sus temas, no abandonándose ni un solo momento a la facilidad del verso, y el querer interpretar el drama de su país joyoso de naturaleza y triste de existencia, como muchos de nuestros países. Pocas voces americanas tan hondas y fieles al hombre y sus problemas, y por eso universal. Poesía invadida, llamo yo a esta poesía. Poesía invadida por la vida, por el juego y el fuego de la vida. Pero no la vida como la concibe el europeo, chato siempre ante nuestro mundo maravilloso y mágico, sino como la concebimos nosotros. Elvio Romero, como todos los auténticos poetas de América, no tiene que poblar un mundo vacío con su imaginación. Ese mundo ya existe. Interpretarlo es su papel. Lo real es lo poético en América, no lo imaginado o ficticio. Y por eso se nos queda tanta geografía dispersa en flores, en astros, en piedras, en aves, cuando leemos los poemas de este inspirado poeta paraguayo. Por los intersticios de tanto prodigio como va cantando, se escapa el dolor de los pueblos, gemido y protesta, pero también esperanza y fe. Pero estos sentimientos y pensamientos nacidos del paisaje que se torna lúcido y que por momentos llegan a ser opresores, son rotos por el poeta que les “ nombra”. Romper el encantamiento “ nombrándolos” es el arte de Elvio Romero, el encantamiento natural, ya que son transpuestos a sus poemas en el logro de otro encanto, el de la poesía, el sobrenatural. Sobre la naturaleza van sus versos arrastrando raíces de sangre viva, de vértigo, contraste y metamorfosis. Lo formal, si cuenta, cuenta poco en poetas en que hay una tempestad atronadora, en los cuales lo que se dice se expande y al expandirse crea o recrea, del mundo nuevo, su vibración auténtica.

(1956)

MIGUEL ANGEL ASTURIAS



## HACIA EL PARAGUAY LEJANO . . .

a Elvio Romero, poeta  
y José Asunción Flores, músico;  
paraguayos en el exilio.

Elvio Romero, mi hermano,  
yo partiría en un vuelo  
de avión o de ave marina,  
mar a mar y cielo a cielo,  
hacia el Paraguay lejano,  
de lumbré sangrienta y fina.  
Le llevaría mi mano  
derecha y aprendería  
de ti  
gota a gota el guaraní.  
Le llevaría mi piel  
cubana y le pediría  
que a mí  
ay, me fuera concedido  
su corazón ver un día,  
que nunca vi.

Que sí  
(me respondió Elvio Romero)  
que no;  
hermano, será primero  
que pueda ir yo.

Maestro José Asunción,  
flores lleva tu apellido  
y flores tu corazón.  
¿No me será permitido  
volar, volar y volar,  
volar y ver  
el territorio encendido  
donde subiste a nacer,  
volar y ver?

¡Verte el gran río, vestido  
de selvas, volar y ver;  
y verte el pueblo, teñido  
de sangre, volar y ver  
y tu guitarra, que besa  
como una novia en la noche,  
volar y ver!

Que sí, que no,  
quiero, no quiero  
(José Asunción, respondió)  
hermano, será primero  
que pueda ir yo . . .

1958  
*Nicolás Guillén*



**UN RELAMPAGO HERIDO**  
**(1963- 1966)**



## UN RELAMPAGO HERIDO

*Fue un relámpago herido, fue un serrano  
relámpago en la piel esa corriente  
de rumor imantado y sonriente  
fertilizada al roce de la mano.*

*Fuera un error desatenderlo, un vano  
tesón no asir esa atadura ardiente,  
como si fuese a rechazar de frente  
su propio ardor la tierra en el verano.*

*Fuera en vano evitarlo; quedaría  
sobre toda la piel la tostadura  
de una llaga solar jamás curada.*

*Ni tuviese la mano esa alegría  
de germen y de afán de sembradura  
con que la tuya la dejó quemada.*

## A LA INTEMPERIE

Somos hijos de la intemperie,  
de la indolencia y de la tierra.

Por eso el perfume salvaje  
de las flores en tu cabeza,

por eso es que corres descalza  
    por los senderos de azucena,  
por eso es que te despeinan  
    los vientos de la cordillera,  
por eso y por la quemadura  
    que nos enciende sobre la arena.

De nuestro pecho han salido  
    como brotes de una pradera  
esas substancias desesperadas  
    y esas aguas de noche negra,  
y la iracundia y la codicia  
    de los que en la tarde se besan  
y esos pájaros deslumbrantes  
    que enloquecen tu caballera,  
y ese gran cielo enronquecido  
    de oscuras aves carniceras,  
y la galaxia y las serpientes  
    que insolentan las madrigueras,  
todo eso y la quemadura  
    que nos enciende sobre la arena.

¡Somos hijos de la intemperie,  
    de la indolencia y de la tierra!

## **AL AMOR UN NOMBRE**

Quizá porque en ti se asombran  
las cosas, voy reinventando  
un nuevo nombre a las cosas.

Quizá por eso buscamos  
signarle un color distinto  
a todo cuanto abrazamos.

Al amor un nombre. Al árbol  
que nos cobija. Al silencio  
que se reduce en tus brazos.

Quizá empezaran contigo  
a renovarse las hojas  
con que me abrigo y te abrigo.

Y a reinventarse el lucero  
ese brillo enamorado  
del bosque de tus cabellos.

¿Todo es hoy? ¿Hubo pasado?  
¿Alguna huella de un beso  
que su sello haya dejado?

¿Acaso no haya memoria  
de aquel rostro, aquellos ojos,  
de otros nombres y otras sombras?

¿Contigo el futuro empieza?  
¿Contigo el pasado muere?  
¿Contigo el presente sueña?

Quizá porque todo ahora  
contigo canta, debiera  
reinventarme cada cosa.

O porque viejos recuerdos  
de los ojos se me borran.

## EN LA RIBERA

¡Las praderas fluviales! Aún recuerdo  
que en la ribera al sol se calcinaban  
crepúsculos de barcos y durmientes,  
cigarras y alzaprimas coloradas;  
profundas aguas de inquietante río  
ceñían la ribera, y eran alas  
de aves extrañas las que conmovían,  
rozando con su vuelo, aquellas aguas.

Crepúsculo entre barcos silenciosos.  
Eran las nubes las banderas blancas  
del horario en que fui a beber del eco  
de trino que encendía tu mirada,  
y pisé un arenal y un cardo seco  
de incerteza que nos acompañaba,  
y todo para ver que a un sólo golpe  
de vista fueran a correr las aguas.

Fueran las aguas a correr... Y acaso  
barcos y amarras y maderas bravas  
y presencias de estrellas y designios  
y memorias de pasos y distancias  
y el imán singular de los caminos  
y la ferviente sed arrebatada,  
en aquel puente donde fuimos juntos,  
partieron junto a ciegas correntadas.

¡Y es hoy cuando recuerdo que yo mismo  
partí contigo por aquellas aguas!

## LLUVIA

Recojamos la herida de ese silencio  
que nos deja la lluvia con su indolencia,  
y ese color de sombra por las ventanas  
y la humedad oscura de la pradera,  
y ese triste recuerdo de viejas lluvias  
cuando empecé a quererte por otras tierras.

Se han callado las hojas como en otoño.  
Se te cierran los ojos. El viento deja  
caer, cruel, insomne y a la deriva  
las cosas olvidadas y las promesas,  
y yo converso ahora con esas tristes  
gentes imaginarias de mi cabeza.

Una estrella, inconclusa, como de cuentos,  
se apaga allá, a lo lejos, en la frontera.  
¡La frontera lejana! Siempre partía  
con varones jinetes de la insolencia  
que en los troncos marcaban con un cuchillo  
el nombre de una mujer, a la carrera.

Difícil que esta tarde se nos conozca,  
difícil que esta tarde se nos comprenda,  
porque todo el sonido de aquellos días  
más distantes nos llegan sobre la tierra,  
y yo recuerdo cosas que ya olvidaba  
y tú olvidas las cosas que ya no besas.

Pero a qué recordar, si hasta los recuerdos  
como el humo se ovillan en lluvia lenta...

Soplo tibio el de tu aliento, semejante al viento de las colinas, fuera de ponderación.

El varadero quema sus arenas de barcos y alzaprimas; la tarde caldeada de Diciembre viste a la estrella ecuatorial con su lumbre infalible.

Resueltos a cumplir el día ceñidos a un ademán hermoso, se escucha tu mirada, se ve el color de tu risa, se palpa tu mutismo.

Los hombres nos señalan y nuestro enervamiento suscita sus recuerdos, su empeño, su incertidumbre y su desgaste, puesto que en nuestro amor hay un gesto, un movimiento, una luna amarilla que de alguna manera les pertenece.

Ellos son las supremas imágenes, el viril apogeo, la violencia y el abandono, el ímpetu y la templanza. Y nosotros, los únicos solitarios en la penumbra de nuestra alianza, ofrecemos el instinto y la iluminación que ellos recogen como temblores de su pertenencia.

La sombra ha de subir con inmediata urgencia y todo se dispone a un impreciso contacto con el letargo y la impiedad de la noche.

Se escucha tu mirada; la madera se agobia en su razón resinosa, y el amor no nos niega la amistad de los hombres.

## CABELLOS

*Nocturno enmadejado en los destellos  
de sueldas ondas y esquivez ligera;  
casi fluvial, dormida enredadera,  
la espuma boreal de tus cabellos.*



*Bosques de ríos conservando en ellos  
frescor de amaneceres bosque afuera,  
ramaje desmembrado en la ribera  
de luna llena de tus hombros bellos.*

*Región undosa que la luz levanta,  
borrasca desceñida en tu garganta  
color mazorca virgen de maíz.*

*Nubladas hebras, sombra en movimiento,  
rumor sobrecogido que en el viento  
fuera a buscar de pronto otro país.*

## **ASI ES ELLA, ME DIJE**

Así es ella, me dije; es la alegría  
remota y honda que de pronto llega  
a despejar el nudo que se debe  
desanudar en la penumbra inquieta.

Noche y albor, me dije,  
todo llegó a mi corazón por ella,  
llegó el sabor oculto del deseo,  
el presagio de ardor que en mí resuena.

Es mi cuerpo, me dije,  
reconociendo su esplendor en ella,  
el bosque entero de mi sangre, el pulso  
y el latido secreto de su fuerza.

La imagen que conservo  
de las verdes raíces de mi tierra;

ella es el tiempo mío, el del verano  
en el regazo inmóvil de la siesta.

Así mismo, me dije,  
es su fulgor herido en la belleza,  
ella es el largo trecho recorrido  
surtiéndose de entraña y sementera.

Ella es así, me dije,  
callado abrigo que abrigó mis huellas,  
el justo sueño que escogí en la lucha,  
la libertad por la que canto es ella!

## SONRIES

Sola, sola sonrías.

Acaso el baile sólo de la lluvia  
nocturna, ese murmullo ahogado de las hojas  
heridas, lo que asoma a ese fondo de vanidad y  
orgullo  
de empezar a querer, el bosque acaso, la luz que se  
perdía,  
la intimidad falaz de esta primera noche  
te han puesto a sonreír.

Debiéramos bailar  
esta noche de lluvia, atravesar la raya  
de oloroso esplendor, aventurarnos más allá, en la  
incierta  
espesura, pasar, vadear el manantial de música

silvestre, finar en la penumbra  
al claro aire de Abril, de Abril  
de tu mirada.

Sola, sola sonrías.

¡Debiéramos bailar hasta rayar el alba!

## HIMNO

Todo es himno: esa risa  
que susurra en tus labios, el mutismo  
que guardas para verse en tus nostalgias,  
esa alfombra en penumbras de tu pisada triste  
cada vez que te marchas, la alegría  
callada que te envuelve si regresas,  
esos paisajes dulces  
que se ven por tus ojos, ese gesto  
tan tuyo del temor a las palabras,  
de acariciar las hojas,  
ese reclino suave de tu frente en mis hombros,  
esa tu cabellera en los ocasos...!

## EN TODO

Es sólo ya mirar  
y verte allí en las cosas, a su albergó  
y asombro, en la nube que injerta por los bosques  
su lluvia torrencial, sus cántaros de bruma.

Allí miras, me miras  
desde los puentes bajos, al temblor del agua  
y al ras de sus remansos, desde el hondo gemido  
sangrante y montaraz de una herida guitarra.

Estás en todo, en esos  
caballitos pintados de madera y de música  
que hacen girar el corazón, y montan  
y desmontan los niños sin fatigarlos nunca.

En el raudo silencio  
de una estela de pájaros, de pájaros que anuncian  
su migración final; en las flores extrañas que se  
cierran por la noche, en los montes, negándose  
a la luna.

Si, allí estás, en las cosas  
primarias y primeras, casi como venida  
de un soplo original, induciendo a querer, a  
prolongarnos en querencia del reino mágico  
donde habitas.

Y estás en mí, paseas  
por doquier en mi sangre, como a campo  
traviesa respirando en mi pecho te detienes,  
tomas el pulso a lo que en mí perdura; en fin,  
animas  
el breve tiempo humano que aprisioné  
por verte.

## JUBILO

Hoy han vuelto los pájaros.

Bajaron

—doración de las siestas— de una ingrúvil  
migración forestal, fosforescencia  
de-su-ser-lirio-liebre-de-los-cielos  
y estrellas en zigzag, torcaces  
raudos y alboroto carmín  
de tricolores.

Picos de añil

—tembladeral canoro-volanderos  
vitrales en bandadas picaflres,  
plumas-color-claveles-de-quimera,  
con pincel girasol dorando el día.

Regresaron los pájaros.

Volvieron.

Acaso nos anuncien la mañana del júbilo.

Cuando así llegas y tu mirada tiembla y su  
temblor confía en la victoria, prometiendo cuido y  
sustento, su aparición desnuda a la inocencia en su  
medida exacta de fuente y luna llena.

No me acostumbraré a esos ojos, como nunca al  
asombro y a las palabras fértiles, a ese impulso  
profundo de perseguir el amor. En ellos puede veri-

ficarse el instante, la gota de ese reloj de arena que nos desgasta, la fatiga o la gloria de nuestra pasión; sólo en tus ojos.

Nuestras son, por obra de su relumbre y del arco de mi asedio, los bosques y la flor amarilla y la piedra triste, sola como el desconsuelo de un minuto de separación.

Ceguedad, vida oscura si no estuvieras, si no hubiese el prodigio de tu mirar, su reprimenda y su condescendencia, su negación y su asentimiento, y mis ojos baldíos si no te vieran, si no se complaciese tu rostro en ofrecirme el gozo, ese júbilo de su parda hondonada.

Apenas quisiera uno ser, sino pertenecerles.

## LABIOS

*Este es el aire, el aire venturoso  
en viaje hacia el rumor y la espesura  
de esa fuerza de imán y de hermosura  
que orla tus labios con lo más dichoso.*

*Es el viaje del aire al silencioso  
país donde tu boca y su frescura  
encienden ascuas de honda quemadura  
y de claveles de punzó fragoso.*

*Este es el viaje, hacia la luz dormida,  
del aire en apetencia sin sosiego  
que en un remanso de pasión se vierte.*

*Y el de tus labios, que al henchir su vida  
con el aire asediante y con su fuego,  
sellaron en un beso azar y suerte.*

## VERANO

El mes ferviente ha vuelto.

Sueltan las cordilleras  
su sequía de trinos; la férvida madera  
se tuesta en la alzaprima; curso de agua trigueña  
se calienta en tus ojos  
y tu cintura enciende su cántaro quemado.

Plumaje de palmeras  
de temblor, el verano.

¿Cómo impedir entonces la cegante  
quema de las colinas,  
la refracción del sol sobre las plantaciones,  
la sed de los animales,  
la bandera amarilla de las mazorcas vírgenes?

¿Qué valle, qué país acogería  
este deseo entonces —laxitud caldeada—  
sino tú, cuerpo de abrasadora fiebre,  
este afán de cumplir con el amor, de hacer un  
himno a la enervante luz del mediodía?

Plumaje de palmeras  
el mes ferviente, el tiempo del violento verano.

## SIESTA

Pradera, inmóvil  
y árbol viejo, la siesta. Fluye el sueño  
bajo esa sombra. Tú y yo con el respiro  
quieto, callado, para no despertar  
la sombra vieja. Acaso  
haya dormido el día y no se escuche  
esa respiración que habla al silencio  
de los dos, de quienes no sosiegan su respiro  
en la pradera, en el tiempo callado  
que ha tejido la sombra,  
la sosegada sombra de la siesta.

## INSTANTE

Hay una luz de atardecer apagándose  
en tus párpados,  
bañándote el semblante  
al paso de estos vientos desolados de Octubre.

Hay una luz de atardecer apagándose  
y aquí estamos nosotros.

Te siento todavía  
en el límite puro del candor, replicando  
a cuanto ayer pudiera desasimos.  
¡Hémos aquí! La hirviencia del verano  
nos une y ensimisma.

El asediante  
crepúsculo evidencia nuestro anhelo inviolable.



Entonces conocemos  
que el amor nos invita a una estadía  
en su rincón nocturno de torpor y hospedaje  
donde, eternas criaturas desterradas,  
seguiremos andando, refiriendo una historia  
de férvidos vestigios,  
al paso de estos vientos desolados de Octubre.

## TREN DE LA NOCHE

Habría que subir a este tren  
de la noche,  
a este vagón nocturno de una estación desierta,  
norte o sur de penumbra que los dos conocimos  
sueño adentro, en el sueño,  
en millón de kilómetros de niebla,  
a este tren que atraviesa puentes anochecidos.

Habría que subir a este tren  
de la noche,  
a este tren que nos llega de provincias extrañas,  
misteriosa intemperie, noche adentro, hacia un  
fondo  
de horizontes hundidos, de incandescente luto,  
rieles y zozobras, durmientes y desvelos.

A este tren fugitivo  
de los álgidos viajes, que irá, seguirá yendo  
viendo pasar pañuelos, sonidos grises, bosques,  
norte o sur de la sombra, polvaredas, baldíos,  
¡oh corazón en fiebre!, vertiginoso y ciego

tren insomne y sin lumbre,  
tren que levanta un velo, noche adentro, en la bruma.

Iremos, nos iremos  
desde este andén oscuro,  
en este tren que cruza pálidas manchas, noches,  
desde este vagón móvil, tren de ceniza y niebla,  
sueño adentro en el sueño, a las llanuras,  
a paisajes sin fondo, difuminadas luces, rostros  
desvanecidos.

¡Oh corazón!, oh sombra  
de cielo gris, desvelo, tren hondo de la noche  
por arboledas, meses, somnolencias, recuerdos...

Un corazón inmenso va rodando en los campos.  
Cielo vasto reducido a ritmo de chubasco y  
silbido, a bastidor de rumores, a chapa ardiente de  
mediodía y a sosiego violado por el calor espeso.

No hay más que refugiarse en la melancolía de  
la lluvia, ver la mortaja cerosa de las nubes amedren-  
tando a los animales en las hierbas someras. En la  
melancolía y en el sueño, soltando la mirada como  
exacta pisada en la penumbra.

Se confunden los árboles y los troncos humean  
con su color de fango o laca derretida; la crin de los  
caballos se apergamina sobre el cuello lustroso,  
fugitivo, y la luz se adentra sobre sí misma como en  
concha de cielo.

Piedra hundiendo la tierra no habrá tan fuerte  
como esta lluvia abriendo su corazón; no habrá  
brillante lumbre ni flor que iguale este poniente rojo.

Nada que se compare a la aprensión serena de  
tus ojos.

Ni lluvia más inmensa que nos inste al amor.

## OREJAS

*Claro cuenco de línea interrogante  
donde un rubor en plenitud resuena,  
corales de encerrar júbilo y pena  
y agua confidencial y delirante.*

*Besé esos caracoles al instante  
de estar lo mismo que la luna llena,  
ahítos de misterio y de una plena  
exhalación de palidez menguante.*

*Sorbí sus mieles con rumor de enjambre,  
conchas de recibir las claridades  
de la insistencia, el vértigo, el quebranto.*

*Mordí esos frutos de evasivo estambre,  
vasos de reiterar complicidades,  
pétalos de acoger suspiro y llanto.*

## VIENE, ME DIGO SIEMPRE

Viene, me digo siempre. Bella y Nocturna,  
digo, y está a mi lado y viene. Y en la noche  
descanso junto a su pecho, al borde de su pecho,

al remanso de su cálida sombra sirviéndome  
de abrigo.

Siempre me digo, viene,  
Bella y Nocturna, y siempre se levanta en mi  
sueño despacio, apareciendo como en un bosque  
umbrío, fiel y asidua en mi frente,  
como alguien que debiera, siempre bella  
en un bosque, responder cuando digo  
Bella Nocturna en sueños,  
cuando me digo, viene.

Y acude, fiel y asidua, con su cálida sombra  
cuando, Bella Nocturna, con su sombra me abrigo.

## **SANGRE LIBRE**

Amor de claridades  
el nuestro, de provincias y bosques  
y plantaciones a la caída del sol, ilesas  
al recibirnos y recibir las lluvias y las noches  
cambiantes, ¡ah, sangre libre,  
soplo de correrías, resplandeciente  
y viva pasión atada al goce de los vastos  
encuentros indefinibles, a la carnal belleza  
de un roce que semeja un exorcismo, una  
fecundación, un grito!

Ah sangre libre  
la nuestra, propalación de frutos rojos  
y corrientes ariscas, libación del aroma

de nuestro propio ser, filtro de idolatrías  
cuyas simientes cambian  
savias y nutriciones, quejumbres acalladas,  
iguales en el trueque de un talismán de pánico  
dichoso.

¿No estamos ya velando  
al pie de estos prodigios de luz y atardeceres,  
memorias de geranios, caracoles  
como razas de enormes rocíos enclaustrados,  
de aromáticas hierbas, músicas melancólicas,  
sudorosos caballos  
cujos ijares queman países extraviados?

Por eso mismo hacemos  
que todo sea victoria, señal y desvarío,  
desobediencia y signos de infracción en las horas  
de atribular tu pecho, de enjambrarse en las mieles  
de la revelación y del ocaso  
¡ah sangre libre!,  
de recoger los astros de fuego en la mirada  
y de escuchar cantar las serranías...

## **BUSCANDOTE**

Aquella tierra iba quedando  
atrás, atrás, mínimas luces como azul de  
luciérnagas yéndose hacia un rincón de brumas  
últimas y graves, final de faros y de muelles  
perdiéndose, y ocupando la niebla las estrellas  
marinas, y las tierras cayéndose y perdiéndose  
a lo lejos.

El barco, solo, atravesando la niebla.  
Pensaba en tu sonrisa,  
pensaba en tus silencios,  
pensaba en ti como en las ondas móviles,  
pensaba en ti, distante, en las barandas frágiles,  
pensaba en ti con las estrellas últimas.

Yo iba partiendo  
hacia lejanas tierras. Todavía debimos  
separamos, hermosa, por las obligaciones de vivir  
en este tiempo, por el cantar de este tiempo,  
soñándote y sufriendote  
de cuando en cuando en la separación, en el  
preanuncio de estar volviendo a ti, pensándote  
en las altas estrellas, en las últimas,  
pensándote en el mar con azul de luciérnagas,  
pensándote y trayéndote en la noche, entre las  
noches de aquellas ondas móviles.  
Buscándote en la noche.

## CUANDO ESTAS LEJOS

Aquella extraña, extraña callejuela  
que conocimos en país lejano,  
tenía un faro en un portal derruido  
como un recuerdo marinero y vano  
de alguna luz que extravió su estela,  
yendo a parar en muro destruido.

Vuelvo a esa callejuela triste, triste  
(¡qué no diera por ver su sombra pura!)  
hoy que preciso de una lumbre plena,

de aquella tuya, aquella que me diste  
cuando la tarde se me puso oscura  
con no sé qué color de pobre arena.

Vuelvo a esa callejuela ahora, ahora  
(resto de sombras que otro tiempo viera),  
como buscando aquella luz perdida  
por la que diera todo en esta hora  
alrededor de mí, por la que diera  
—con no sé qué color— sombra y herida...

## SI UN DIA

Qué terrible  
si un día no viese el mundo  
al espejo de lo tuyo, si el día bello en tus ojos  
no me ofreciese su día;  
si se alejaran de mí, si ya por no darme el fuego  
se me apagasen tus ojos, en mí toda la ternura  
de tus ojos, su recreo.

Mi querer: contemplo el mundo  
por ti, veo a través de lo tuyo  
lo que me toca mirar, lo mío visto a través  
de tus ojos, de su mundo; la noche y el día claro  
que por ti se da en lo mío.

Triste día  
habría de ser, triste y desierto,  
como si toda la aurora se despegara de mí  
y de las cosas, o aproximase sus besos  
ya sin ti, ya sin tus besos, vacías  
de ti la aurora y la tierra, terrible y desierto el día.

Sólo nuestro será el recuerdo, la intransferible memoria de tantas cosas —sorpresas y aventuras—, de lunas que nos fueron fieles, días desventurados, horas inmarcesibles, muros donde escribimos la señal del adiós o del triunfo.

Abajados al punto del más quieto respiro, con la mano extendida como esperando lluvias, habrá que recoger sal de vicisitudes, desgarradura o menester, y animar lo existente. Si no, ¿de qué valdrían los caminos, el filtro de la medianoche, tu carne tibia, la expectación de los labios, el ajusticiamiento de los ocasos que presagian la sombra del Olvido?

Sólo nuestro será el recuerdo, la invocación de lo que en procesión secreta nos poblara, recuerdos que bebíamos en el umbral de los veranos que nos nombraban, con esa única sílaba que designa a los Enlazados en el ascua y el brevaje de la manse-dumbre y el grito.

## SENOS

*Brotor de luna nueva, iluminada,  
con latido feraz en la alegría,  
desvelada región donde porfía  
sembrar la mano su febril llamada.*

*Así porfía, y con su llamarada  
gesta ese revolar con que querría  
sentar su señorío a la luz fría  
de tu censora y rígida mirada.*

*Porfía así, al contar con la avenencia  
—tímida en centelleos y sonrojos—  
de esos jazmines de claror enhiesto.*



*Porfía en afán vano, porque el gesto  
de lumbre esquiva que invadió tus ojos  
segó el ardor, el vuelo, la insistencia.*

## **EN ESAS HORAS**

Horas hay que detienen su pulso y su latido  
cuando cierras los ojos y cantas por la tarde,  
cuando se adensa el grave silencio de la ausencia  
en ese gesto tuyo de lumbre que se abate.

Cántame en esas horas.

No nos valen a veces ni el amor ni la dicha,  
cuando una herida oscura nos tiñe en su congoja,  
cuando el cuerpo separa de sí su escalofrío,  
cuando ya las palabras mueren bajo las sombras.

Cántame en esas horas.

Recuerdos hay que beben en querencias lejanas  
y en aguas y penumbras de otras lejanas noches;  
de ti brotan las horas que guardan su memoria,  
de ti suben las horas que su memoria esconden.

Cántame en esas horas.

No dejan de pesarnos ciertos atardeceres  
en el extraño tiempo de las separaciones;  
cántame así, mi hermosa, tibia y estremecida,  
cántame en esas horas tristes que ya conoces.

Cántame en esas horas.

Cántame así, arrobada; cántame en esas tardes  
en que todas las bocas lloran sobre las cuerdas;  
cántame si he partido por mis hondos deberes,  
cántame si a tu pecho mi corazón regresa.

Cántame en esas horas.

## EN SILENCIO

¿Qué es esto  
de pronunciar tu nombre  
en silencio,  
de llamarte sin que te encuentres,  
de buscarte adonde no estés, de hacer un hueco  
de claridad en medio de la noche?

¿Se regará en tus ojos,  
cuando cruzas descalza  
el mediodía,  
el mismo anhelo, la febril llamada  
de ese brotor que oíamos  
trepidar en las manos cuando todo cabía  
en la brasa de amor de aquellas horas?

¿Qué es esto  
de pronunciar tu nombre  
en silencio,  
de tallar tu inicial en las cortezas  
del verano en los árboles,  
de aquí a mi lado disponerte un sitio  
como al ancho calor de aquellos días?

¿Se regará en tus ojos  
la llamada febril, el mismo anhelo  
como cuando descalza  
cruzas para abarcar el mediodía?

## ENTRE COLINAS

Cegados,  
de luna y vanagloria a la intemperie,  
segadores y hogueras suben por las colinas.

Noche clara y hermosa.

Yo quedaré contigo;  
sabré mirar tus ojos y asir de tu cintura  
—disputando a las sombras la partida y el cielo—  
su latido encarnado de piel desprevenida;  
querré, como estos meses de alientos apretados,  
secar los tajamares y calentar la tierra  
y a ti verte encendida  
y aspirar el aroma de los bosques quemados  
y ofrecerte ese ramo de hoguera en las colinas.

Cargado de los dos pasa el verano.

El silencio ha caído, bienamada.

## LE PONDRIA

Le pondría a esta calle  
un nombre mágico: “La del Lucero Dormido”,  
tal vez “La del Espejo  
en la Estrella”, “La de la Esperanza en Fiebre”, “La  
de la Alondra en Desvelo”, un nombre  
igual a tu rostro, al tiempo  
ése en que un sueño a tus ojos  
bajó un lucero, una alondra, y acaso esa fiebre pura  
de estrella, espejo o desvelo

Distancia y Luna llena. Ya no hay más que este río, río-de-plumas-rojas, imagen fiel del afanoso empeño de encontrarte, de abrazar tus espaldas, ceñir tu pecho tibio, exhalar el perfume de tu boca y tu aliento.

Aquí pulsamos el tiempo, la opacidad y la zarza de esta sangre que nos aumenta el alma, su secuencia y retozo, compás y mordedura, ciega por llegar hasta el fin, amor o angustia vaciándose en nosotros, igual que este río concertando remansos que irán a estrangularse más allá, en la caída, en rotación de fragores que amenazan saltar a otros confines.

Haremos nuestra parada a favor de esta corriente mensurando distancias, lejos de aquellas piedras y el rebozo de espumas, únicos, solitarios, distantes, sintiendo al río andar entre nosotros, codiciar tus secretos, saltar por tu espalda en una vasta, inmensa navegación de inquietos astros.

## PARPADOS

*Cuando al letargo de un postrer anhelo  
tus párpados apagan su oleaje,  
al reducir a mínimo estelaje  
las alas tibias replegando el vuelo.*

*Cuando venciendo el tiempo del desvelo,  
el fatigado par, ave en ramaje,  
confina al sueño a su final bosque  
en distensión de enamorado velo,*

*sombra y noche callada retroceden  
custodiando esos dos estremecidos  
cendales que acabaron su jornada.*

*Y las horas nocturnas me conceden  
mirar sobre esos párpados dormidos  
gestar su corazón la madrugada.*

## **SOMBRA A LOS PIES**

A trechos, fijo desde algún recodo,  
franja abierta a los pies, y de repente  
ciego, apuntando a dos, un día negro  
cerniendo polvo inevitablemente.

Un viento malo. La tristeza. El agua  
revuelta del rencor. Un aire seco  
como impelido desde un fondo oscuro  
inevitablemente.

Un día negro.  
Dos, como dos árboles heridos. Torvo  
peso de piedra y de pesar. Y un gesto  
de proteger la frente del escombros.

Y lo que de repente nos separa. Ese algo  
oscuro abierto a nuestros pies, que vierte  
noche y malaventura. Y este viento  
que dobla a dos, inevitablemente.

## **SIGNO**

¿Es ésta la alegría del amor,  
su signo;  
esta desconcertada borrasca,  
su menester de agudo sufrimiento,  
el ramalazo turbio de la sangre en los ojos,

la sonrisa transida, mustia, con que se oculta  
un río conmovido; el decir “Ven”, “No vayas”  
y saber que estás yendo; condenación  
de siempre, desgarradora soledad, latido  
de relojes atroces retrasando las horas  
por llanuras de espera; ese golpe  
de pulso desgajado  
y la arena cansada en el atardecer,  
el reconocimiento  
y el rencor, el agua amarga de la impiedad,  
su agravio?

## ¿Es ésta la alegría del amor?

## NUDO CIEGO

No es tan fácil decirte lo que hay de noche herida  
siempre que te arrebujas en una noche herida.

Lo que hay de sombra y queja, de sombra lacerada  
cada vez que te cubre mi sombra lacerada.

Bien sabemos que duele, como nada, querer  
sombríamente a veces, rechazando el querer.

Sufrir en el empeño de deshacer el nudo  
de amor que nos amarra con fuerza y hondo nudo.

Zaherido afán de vida, de apagar quemaduras  
donde hay una incurable huella de quemaduras.

Brasa sedienta, seca, penumbra acongojada  
el gesto que recoge penumbra acongojada.

No querer, fugitivos del afán de querer;  
querer, huyendo a un tiempo de ese mismo querer.

Lunar paisaje, seco, carozo del silencio  
es lo que sube entonces por la sangre en silencio.

Soplan vientos oscuros, como heridos de angustia  
que crecen y hostilizan desde la misma angustia.

Amarga es la tarea que nos lleva de nuevo  
al origen, al punto de encontrarnos de nuevo.

Y es ya como ese nudo que al no romperse, ciego,  
nos ata para siempre bajo su nudo ciego.

## ESE SECRETO

Deberías decírmelo;  
revelarme el secreto; ese secreto  
que presiento en tus ojos; háblame de esas som-  
bras que se habrán anudado a tu garganta, de esas  
sombras ariscas  
que deben despejarse para entrar en la aurora.

Deberías decírmelo,  
porque yo no quisiera que ese carbón oscuro rodara  
entre nosotros, disturbara el instante  
donde no debe haber inculpación, zozobra o curva  
oculta, clara como eres, bella, recordándome el aire,  
la inviolada inicial de la inocencia.

Deberías decírmelo,  
desahogarte ahora en el abrazo  
en que van a quemarse todas las injusticias;  
salir desnuda de ese pozo nocturno como de un  
vasto río y desceñirte el pelo, restregarte los ojos,  
limpia ante el horizonte que intimida a los seres en  
marcha hacia el asombro.

Precisamente ahora  
que me voy acercando como a una flor silvestre,  
ahora, y no mañana, en este justo tiempo en que  
sentimos  
que una canción ardiente se prende a nuestros  
labios,  
y no admite el crepúsculo secretos ni tristezas  
sino la vastedad profunda de una entrega callada  
ante el destino.

Deberías decírmelo.

## CONTUSION

No, no te asienta ese gesto  
de acritud retraída; no se aviene contigo  
el ahumado crespón de las noches de lágrimas.

Sé que están esas cosas,  
esos caballos negros que atraviesan  
el sueño, los apuntalamientos de ese muro in-  
famante con su torvo rencor, el vaso derramado  
a medianoche, la insufrible,  
malévola irrupción de una máscara falsa.



Olvídalos, si puedes.

Hay una temblorosa contusión de ave triste  
en esas horas malas, un malestar, un fosco  
sendero en que perdemos los pasos  
vanamente. ¡Olvídalos, si puedes! Y olvida  
esa afligente  
servidumbre de llanto que te cerca.

No hay nubarrón sombrío  
que vaya con tus ojos, destinada al amor;  
no se aviene contigo  
el ahumado crespón de las noches de lágrimas.

Nada referiré hoy de ti sino de tu mirada, porque  
ella anduvo fuera de tu rostro calmando las desave-  
nencias que nos separaban.

Todo lo tuyo estaba allí, fuera de ti misma, en  
esa mirada asegurando el acercamiento, la pulsación  
del regocijo suspendido entre mi acecho y la austeri-  
dad de tu rostro en una intolerable espera; todo lo  
tuyo, digo, porque esa mirada desataba los nudos de  
un rencor forastero, inútil, polvoriento, abriéndonos  
las puertas del entendimiento.

Ella atendía las señales, inteligente al requiebro,  
y lo demás fue ya otra vez la adorable incursión a las  
estancias puras, al fervor y al abrazo, y el rigor y el  
orgullo destruidos por el instante fértil, y el ir y venir  
de tu mirada entre tu rostro y el mundo, entre mi  
pecho y tu pecho, y acogándose a tus gestos tu  
mirada, y todo yendo a esa unidad de ser tú misma el  
ser único, intacto, en la gloria del placer victorioso.

## CINTURA

*El arco en desazón de tu cintura  
cimbreó su tallo en fresco movimiento,  
como si todo el soplo de tu aliento  
no cupiese en la red de su envoltura.*

*La quemazón del lecho y su blancura,  
sintió agitarse ese temblor violento  
de tu cuerpo, sembrado por el viento  
con que ensayé sellar mi quemadura.*

*¡Oh firmamento abrasador, sencilla-  
mente ofrecer y asir soles profundos  
al frutecer la sangre en el relente!*

*¡Y dar y recibir dones fecundos,  
como un surco acogiendo la semilla  
feraz y fértil en su mes ferviente!*

## HUÉSPED

Había entrado.

La que más sabe, la que puso el oído  
y escuchó atentamente la negación, el pacto,  
lo dicho y desdecido; la que vio el cambio  
de color de tus labios, precipitarse  
lo inesperado, la puesta en pie, la aventura  
y el alba, el beso,  
la alegría.

La noche había entrado.

La que más sabe.

## TORMENTA

La noche ha sido larga.

Como desde cien años  
de lluvias,  
de una respiración embravecida  
proveniente de un fondo de vértigo nocturno,  
de un cántaro colorado  
jadeando en la tierra,  
el viento ha desatado su tempestad violenta  
sobre el velo anhelante de la ilusión  
efímera, sobre los fatigados menesteres,  
y tú y yo, en la colina  
más alta,  
en el rincón de nuestros dos silencios,  
abrazados al tiempo del amor, desvelándonos.

Deja que el viento muerda sobre el viento.

Yo te cerraré los ojos.

## PLUVIAL

Al paso de las aguas,  
como en la inundación de las praderas.

Así mismo, invadido, a ti  
desciendo; en un desborde elemental y puro  
de remansos descendo,  
embebido de espera, de innumerables vientos,

fruto del día eterno y sucesivo  
del anhelo,  
al agrado amoroso de esa luna avenida  
a relumbrar al fondo de tus ojos.

Si estás así, ataviada  
de fragancias y albor de durazneros,  
con ese olor a ríos, a brisa, a madre selvas  
—¡laurel y ceibo de tu risa  
clara!—, complaciente y gozosa, a madrugadas  
huelas, a frescor matutino, a vaporoso  
campo en deleite y soplos de lluvia jubilosa.

Con maneras agrestes  
y diestro en las auroras, misionero de afanes,  
siembras, besos,  
aventurado en peregrinas, hondas aguas  
en que se alzan querencias y palabras,  
a ti  
desciendo, fértil, como lluvia en los campos.

A ti misma, fragante  
hierba verde inundando las praderas.

## **AQUEL BESO DESNUDO**

Aquel beso desnudo  
de ayer —voluntarioso empeño  
de vivir—, centelleando posibilidades  
y alegrías remotas salió de lo más hondo, acaso  
de esas aguas amargas de contrarios gemidos

entre hierbas sombrías,  
regalo de atardecer, regalo tuyo  
y mío,  
se vistió de una luna de creciente belleza  
y fue a cavar al pecho,  
concordia de racimos, de alientos, de perfumes,  
brotor de frondas, brisa de las frondas,  
aquí regalo mío  
y tuyo,  
atardecer de besos, labios tibios  
con respiro de pájaros  
alimentando el pecho, donde tiembla el origen  
de este querer sediento, de esta sed insaciada  
que cumple su desgaste de querer y quererte.

## EN UNA SOLA TARDE

Acaso sea imposible  
tocar la dicha entera en una tarde,  
beber los ríos hondos de la sangre y el mundo  
en una tarde;  
sé que en un largo beso no se podría nunca aprisionar  
los plenos  
relámpagos finales,  
que esta apetencia torva y su desdicha  
de no poder, entera, aprisionarte  
se acendran en la tarde, en una sola tarde; acaso  
por la ciega congoja de saber que no ofrece  
su plenitud la vida, sus recónditos frutos  
en una sola tarde,  
en una tarde sola aprisionada entera.

Nos espera la noche.

Todavía el atardecer prolonga su decisión entre las cosas cuando te ufanas ya, adelantándote a las sombras y removiendo la leña de las hogueras. Así te he imaginado, casi de bruces, aguardando en la vegetación no sé qué respiración sosegada.

Pudiéramos abrazar los árboles y quedar a merced de los advenimientos, próximos a la penumbra difusa. Y exprimiendo en los labios todas las hierbas de la pradera.

Claror de luna circundará tus cabellos, de luna rural subiendo las pendientes hasta alcanzar los bosques, de luna grande disolviendo la noche.

Extraño rumor, ignoto, como de guitarras llegará de la espesura a favor del poniente, conster-nando al silencio.

Y te veré de pronto sonreír y cantar.

## BRAZOS

*Turbando el lecho en el umbral del día,  
reducida la noche a sombra errante,  
tus brazos tibios su rumor confiante  
cimbraron en la luz que amanecía.*

*Ciñó el verano, que su red tendía,  
luz de tus brazos a su luz gestante,  
como un labio encendido y anhelante  
que fuera a disputarles su ardentía.*

*Imitando al verano rumoroso,  
quise acogerme en el activo trazo  
de su férvida savia en movimiento.*

*Y acogiendo el calor del par hermoso,  
nutrí la vida en encendido abrazo  
ofreciendo al amor dulce alimento.*

## TRIUNFANTE PLENITUD

Este es tu imperio;  
nada dejas de oír, acechas  
con la temeridad que en paz induce a guerras  
ocultas y recónditas; todo se va ciñendo a lo  
dispuesto  
por la música injusta de tu justicia,  
y averiguas el fondo de un corazón  
y lo vas desgajando noche a noche.

Si en silencio levantas  
el vivo, el cáliz cálido del pecho;  
cuando indicas con los brazos abiertos y despiertos  
que los arroyos van a desatarse; cuando en tu  
frente quieta  
una intrépida brasa da señales,  
no es posible otra aurora  
que la carnal, gozosa, y se sueltan los besos,  
la locura, el deseo, con las inquietas aguas  
que por la sangre cantan.

Tu reino es de una tierra  
plena, embriagadora, matinal y apretada;  
sería inútil desoír el requiebro

de sus boscajes, de su verdor increíble, sus llanuras,  
y no caer cautivo, pleno también de vida plena;  
no consentir la luz tiránica  
que un libre amor, el nuestro, libremente ha  
escogido.

## PERTENENCIAS

Hueles a cosas de la tierra  
y algo tuyo me pertenece;  
a parpadeo de penumbras  
sobre leños incandescentes,  
a relumbres del horizonte  
que de tus ojos se desprenden,  
a sembradura rebasada  
por flores de inquietantes meses.

Hueles a bosque, a sus retoños  
que ofrecen savia y miel silvestre,  
a recónditas correntadas  
de río y de luna creciente,  
a monte donde siempre entramos  
induciendo al amor que ingrese  
a conversar con los follajes,  
cambiando sus colores verdes.

A parral, a naranjería,  
a campo, a cordillera hueles,  
a flor morena en el ojal  
y a beso ardiente que resuelve  
sorber de esa flor impúber  
sus embelesos indelebles,  
a rumores de encantamiento  
que en tus pupilas se guarecen.



Hueles a cosas de la tierra  
y a esas lluvias que la humedecen,  
a verano que se alimenta  
de cuanto sube y se promete  
desde el arco de tu mirada  
en agua de profunda fiebre,  
a refracción de luz bermeja  
sobre un himno de atardeceres.

A cosas hondas de la tierra,  
y esa tierra me pertenece.

### CUANTOS PAISAJES...

Cuántos paisajes  
nos vieron ya en esta jornada,  
en este afán de quererte menos  
y de quererte más cada mañana,  
cuántos puertos que ni recordamos  
y cuántos puertos que nos recuerdan...

Quizá entonces nuestra vida  
confunda hasta los aromas  
de llegada y de partida.

Y no haya sino los sueños,  
como un sol que barre sombras  
desdibujándose por dentro.

Quizás por eso hasta estos árboles  
que cobijaron nuestro silencio,  
no hayan sido lo que creíamos  
ni ellos mismos nos hayan visto.

Ni tú ni yo, que no escuchamos,  
escuchemos nuestros latidos.

## REGRESO

Vienes tú del más extraño viaje.  
¡Del más extraño viaje! Distante y honda  
en la separación, en el tiempo impiedoso.  
Nadie borra ese espacio de morir que es la ausencia,  
bosque de hojas cansadas; cuanto los ojos vieron de  
flores negras y abandonados y lejanos crepúsculos,  
de luces mortecinas  
que todavía queman su estupor. No hay nada  
con que borrar sus sombras.

Honda,  
distante vienes tú del más extraño viaje.

## BAJO LOS ARBOLES

Cómo cantar ahora, cuando todos los árboles  
nos hablan, nos hablaron  
(Tú no eres ya sino una sombra leve  
bajo todos los árboles)  
de ese momento espléndido en que hubimos  
de clavar un cuchillo,  
de abrir un corte fiero (Tú no eres  
sino un viento en los árboles),  
cuando la mano quiso señalar la corteza  
donde doblé mi sombra ante tu sombra  
cobijada en los árboles. (De veras  
que yo quisiera siempre perdurarte en los árboles.)

Noche nunca más honda que esta noche,  
bosque anhelante, atajo de penumbra madura,  
rinconada de hierbas y frescor de animales,  
y arriba, solo, parche, del silencio, el lucero que  
debe atestiguar  
el sueño y la aflicción pasajera.

Ningún oprobio habrá esta noche, injuria o  
desventura, consternación o desdén, porfía inútil,  
rechazada.

Sólo habrá firmamento y espera de amanecer  
y un resplandor siguiendo la curva de los ríos al  
bajar de su cumbre.

Lo demás, lo que no cuenta, se irá retirando  
sin fin, sin término como la ingratitud.

Miraremos el cielo como los viajeros que  
tuercen su sombra al ras de las hogueras, hartos de  
incertidumbre.

Y habrá labios jugosos, henchidos de sereno,  
de prudente apetencia, y encontraremos la parada  
y el refugio, la vestimenta y el cántaro, el placer y  
el sol del ardimiento.

Ningún rencor, ninguna furia puede ya con  
esta noche ungida de retozo y promesas, desquite y  
recompensa.

Ninguna rosa negra.

## FERTILIDAD

*Si en ti mi sangre cada vez esplende  
su incontenible temporal humano,  
bujías quema en su interior la mano,  
feraz el pecho su latido enciende.*

*Cada vez que te toco se desprende  
la madurez de un fruto en el verano,  
rumor de hierbas estremece el llano  
y al yermo un fértil corazón se prende.  
En la mañana cada vez se amplía  
la lluvia verde cuando un beso abreva  
su sed, dejando un sorpresivo aliento.*

*Y cada vez se ensancha el mediodía  
con pura agilidad de fuego en prueba  
a cada vez del acometimiento!*

## NUESTRO PAIS

Nuestro país (el mío,  
el que puedo ofrecerte), aquella  
dulce tierra violenta, con la frente  
segada y abolida por un aire quemado,  
donde ochocientos ríos le dan curso a sus ojos  
y cordilleras verdes le apoyan la andadura,  
desgajo de protesta vegetal y verano,  
mi país que se instruye sobre un nivel  
de lluvias,  
oh mi país hermoso,  
despiadado y profundo,  
fiel a sí mismo, puro, solitario, implacable,  
nos reserva un asiento  
de hierbas y azahares, desenvuelve  
—mi amor— sus recelosos,  
sus imperiosos meses, su silencio,  
por esto, por nosotros,  
por asir esa luna de carbón desdichado  
que se nos sube a veces por la noche a los ojos...

## EN EL ATARDECER

Contigo, a solas. Atardece. Sola  
vienes conmigo; con nosotros vienen  
veranos y hombres de razones hondas  
y que no están aquí, pues vamos solos  
en el atardecer.

Veranos y hombres, nuestros camaradas  
en todo trance de ilusión, leales  
a esa tierra común, contrita, dura,  
en la que hallamos todo o nada, erguidos,  
en el atardecer.

Soy ellos, eres ellos; un latido  
ferviente nos enlaza. Somos ellos  
también en el empeño más profundo,  
aunque algo nos aleja cuando entramos  
en el atardecer.

No estamos solos. Atardece. Escondo  
cosas hondas de ayer, tú traes cosas hondas.  
Pienso en los míos, busco, estás conmigo.  
Lo nuestro es eso al fin. Te encuentro sola,  
en el atardecer.

Toco tu cuerpo. Cantas. Yo recuerdo  
que cantabas ayer. Beso tus ojos  
y despiertan. Ya sé que despertaban  
al requiebro de sol de nuestras tierras  
en el atardecer.

Siempre hemos dicho que no estamos solos  
en tanto hayan empeños que nos ganen

entre otros hombres. Imaginan lo mismo  
quienes van con nosotros y se pierden  
en el atardecer.

Acaso sean como yo, un ensueño  
de manantial febril les mordería;  
tocarían un cuerpo, buscarían  
su secreto también, su pulso fértil,  
en el atardecer.

Soy ellos, somos ellos. ¡Y qué solos  
en el amor, sin embargo! Callamos  
lo que es oscuro, intransferible y ciego,  
mientras callan también su único canto  
en el atardecer.

Hay zonas conquistadas, sol, hazañas  
en nuestra propia desnudez, cosechas  
que pertenecen a este amor y esplenden,  
entre las tantas cosas que nos queman  
en el atardecer.

Porque es sólo el amor. Nadie comparte  
su paraíso o su estupor, sus sombras,  
aunque sepamos que esa sal dividen  
otros que ahora también tocan su estrella,  
en el atardecer.

Toco tu cuerpo. El mundo gime y canta,  
en el atardecer.

## SENTENCIA

Sin ti,  
si no estuviera  
con tu creciente llama iluminándome,  
a esta celeste noche, a las estrellas  
diría adiós, diría  
adiós a todo en una fiera  
renuncia y jugándolo todo en esa oscura,  
solitaria sentencia.

Y ya no hubiera nada  
que no fuese ese adiós, acaso nada  
que valiese la pena,

ni las nubes, ni el viento,  
ni una mirada plena,  
ni lo que más quisiéramos de pronto,  
ni la huella en la arena.

Diría adiós a todo,  
retando a mis cadenas,  
las rodillas heridas  
de rozarse a las piedras,  
sin un horcón de apoyo,  
sin encontrar las puertas.

Y de ese adiós saldría  
la sed más ancha de vivir que hubiera.

## JORNADA EN UNA ESTRELLA

Y qué decir de pronto, muchacha, sin allegar  
recuerdos,  
rumor de aquellas tardes, cuando en pos del  
reverso que se adivina al alba en los luceros,  
vertíamos la lenta pesadumbre de un sueño; qué  
recordar ahora,  
ya heridos de esa bruma de visitar países y  
archipiélagos,  
sin volver a ese tiempo de afán y cacería, cuando  
por otros rumbos medíamos el fuego  
de eclipse y longitudes de una inquietante y vana,  
fiel y asediante estrella.

Soñaba yo contigo  
(a diez leguas del aire colindante a tu aliento)  
con un cielo posible de asombros y delirios  
(al sur de las distancias que abarca tu mirada),  
con palomares blancos que refugiaron toda la  
ternura,  
con esos globos verdes imantados de umbría entre  
los árboles.

Soñaba yo contigo con leyendas y trenes  
que pudieran llevarnos por vagos derroteros,  
por Islas Fugitivas que extraviaron su playa en  
otras islas,  
por leguas y más leguas de praderas  
violentas que incendiaran tus labios y cabellos.

Seguíamos, seguíamos, seguíamos  
(al norte del amado rubor de tus mejillas)  
en pos del fiel del rumbo



de hogueras y de rostros de ilusión y aventura  
(al este, al noroeste de tus hoyuelos tristes),  
procurando el sendero, las huellas, y anhelando  
la fuerza y el castillo sideral, solitario, de aquella  
rara, rara,  
de aquella extraña estrella.

¡Cuántas veces nos hubo de turbar el oscuro  
viento que advierte riesgos en las grutas cerradas,  
la bruma y la baraja fulgurando en los ojos del  
violento varón en sus hazañas,  
los misteriosos puentes apoyados en párpados  
fluviales,  
la máscara del triste, la imprecisa  
prestidigitación de los faros marinos y los viajes!

Y por eso esta tarde surgen playas, plumajes  
y pájaros brillantes en tus ojos de magia, y hay  
vírgenes orquídeas  
que pierden nuestros pasos en pos de alguna  
extraña,  
de una inquietante y vana, fiel y asediante estrella.



# **LOS INNOMBRABLES**

**(1959 - 1973)**

*Para Ariel,  
entraña de futuro.*

## DE CAMINANTE

*Heme aquí, con los de mi camino:  
el Justo, el Pobre, el Perseguido  
y el Rebelde. De parte alguna vino  
mi voz, sino de ellos. Fui con ellos  
a elegir mi posada, el desprendido  
corazón. El pan, el vino  
me fueron ofrecidos. Los destellos  
de su ser me encendieron; ahora nada  
tengo más que de un mundo compartido,  
el compartido amor y la mirada.*

*Se me fue dado este cantar por ellos.*

*Heme aquí, derramado en mi camino.*

— I —

## HOMBRE DEL SUR (CASI QUIROMANCIA)

El cuenco de la mano; está la suerte  
echada allí, como al azar, y augura  
en sus líneas ventura o desventura  
como en un pergamino antiguo, inerte,  
en cuya misteriosa nervadura  
está la noche que preserva, oscura,  
las claves de la vida y de la muerte.

¡Las claves! Son las más  
las que leo en la mano, en estas  
claves de hombre del Sur, porque  
lo mío es leer en el Sur, en la  
primera ráfaga de la luz que hirió  
mi mano. ¿Lo primero? Que yo he  
nacido al Sur del color vegetal,  
donde se pule el pico de la luz, por  
allí leo que el Sur selló mis claves,  
que soy hombre del Sur donde la luz  
picó mi mano.

Soy un hombre del Sur; abrevadero  
es el Sur de esa música venida  
de una mitad sangrante y descarnada  
de oculta fruta herida.

Soy un hombre del Sur; Yegros, mi pueblo,  
ocupa un corazón central y verde,  
deshace el sol, lo suelta en la comarca  
donde baja y se pierde.

Soy un hombre del Sur; el Sur ha puesto  
sobre mi rostro su melancolía,  
la cicatriz cortante de un verano  
que su arena ceñía.

Soy un hombre del Sur; las líneas cuentan  
el tiempo justo que en el Sur ardía,  
y el vano tiempo en que, perdido el rumbo,  
seguí a un perdido día.

Del Sur mi corazón, del Sur  
que sus latidos ahondara,  
que tramó su trama de aromos  
por amargas encrucijadas,  
sin cejar en seguir quemando  
como en las manos se señala.

¿La línea de la vida? Fuego nocturno  
por mil caminos en su hondura se marca,  
en esa línea que prende un reverbero  
y tuesta su parpadeo en llamaradas.

Larga o breve, no lo sé; pasa doblada  
por otras líneas de surco indescifrable,  
aunque imagino que en las mismas tierras  
que me sintieron nacer caerá una tarde.

¡Y entonces, hombre del Sur, descifro en líneas  
visibles cuanto en mi ser estalla y arde,  
líneas que dictan su razón y certeza  
de ser del Sur, y de no ser de otra parte!

## LA PATRIA

Calientes clavos le clavaron.  
Siguen clavándole esos clavos en los ojos  
ardientes,  
aunque sigue mirando  
morena, mutilada, revoltosa y sangrante  
velando por los hijos (esas sombras anónimas  
que la siguen llevando); por los hijos,  
a quienes por llevarla les clavaron,  
con esos mismos clavos  
calientes con que fueron a clavarle los ojos  
revoltosos y ardientes con que sigue mirando.

## LO NUESTRO

Tiempos son éstos que no son los nuestros,  
es decir, existimos  
por una razón feraz de advenimientos;  
en éstos la humillación y el oprobio  
parten de hombres oscuros; rechazamos  
toda suerte de injurias,  
porque lo nuestro es la justicia.

Los opresores hacen brillar el último, el postrero  
filo de sus cuchillos.

Mostramos ya  
lo que aún no hemos visto; hablamos  
de varones más rectos, de una madura edad del  
corazón  
y de simples hazañas, de mil manos que son una,  
de una sola con mil emprendimientos,  
de lo que presienten las nubes,  
del abrigo que cubra a los desamparados.

Será ése  
el reino concedido a nuestra impaciencia,  
de amigos ignorados que traigan alimentos  
para nuestra fatiga; dirán acaso: “éstos soñaron  
con las simples hazañas” sin advertir que entramos  
a lo que aún ayer no habíamos visto  
y sin embargo cantado.

Hoy,  
los opresores hacen brillar el último, el postrero  
filo de sus cuchillos.

La justicia es lo nuestro.



## CAMINOS

Hay caminos que suben  
o que bajan, según disponga el viento,  
según el caminante mire el bosque o la sierra,  
según el tiempo cambie los ojos del viajero.

Hay caminos que cambian  
de colores, se asombran o enrojecen,  
según les cubra el ala del verano,  
según la luna embruje sus vertientes.

Hay caminos que beben  
agua o noche, según hablen los meses,  
según crezcan los hondos tajamares,  
según muevan las sombras el poniente.

Hay caminos que siguen  
o detienen, según las hondonadas,  
según me traiga a ti, según me lleve,  
según nos aproxime a otras comarcas.

Hay caminos que llevan  
o que traen, según las tierras andan,  
según se vaya al Sur, según al Norte,  
según crucen colinas o bajadas.

Hay caminos que dicen  
“mañana”, “ayer”, “entonces”, “antes”,  
como heridos de sombra en tiempos grieses.

Según se vaya andando por las tardes...

## TRAPICHE

Gira la siesta en la rueda  
del guayacán con que gira  
el eje de guayacán  
con que se gira en la siesta.

Los bueyes gimen debajo...  
La caña gime en el giro  
del eje de guayacán  
debajo del yugo uncido.

Y el hombre en la siesta gira  
—guayacán uncido al yugo—  
gimiendo, barcino, al giro  
del eje de guayacán  
al que un yugo gime uncido.

El hombre gimiendo uncido...

¡Trapiche de guayacán,  
girando en el yugo uncido!

## TREN CON BANDERAS

Era un tren con banderas  
aquel tren de mi pueblo; un tren hermoso  
como esos trenes hondos que aran la quemadura  
de la imaginería popular; tren compartido,  
mínimo y desolado por entre cordilleras,  
por entre atajos, por entre donde brotan  
los pañuelos de adiós del horizonte.

Era un tren con banderas.

Cuando avanzaba solo  
como arisco alazán por la pradera,  
era una clara y lenta respiración del aire,  
centella imaginaria de luna y aguacero,  
una fiesta ligera de infancia y de colores;  
volaba el Viento Norte sobre sus ventanillas,  
sus ruedas fulguraban sobre espuelas de rieles,  
su silbido era un canto de pájaro de fuego.

La Cruz del Sur, caída,  
viajaba en sus furgones. Y lo demás: los frutos  
radiosos de la tierra; el violento verano  
cernido en los maizales, los arrieros  
de las fronteras, el grito seco de las plantaciones;  
todo se acumulaba en sus vaivenes: la resolana  
de enero,  
rostros cetrinos y guitarras hondas,  
cántaros con serpientes, fugitivos callados,  
embarazadas, brisas, bandoleros.

Era un tren con banderas.

El Paraguay entero  
cabría en sus vagones, su violencia  
y su encendida música; cabrían sus silencios  
y su desamparado destino, el afán soterrado  
de libertad, su cruz y sus crucifixiones,  
la madera olorosa de sus montes cerrados,  
su profunda y amarga masticación de muerte.

Era un tren con banderas  
y ojos abrasadores; tren orlado  
por historias de guerra y rebeliones,  
tren cruzado de gritos altos y lejanías,

de sombra y naranjales; una llama  
prendida sobre un vértigo dorado,  
un tren de lumbre y alba sobre una tierra en celo.

Aquel tren de mi pueblo solitario y profundo,  
¡era un tren con banderas!

## LA SORTIJA

Una sortija de mi patria  
sola,  
reluciente en veranos  
de violentas marzorcas,  
caldeada en las andanzas,  
brillante en las discordias,  
tranquila en su envolvente  
esfera memoriosa,  
ceñida en el asombro  
del amor y su sombra,  
confidente en las noches,  
leal en las auroras.

Su plata fue labrada por plateros  
con párpados de humo y polvaredas;  
fue trabajada toda al mediodía,  
al sol que hace gemir las carreteras,  
por artífices puros que heredaron  
patrimonios de música y de guerra,  
sostenes del orgullo y del mutismo,  
nocturnos fundadores de arboledas,  
capaces de malear a un mismo tiempo  
la plata del anillo y de la espuela.

La debieran llevar  
los que galopan en la frontera,

los que se visten de luna roja,  
los cortadores de las maderas,  
los que atraviesan los montes negros  
en el desgaste de las tormentas,  
los que partieron, sendero arriba,  
a fundar sueños con sus banderas.  
Y en su indomable corazón de bosques,  
los hombres populares de la tierra.

¡Que la lleve mi amor en su callada  
vicisitud y espera,  
que repose a la luz de su mirada,  
que la entibien sus labios en la siesta,  
que le escuche el rumor que lleva adentro,  
que a su dulce custodio resplandezca,  
que la acoja a su lado silencioso  
en las noches sin fin, que se recuerdan  
por ir cargadas de fervor secreto  
gimiendo por su pecho y sus caderas;

que la lleve mi amor, y que le explique  
las claves de una vida libre y plena!

## **RASGUEO POPULAR**

*En memoria de Emiliano R. Fernández,  
poeta.*

Tráiganle azahar del monte  
al cantor que se nos fue,  
una flor del horizonte,  
ramas de niñoazoté.  
Que todo a su lado esté.

Que todo a su lado esté:  
lo que alimentó al soñar,  
su esperanza y su querer,  
el verdeolivo de ayer,  
la guitarra y el cantar.

La guitarra y el cantar  
le den lo que no le dio  
la vida en su batallar.  
No sienta lo que sintió  
la bala que lo alcanzó.

La bala que lo alcanzó,  
no disparada al azar,  
enturbió en su corazón  
la fuente de su cantar.  
Fue una bala militar.

Fue una bala militar  
la que le quitó la vida,  
negra en herir y matar;  
bala fiera y forajida  
en sombra de noche herida.

En sombra de noche herida  
mano alevosa lo hirió  
y a su sangre conmovida,  
del pecho a la frente alzó  
la luna que lo bañó.

La luna que lo bañó  
hoy nos pudiera contar  
cuánto amó, cuánto soñó,  
cuánto fue su caminar.  
¡Que fue tan largo su andar!

Que fue tan largo su andar,  
nos lo dirán las centellas  
que encendió en su trajinar  
por el amor, por las huellas  
del cendal de las estrellas.

Del cendal de las estrellas  
que hablarán de su alegría,  
pesadumbres y querellas,  
y de la melancolía  
que en el pecho le crecía.

En el pecho le crecía  
claror de luna menguante,  
un andar de vía en vía,  
noche a noche y día a día,  
con alma de caminante.

Con alma de caminante  
partió como a descansar  
hacia la muerte, en instante  
triste de su caminar.

Partió en una nube errante.

Y nos dejó su cantar.

## **CON LA TIERRA HASTA LA CINTURA**

Con la tierra hasta la cintura,  
maniatado a su transparencia,  
con la cabeza reclinada

en un alcor de cordillera,  
entre vientos de llano adentro  
y aguaceros de la frontera,  
caminar por la geografía  
de cicatrices de la arena.  
Con la tierra hasta la cintura,  
y un violín de madera fresca,  
con bastón de peregrinajes  
y botas de catorce leguas,  
clavar las sortijas de paso  
como un jinete a la carrera,  
y perderse en el horizonte  
envuelto por la polvareda.

Caudal fecundo de latidos,  
¡oh corazón, perdiz inquieta!,  
viendo a la gente en la comarca  
—piel de cerámica y de greda—,  
en sus quehaceres y su silencio,  
en su raíz como en su querencia,  
con la tierra hasta la cintura  
y el cuerpo entero hecho de tierra.

Con la tierra hasta la cintura,  
tocando la música ciega  
de madrugada y luz nocturna  
del ciego de las carreteras,  
convocando rumores y cantos  
en las llanuras y la selva,  
tocados por el aire seco  
en el brasero de la siesta.



¡Oh el trajinar por los caminos  
bañados por la luna llena,  
plenos de historias y de asombros  
que hoy apenas si se recuerdan,  
los ojos llenos de misterio,  
el sombrero lleno de estrellas,  
con la tierra hasta la cintura  
y el cuerpo entero hecho de tierra!

## VIETCONG

Es como sombra.

Es más que sombra.

Es un respiro quieto, agazapado.

Es la pisada misma de la sombra.

Es la floresta.

Es más que la floresta.

Un esplendor, un hálito, un silencio.

Un eco agazapado en la floresta.

Es noche.

Es más que noche.

Es un silbido imprevisible, ciego.

Un silbido secreto de la noche.

Es junco.

Es más que un junco.

Es más que el arrozal de las praderas.

Es vengador acecho entre los juncos.

Un árbol.

Más que un árbol.

Es el asedio al invasor, la tierra.

Es rostro bravo de color de un árbol.

Es día.

Es más que el día.

Lo que atenaza al opresor, la llama.

Es lo que anuncia el alborear del día.

Un pueblo.

Es más que un pueblo.

¡Un puñado de sueños donde el pueblo  
levanta el puño por amor al pueblo!

## EN LA SED DE LA TARDE

Aquí, de cara al sol, se siente el cálido  
regreso del verano. Color rojo de sangre  
traza caminos por el suelo amargo.

En la sed de la tarde.

Entre los montes de garganta verde,  
tigres y pasos pisan los finales  
restos de un eco que en silencio duerme.

En la sed de la tarde.

Se anegará en calor la piel y el pecho  
y habrá un secreto canto cuando pases  
con el muslo encendido hacia el sendero.

En la sed de la tarde.

Verano, ¡ah cicatriz de luz ferviente!  
¡Ah fuego, ardor de frenesí en tu talle  
y herida de rumores por mi frente!

En la sed de la tarde.

## CANCION DE ARRIERO

Cantar  
de loma cordillerana,  
guitarra de acento alzado  
recóndito y montaraz, canción herida y lejana  
de jinete en su corcel:

— Tenga el hombre tierra fiel,  
lleve un pañuelo bordado,  
afile un puñal lustrado,  
luzca en el pecho un clavel.

Rasgueo  
desprendido en el sendero  
ardiente de luz solar, en quemante  
verano que se derrama  
como el bordón subyugante  
de un grillo en el arenal:

— Salga por el maizal,  
salga en pingo parejero,  
buscando el querer austero  
de una morena leal.

Pulso

que en coraje reverbera  
y en melancólico ardor, sangre callada y entera  
de un eco trasnochador  
traduciendo un parecer:

— Que pueda el hombre saber  
echar suerte en tierra buena,  
sin que le resulte ajena  
la querencia y la mujer.

Grito

de guitarra tempranera  
y corazón popular, de un despertar altanero  
en resonancia señera  
dando un rebelde esplendor:

— ¡Y siempre fiel al dolor  
y al gusto de su heredad,  
que cante a la libertad  
como el más claro cantor!

## CADA VEZ MAS

Cada vez más (¡oh ritmo  
de cada vez!) el sol tostado  
rompe el amanecer (sombra y quema en los  
árboles  
abriendo la jornada),  
cada vez más senderos desolados,  
cada vez más las tardes calcinadas,  
cada vez más (¡oh canto de cada vez!)  
más hambre y quemazón cada mañana!

¡Oh lluvia, oh canto  
repetido, oh pluma  
de pájaros entre los pájaros,  
de oprimidos entre oprimidos,  
de agraviados entre agraviados,  
oh ritmo, oh fuerza de la sangre ofendida  
de esclavos y descalzos en mojón  
enclavados!

Oh ritmo oscuro  
de cantar cada vez, de ver en cada  
sonaja de la lluvia un llanto de agua,  
semilla y girasol del aguacero,  
lluvia cordillerana  
sangrienta cada vez en brasa viva  
cuando en sonaja y sol vierte sus aguas.

¡Oh canto, oh lluvia  
de cada vez, de cada  
luz abrasada en alba al dar el día,  
de cántaros aupados, de estrellas levantadas,  
oh estrella, oh ritmo de cada vez  
ver en la boca un grito, un canto  
de libertad tendido en la mañana, oh lluvia  
de ver un girasol quemando el pecho,  
de cada larga, larga dolorosa batalla,  
oh libertad, oh canto  
de sangriento sudor cada vez en la marcha!

## UNA DOCTRINA EN MOVIMIENTO

Una doctrina en movimiento  
es una brisa entre las cordilleras,



de entraña tenaz,  
que no sea el fruto  
tan amargo ya;  
clávale las rejas,  
clávale al azar!

¡Sombrío facón,  
mancha carmesí:  
clava ese lucero,  
clávalo por mí,  
clávalo por ellos,  
clávalo por ti,  
clávalo por todos  
los de este sufrir!

Solitario viento,  
viento del solar:  
calienta estos valles,  
caliéntalos más,  
quémales la sangre  
y hazlos estallar,  
corazones verdes  
echándose a mandar.

¡Sáquenle la espada  
que cegó su luz,  
cúrenle esa herida  
que le sangra aún,  
desclávenle el brazo  
de esa torva cruz,  
cúbranle las alas  
con la Cruz del Sur!

Y así facón, arado, viento del solar,  
en la tierra nuestra sonará el cantar,  
un cantar de anuncios, claro y montaraz.  
¡Háganlo por todos! ¡Háganla soñar!

## MUERTE EN LOS OBRAJES

Asesinaron a un árbol  
al pie del hacha  
(perfil de hierro sombrío)  
a la hora justa del alba.

Y a un hombre  
empuñando el hacha;  
a un hombre, como a aquel árbol,  
justo al alba.

Triste  
canción de luz agraviada,  
piel abierta en la carne, mutilados  
cuerpos que el hacha desgarró en su bárbara  
caída de rencor, residuo seco  
de corteza y de piel abierta al alba.

¡Un hombre  
al pie del hacha;  
y un árbol, como aquel hombre,  
a la hora justa del alba!



## NATIVO

A mí sólo escupieron.

A mí,  
a quien nació a la sombra de la selva,

mejor,  
quien padeció a la sombra de la selva  
escupieron.

A mí  
extendido al calor del mediodía,

mejor,  
encallecido al pie del mediodía  
escupieron.

A mí sólo escupieron.

Digo entonces:  
¿no es ésta la heredad  
común legada por los antepasados,  
por el prestigio del trueno,  
por lluvias de luceros extraviados,  
por el ritual, el vértigo,  
por el tam tam del cielo golpeado,  
por las generaciones  
que se alzaron al sol, a la intemperie, al canto?

A mí sólo escupieron.

¿No es ésta la heredad  
común de quien llegó con las ballestas,

los esquifes, las naves,  
de quien cortó la luz con bergantines,  
escudos, vituallas  
echando el anhelar al Mar del Sur,  
las islas, los prodigios,  
al sortilegio de las nuevas tierras?

A mí,  
al que nació a la orilla de los ríos;

mejor,  
quien padeció a la orilla de los ríos,  
escupieron.

Digo entonces, ¿posible  
es ya escupir a quien aró en agobios,  
a mí sólo, al callado,  
limador del oprobio y las cadenas,  
al indigente, al triste,  
descifrador del fuego y de los astros,  
al sudoroso, al ronco,  
afilador del hacha y del machete,  
al asediado, al áspero,  
guerrero de las lunas comuneras,  
a mí sólo, al intrépido,  
arrimador del leño a las hogueras,  
al sufridor, al músico,  
semilla del relato terrible y de la guerra?

A mí sólo escupieron.

Grito entonces: ¿posible  
es ya escupir a quien nació a la orilla de los ríos,  
al silencioso, al pobre,

desgarrado a la sombra de la selva,  
al recto, incorruptible,  
a su clamor de rebelión que ahora empieza?

## ESCRIBIR PARA LOS DE ABAJO

*A Edgar Valdés.*

Escribir para los de abajo,  
para los pobres de la tierra,  
es hacer que la lluvia caiga  
en calcinadas sementeras,  
como aromar una vasija  
resquebrajada por la seca,  
prender a un árbol antiguo  
nuevos ramajes con que crezca,  
a las corolas que se mustian  
olor que las tornen enhiestas;  
abrir el cauce a una surgente  
en un lugar lleno de piedras.

Escribir para los de abajo,  
para los pobres de la tierra,  
es como dar vuelta una lágrima  
y hallarle una sonrisa plena,  
apartar los velos nocturnos  
y adivinarles día de fiesta,  
ir asustando a los perdices  
esperando que nos sorprendan,  
arrebatarle la blancura  
al jazmín mientras no florezca.

Escribir para los de abajo,  
para los pobres de la tierra,

es como conversar con pájaros  
a los que damos miga tierna,  
es dar agua de coco a un niño  
con sed de sorber su esencia,  
como descubrirle el reverso  
de las estrellas que contempla,  
colgar potes de mieles claras  
a la vista de su apetencia,  
y amontonarle azul rocío  
alrededor cuando despierta.

Escribir para los de abajo,  
para los pobres de la tierra,  
es ir a regar en rozados  
y a florecer sobre la arena,  
es extender al aire libre  
las manos y tomar la fuerza  
de dos vientos que se fecundan  
como dos semillas inmensas,  
recibir los soplos que traen,  
recoger las magias que llevan,  
acercarse a la piel del alba  
y recordarle que amanezca.

Escribir para los de abajo,  
para los pobres de la tierra,  
es entregarles un mensaje,  
decirles que no se doblega  
el hombre entre cosas oscuras  
heredadas de su pobreza,  
que desde su fondo resurgen  
las sembraduras de la tierra,  
modelarles una fe firme,  
cuanto se sabe y se confiesa,

¡es afilar la lima dura  
con que se rompe las cadenas!

Escribir para los de abajo,  
para los pobres de la tierra.

## **BORDON DE OCTUBRE**

Bordón seco en la tarde.  
Voz seca en la sequía.  
Se enciende el mes de Octubre.  
Se tuesta el suelo. Y arde  
la sudación del día.

El mes de Octubre en vano  
llegó apretando el suelo:  
prosigue la sequía,  
prosigue en el verano  
la luz y el desconsuelo.

Y siempre nos abrasa  
la sed, la silenciosa  
sombra que nunca cesa  
del hambre que no pasa,  
que sin cesar nos pesa.

Sal desgraciada. Males  
de entraña duradera,  
del encono más duro  
pedrusco de arenales,  
carbón de carretera.

Sombrío recoveco  
de vejez en la cara:  
la seca el suelo cuece  
con estampido seco,  
con retorcida vara.

La arena al mediodía.  
Se tuesta el suelo. Cubre  
sus grietas el verano.  
Prosigue la sequía.  
Se enciende el mes de Octubre.

## ENDECHA

¡Dulce guitarra  
para cantar guaranias  
bajo la parra!

Y una a una  
deshojar añoranzas  
bajo la luna.

Y ver que ensaya  
su primer beso  
una paraguaya.

¡Dulce guitarra  
para cantar guaranias  
bajo la parra!

Ver un camino  
buscando el rumbo  
de su destino.

Y en él, caído,  
el sol de Enero  
cavando un nido.

¡Dulce guitarra  
para cantar guaranias  
bajo la parra!

Y al suelo amado  
ofrendar por siempre  
un amor callado.

Y en otras horas  
la apretada esperanza  
de pan y aurora.

¡Dulce guitarra  
para cantar guaranias  
bajo la parra!

## **EL HOMBRE INMOVIL**

Está inmóvil.

Inmóvil

mira llover; ve el campo quieto, inmóvil.

Mansa llovizna ingrátvil.

¿Sueña la tierra en él? ¿El en la tierra?

¿Sueño lo de llover?

Está inmóvil.

Inmóvil

mira llover. ¿Qué mira

de más quietud oscura que sus ojos,

de más sequía herida que su frente?

¿Se ve llover a él mismo o mira al campo  
reverdecer, se mira  
a sí reverdecer? ¿Será que mira  
el soplo de llover llovizna ingrátvil?  
¿O sólo sueña ver?

¿Qué mira  
el hombre inmóvil?  
¿En qué semillas piensa, en qué semillas?  
¿En qué rozados anda, en qué rozados?  
¿Hay más quietud acaso que en la lluvia  
en su quieto mirar? ¿Llueve en la tierra  
o sólo en su anhelar? ¿Lo ve la lluvia en sueños  
o es él quien sueña ver?

Está inmóvil.

Inmóvil.

Nada se mueve en él, nada en el campo.  
¿Sueña la lluvia en él? ¿Sueña en la lluvia  
inmóvil, él?

¿Sueño lo de la tierra?  
¿Sueño lo de llover?

## PARA TODO TRABAJO

*A Francisco Marín.*

Para todo trabajo,  
señor,  
fieros y competentes en puntear las reses  
y en talar quebrachales,  
repuntar en los montes la cerrazón del alba,  
regar las hortalizas secas en el verano,  
desbravar alazanes indomables,  
apagar la humareda del noroeste triste.



Para todo trabajo,  
señor.

Venimos  
de los atajos hondos,  
de los gritos tajantes en las encrucijadas,  
de torvos sucedidos en madrugadas altas  
de luceros,  
del filo servicial de los puñales,  
de aguaceros calientes, obrajes y fronteras.

Para todo trabajo,  
señor;  
seguir, rastrear las huellas  
de jaguares cebados en un silencio oscuro,  
pastorear las lluvias que apresan los follajes,  
empujar las tormentas sobre las cordilleras.

Venimos  
de medir el jadeo de las bestias;  
del hambre, el hambre, el hambre, negro chacal del  
pecho,  
de las llanuras áridas, sedientas,  
del músculo azogado sobre un puño anhelante.

Para todo trabajo,  
señor.

Y para un día sacudir  
la afrenta  
y la orquídea de sangre en las palmeras,  
y con mano afilada por serpientes corales  
llamar a los descalzos,  
y desgranar maíces de sonrisa amarilla  
y a grandes pasos verdes apisonar los valles.  
¡Para todo trabajo, señor!

## EN BOCA CERRADA

Te han dicho que te calles.  
Y ahora de tanto callar se te secaron  
los labios.

Que “en boca cerrada  
no entran moscas”.

Y que aprendas  
tu lección de repliegue y servidumbre.

Rojo de pesadilla  
este color. Desgracia y mascarada.  
La delación al día.

Y la sogá encebada  
que no se suelta.

Largo tiempo llevamos  
esta cruz en la espalda.

¡Qué bárbaro silencio!  
Los candados rechinan, herrumbrados.  
El Paraguay descansa bajo el sol y la luna  
como un cuchillo de homicida; como un clavel  
tronchado, caído, pisoteado.

¡Qué bárbaro  
silencio...!

Y aquí te han dicho que te calles.

## REVUELTA

Algo se arrancó gritando  
de la tierra. Semilla de grito oscuro  
descuajado de la tierra. Sangre

de azada arrancando un grito  
a la semilla. Y en el vértigo un amargo  
grito de azada y semilla  
por la tierra descuajada.

Revuelta: clamor de sangre  
gritando en la tierra amarga.

## CARTA

Te escribiré, mi amor, desde un sonido  
de tierra apretujada,  
desde un hondón, de pie, desde un frondoso  
confín de llamaradas,  
desde donde sus pétalos la Rosa  
de los Vientos deslava;  
de allá te escribiré, a la luz profunda  
de una estrella lejana,  
desde donde me encuentre y no me encuentres  
buscándome en el mapa,  
te escribiré de asuntos de entereza  
al punto fijo en que despunta el alba.

Desde el clamor del mar o de la tierra  
te escribiré esta carta.

Desde el instante en que te supe hermosa  
te escribiré esta carta.

Desde el sesgo de luz de tu sonrisa  
te escribiré esta carta.

Te escribiré, mi amor, desde la arena  
removida en resguardo de la llama;  
lejos de ti te escribiré, bañado  
de sudor y esperando una batalla,  
vestido de hojas y de estrellas verdes,  
de monte oscuro y de llanura parda,  
desde un cambio de sombra en la vigilia  
te escribiré esta carta.

Desde el desvelo de los hombres bravos  
te escribiré esta carta.

Te escribiré también desde la espera  
y el anhelo mayor de la mirada;  
lejos de ti te escribiré, tan lejos  
que aproxime tu afán largas distancias,  
desde el ruedo de sombras de una hoguera,  
desde un sendero de cruzadas ramas,  
desde un sol de acechanza y de una noche  
que abriendo el puño alumbra las guitarras,  
te escribiré desde el albor de un liño  
de lluvia desdoblada.

¡Desde un vivac de imperativa lumbre,  
te escribiré esta carta!

### **EN LENTA, DURA MARCHA...**

No con otros, con éstos;  
con estos hombres de terrón perplejo  
triunfaremos.

Con éstos, con los hombres  
del palmar y el verano, los del galope en las  
encrucijadas  
del alba y el lucero, reducidos  
a una pobreza vegetal, corteza  
desollada y terrible, maniatados  
a la desolación que hirió al lucero, los varones  
del pálido palmar que ató el verano.

Triunfaremos con éstos, no con otros,  
con el horcón derruido de sus huesos  
y el albor sorprendido en sus despojos.

Con éstos que sostienen la esperanza  
sobre el hombro inclinado por el beso  
del arpa triste que su amor desgarrar.

Solamente con éstos, con su sangre,  
porque la dura patria puso el sello  
viril de su coraje en su coraje.

Con éstos triunfaremos.

Con los nuestros, los únicos  
con que contamos en una larga marcha, hambrientos  
en el ultraje y el menester insaciable, devolviéndoles  
a una vida que nunca conocieron, devolviéndonos  
esa moneda de verdad que olvidamos, juntos  
en una tormentosa situación de la patria  
cuando la patria sea por fin Patria del Hombre;  
en una dolorosa, lenta, dura marcha  
donde del polvo y del oprobio se levanten los tristes  
sonriendo de pronto con honda y olvidada sonrisa  
de otro tiempo.

Con éstos, no con otros.

## LA FRONTERA

*A Marcelino Gamarra.*

¡Ah, noches de contar historias  
de animales y de montoneros!

Los hombres referían  
—corteza rota de su piel— sucesos  
de pobladores viejos de frontera,  
de maraña intrincada y vericuetos  
oscuros, de arrieros que a un descarte de baraja  
apostaban la suerte en un parco.

Bajo un alcor de medianoche  
eran historias con misterios,  
tenían trama y desenlace  
con asombrada luna en medio,  
y erizadas por sus palabras  
y por sus pautas de silencio,  
iban cayendo sobre las brasas  
resbalando sobre los leños.

Eran cuerdas tendidas  
las voces en la noche, tajos secos  
y luceros ceñidos a la frente  
de la quietud silvestre junto al ruedo,  
cortes o cicatrices  
de quién sabe qué sombras del desierto.

Con ese aire que tenían  
de cordillera y sol moreno,  
enloquecían la mirada

llena de hazañas y de incendios,  
de riesgos y de encrucijadas,  
de malevaje pendenciero;  
soltaban potros y jinetes  
del ovillaje de sus gestos,  
del meneo de sus cabezas,  
del desdoble de sus pañuelos.

Magia, melancolía,  
resuellos de alazanes galopando a lo lejos  
y referencias graves a gestiones de sangre  
y una atenta reserva de pulsos pendencieros,  
daban a aquellas noches fronterizas  
una hondura de extraña discreción y misterio.

Con desafíos a la muerte,  
con regocijos y destellos,  
los hombres tocaban el humo  
de la querencia y del recuerdo;  
los domadores de animales,  
los de remanso ribereño,  
los de poncho a la bandolera,  
color yerbal y aserradero.

Noches de la frontera, noches  
de fantasmagoría y poncho al suelo,  
de acechar a la muerte en gestos rudos  
y mano revoltosa, y en punteo  
de estrellas solitarias,  
punteo de guitarras y viejos guitarreros.

¡Noches hondas de la frontera,  
de animales y de montoneros!

## SECUENCIA DE UN CRIMEN

...un portón de atadura y caballada.  
...un terraplén de baile y vecindaje.  
...un aire de posada y paradero.  
...un fulgor de requiebro en la mirada.  
...una irrupción de fuerza y de coraje.  
...un patio con olor a cocotero.  
  
...un arpa, una voz grave y un lamento.  
...un taconeo lento, largo y vano.  
...una cadencia rota y somnolienta.  
...un imprevisto sobrecogimiento.  
...un pesado silencio de verano.  
...un oscuro presagio de tormenta.  
  
...un esplendor de asedio y varonía.  
...un farol pendulante que no alumbraba.  
...un eco que a su vértigo se enreda.  
...un grito que en lo oscuro desafía.  
...un cuchillo que brilla en la penumbra.  
...una sombra que escapa en la arboleda.

## YACY (LA LUNA)

¡Va sola, va dormida,  
va galopando sola,  
va hermosa y galopando,  
va galopando hermosa,  
la trenza desatada,  
va desatada y honda,  
va sola, iluminada,  
va iluminada y sola!



¡Dejadla galopando  
ciega por el paraje;  
con el aura, el celaje  
que irrumpe por su espalda,  
pura,  
lúbrica, hermosa,  
amazona de suelta cabellera  
quemando  
la llanura,  
de cabellera gualda,  
de encendida mirada,  
de mirada radiosa,  
callada,  
montañera!

¡Va sola, va dormida,  
va galopando sola!

¿Qué es eso? ¿Quién aparta  
las frondas con rumores,  
quién enciende los ojos lúbricos de  
codicia para ver a la diosa,  
con su cascada suelta de luz sobre la  
espalda, quién aparta las ramas con sus  
manos de tierra para mirar que toda la  
llanura se ha vuelto un espejismo al paso  
de la amazona hermosa?

¡Va sola, va dormida!

La selva quiere asirla.  
La tierra quiere asirla.  
Pombero quiere asirla.  
Curupí quiere asirla.

**¡Va galopando sola!**

¿Qué es eso? ¿Qué murmullo  
de raíces con ojos,  
de follajes con manos,  
de ramajes con muslos apartan la maraña  
para mirar sus senos de túrgida opulencia,  
para anhelar el combo del vientre  
fragoroso  
de la amazona hermosa?

Va sola, va dormida,  
va galopando sola!

Va lúbrica, va mágica,  
va a enloquecer de soledad y espanto,  
va a prender una luz blanca y fosfórica,  
va a amortajar la noche con sus hálitos,  
va a exprimir su raíz de luz dormida,  
va a dormir en la piel de los leopardos,  
va a compungir y estremecer los valles,  
va a enhebrarse en la pluma de los pájaros,  
va a derramar su ciega hechicería,  
va a arrebatarnos de fiebre nuestros páramos...

¡Dejadla galopando  
ciega por el paraje,  
con el aura, el celaje  
que irrumpe por su espalda,  
pura,  
lúbrica, hermosa,  
amazona de suelta caballera

quemando  
la llanura,  
de cabellera gualda,  
de encendida mirada,  
de mirada radiosa,  
callada,  
montañera!

¡Va sola, va dormida,  
va galopando sola!

### **MUERTE DE PERURIMA, CUENTERO, ENREDADO EN SU LENGUA...**

... Y entonces se fue yendo,  
y se fue yéndosele se le fue  
el párpado cayendo,  
y se le fue la boca,  
y se le fue yendo el habla,  
yéndose en sombras, yéndosele  
los pasos fuésele yendo el tiempo  
y yéndosele  
se le fue el silencio.

¡Las viejas cuentan  
cosas increíbles!

Que trampero y tramposo,  
Perurimá acababa  
enredado en su lengua,  
con la ojera en la oreja,

la oreja por la ojera,  
clueco en el recoveco  
de su lengua cuentera;  
que a su voz se enredaba  
dicharachero, ojoso,  
la ceja como un fleco  
menguante que no mengua,  
el cuerpo de mandioca  
contorsionado, seco,  
el ojo como arveja  
que mira el labio mudo,  
demudado el saludo  
que fritaba en la boca.

... Y se engullía el aire,  
frotando con su voz el aire, trotando  
el eco con su voz, trotándosele  
y frotando la lengua herida y rota,  
rota al trotarle por la boca  
la lengua, trotándosele la lengua  
rota sobre la boca,  
engulléndose el eco  
al frotársele el aire sobre la boca  
trotando sobre la lengua.

... tragaba la fatiga,  
rasguñándose las pestañas,  
destiñéndose el habla hablando,  
virando el ojo en ajo,  
en lodo el lado  
resabio de su labio,  
tragándose la voz, atragantándosele  
el habla en la garganta

(lampiña lengua luna)  
tragándose la luna, fatigándosele  
la voz se fatigaba,  
y se le fue yendo el habla,  
fuéasele yendo el tiempo,  
y se le fue yéndosele se le fue  
el párpado cayendo  
y se le fue cayendo hasta el silencio...

¡Las viejas cuentan  
cosas increíbles!

## TRIBUTO

Habito yo esta tierra, sus estrellas habito,  
sus canciones, sus noches;  
soy ya como un reflejo de sus ríos,  
soy cuerpo de su cuerpo,  
viajé de Norte a Sur por sus caminos  
como sangre en su sangre,  
pagué con sacrificio por alzarle la frente  
fuerte bajo la luna,  
padecí largo tiempo de oscuridad, el hacha  
empuñé con fiereza,  
redimí por el fuego las ofensas  
de los hijos bastardos,  
canté en mil horas al amor, su música  
consoló mi silencio,  
le abrí la entraña con sudor y en carne viva  
me laceré en su carne.

Sus estrellas habito.

¿No es suficiente precio por el tiempo que  
adviene?

## EL TEJEDOR DE MIMBRES

El viejo tejedor de mimbres  
era venido de otros tiempos,  
y taciturno y pensativo  
como buen hombre de los cerros  
que añoraba por la llanura  
lo que arriba tenía aliento,  
imaginaba maravillas  
como adiestrado imaginero.

En los días de grandes lluvias  
cuando los pájaros son esos  
terrones entre los ramajes  
desheredados de su vuelo,  
del horizonte recogía  
motivaciones y secretos,  
e imaginaba maravillas  
como adiestrado imaginero.

Cuando volvía a su retiro,  
a sus trabajos y aparejos,  
el mimbral ponía estrellas  
chispeantes entre sus dedos,  
burbujas de savia fresca,  
ventarrones de filos secos,  
e imaginaba maravillas  
como adiestrado imaginero.

Los niños mesaban su barba  
dejando nidos en su pecho,  
cuando el respiro del verano  
bajaba y sofocaba el suelo,

los conocía por sus gritos,  
los miraba como entre sueños,  
e imaginaba maravillas  
como adiestrado imaginero.  
La gente ignoraba ese fondo  
de pesadumbre de sus gestos,  
cuando entregaba sus trabajos  
como entregando el ser entero,  
se le apagaba la mirada,  
se le conmovía el aliento,  
e imaginaba maravillas  
como adiestrado imaginero.

Cuando se acomodó hacia abajo  
como atravesando un espejo,  
todo se conmovió a su paso,  
recogido como en un cesto,  
fueron raíces sus manos quietas,  
un mimbredal el cielo abierto  
¡aunque seguía imaginando  
maravillas de imaginero!

## CASA CAUTIVA

Ésta es la casa; es nuestra.  
Ésta es su música; las exigencias todas  
de la vida pasaron por sus habitaciones, por el ascua  
quemante de sus fronteras; la locura de quienes  
emprendieron una empresa más ancha que sus  
fuerzas,  
el sueño que los fue desgarrando,  
esa sal escogida que salpicó las llagas  
de su vasto martirio.

Es nuestra. Aquí resuenan  
músicas melancólicas, instrumentos que exaltan  
querencias y alegrías. Le pertenecen la quietud  
antigua  
y los hechos sangrientos. Sus ríos, los espejos,  
recogieron despojos  
de injuria y desventura (por eso es esta música);  
obsedieron  
a sus hijos colores de aturridos relámpagos, sus  
manos  
apresaron los frutos de una infausta cosecha.

Su música es así. Descansa ahora  
en un boreal tembladeral de pájaros, de plumas  
amarillas, de crucifijos deslavados, rotos. Y es  
hora  
de preguntarse ¿qué trajimos  
para ungir la a un estado de habitación del hombre;  
se habrá sentido, como cal viva en los ojos, la  
tribulación  
de su destino? ¿Qué tembloroso cántaro  
amasamos, qué súplica o trastorno,  
qué empeño y asechanza para evitar la herida  
de su piel, esa absorta mirada de sus ojos terribles  
como una acusación? ¿Habremos, pues, cumplido  
con el deber que hiciese merecer habitarla?

Es nuestra. Ésta es su música. ¿Qué rencores  
oscuros  
le habrán tejido esa circunferencia,  
el halo que empurpura sus techumbres? ¿La  
enemistad,  
como un osario vano entre sus hijos?  
¿El desconsuelo



de las cruces plantadas en su suelo y la obliga a  
prosternarse a solas junto a su sombra rota,  
a la intemperie, al umbral del orgullo que vela su  
infortunio?

A saco habrán entrado  
en ella los Impuros, los cómplices  
del ritual del crimen; habrán entrado a saco  
con miserables máscaras que engendra la codicia;  
habrán marcado un día trágico por sus muros,  
trágico y de fatalidad, espurio  
como el inicuo cuervo sobre el árbol desierto  
en cuya raíz de hueso reposan los desnudos.

Su música es así, una cifra  
de dulce acento humano, un anuncio  
previo de acusación anudado a la rueda del destino  
y al párpado de los muertos, melodía incesante en  
el desgaste  
del desierto cubil, sonido desgajado  
de un instrumento oscuro con imagen de reja y  
cautiverio.

Todo saldrá de aquí, de su piedra  
y su polvo, de su migaja el pan, de su venero  
verde la cosecha, de las estancias tristes la  
temblorosa noche  
de la revelación y los rebeldes;  
de aquí la sangre, el fuego, de los cuencos vacíos  
la mirada  
final y salvadora, como un amor que brota  
de madrigueras hondas de escarnio y menosprecio.  
No habrá ya que olvidar decir su nombre



¡Oh ver, no ver, ver  
sin que le duela ver  
—Cepí Ramírez—  
sin que pudiera herirle lo que mira,  
mirar sin que le hiera,  
ver la gente extranjera,  
ajena y extranjera a cuanto mira!

Los ojos en la mano,  
con la ojera vacía,  
con la ojera sudando por la mano  
se ve a sí mismo lejos,  
desde lejos se mira,  
los ojos en la mano se ve Cepí Ramírez,  
los ojos en la mano Cepí Ramírez mira.

¡Ver la gente extranjera,  
ajena y extranjera a cuanto mira!

## — II —

¡Ah qué amargo, qué amargo si a un venablo  
de fina luz, la patria encuentra un día  
vuelto rebenque roto en su retablo!

Sustituyendo a su alba, a su alegría,  
la fusta y el incendio, el gesto beodo,  
la pólvora falaz, la artillería.

Ah qué amargo, qué amargo ver que todo  
le sabe a negra sal, que hasta la risa  
le resbala sangrando por el codo.

Y ver cercado todo por la prisa  
de látigos traidores; hasta el rudo  
madero en que sangró su cara lisa.

Ver fusiles cercando el aire mudo,  
la cigarra que espera el aguacero  
y el aguacero que intentó y no pudo

escapar de las armas que el armero,  
con disfraz solapado, al caserío  
bajó con un desplante pistolero.

Pistolero mañoso frente al río,  
extranjero que ahora llega lleno  
de un gesto que enmaraña un desafío.

La cartera cargada de veneno,  
las valijas de bala, el sobretodo  
de botín que arrancó al sudor ajeno.

Cercado todo por fusiles, todo  
cercado de veneno y de extranjero  
coro lleno de crimen y de lodo.

De fusil y veneno. El cerco fiero  
de la casa y el árbol; fiera mano  
militar con enguante cuartelero.

Pistola militar que apunta el llano.  
Cercos del aire. Cepo y crispadura.  
Encarcelado el grito y el verano.

Fiera mano extranjera. Fiera y dura  
mano de pulso helado y estampido,  
mano apretando una moneda oscura.

Es eso. Es esa mano. Hasta el latido  
de la patria solloza en la amenaza,  
la boca triste, triste el pecho herido.

La luna del verano con el seno  
atravesado por las bayonetas,  
prietas las tierras, las semillas prietas  
por el fusil, la muerte y el veneno!

— III —

A las cosas que mira  
—que debiera mirar Cepí Ramírez—,  
cosa amarga,  
mira la tira larga  
de ese cuero barcino que se estira  
como feudo en poder de militares.

Y lo que tiene el cielo de guiño y brujería,  
y la tarde caliente que succiona el pantano,  
y ese cruzar desiertos con un sol por avío,  
y lo apretado y triste que tiene su alegría,  
y la barba que suelta su humareda en verano,  
y el clavel que sacude la boca en desafío,  
y el cuchillo que deja relucir su amuleto  
en la tinaja viva de su mirar inquieto.

Ah las cosas que mira  
—que debiera mirar Cepí Ramírez—,  
cosa amarga,  
mira la tira larga  
de ese cuero barcino que se estira  
como feudo en poder de militares.

Y el primitivo grito sobre el labio encendido,  
y el afán de andar libre como novillo fiero,  
y el sudor amasado que hay en la sembradura,  
y el oficio mañoso de nunca estar dormido,  
y el olor de sangría que hay en el matadero,  
y el maíz que desgrana con dolor su blancura,  
y el coraje que guarda su pulso y le desvela,  
y la estrella que jura ser fiel desde la espuela.

Ah las cosas que mira  
—que debiera mirar Cepí Ramírez—  
mira su propia mano  
de ventarrón despierto,  
el campo, que no es suyo, siendo suyo,  
hierba olorosa el yuyo  
—¡oh ilusión de un crepúsculo montano!—  
su cara como un tajo sudoroso y abierto  
que se estira y se estira...

#### — IV —

Si parece que están los extranjeros  
como sobre una carta barajada,  
con la marca traidora preparada,  
y fuéramos aquí los forasteros.

Igual que un ojo artero  
—mala sal rastrojera—  
que un campo destruyera  
con aliento agorero,  
así parece el esplendor que raja

la heredad confinada en el paisaje,  
como el brillo falaz de una navaja  
en una mano que escondió el coraje.

Todo semilla seca,  
partida, en el plantío,  
cáscara dura y hueca  
quebrándose sin brío,  
fuego seco en el aire campeano,  
tan seco que a las nubes arrodilla,  
mientras se siente al extender la mano  
desgranarse en pedazos de semilla.

Si parece de pronto  
que todo fuera ajeno,  
desde el sol en tramonto  
hasta el maíz moreno,  
y tan pobre la vida, va tan pobre  
como una sombra a deshacerse luego,  
moneda vieja sin valor, de cobre,  
que nadie quiere en la mitad del juego.

Si hasta la geografía  
caliente de amapolas  
cedió a una cacería  
de tiros de pistolas;  
si parece que compra hasta el paisaje  
el arribista que llegó primero,  
el extraño que pasa de viaje,  
el turista insolente y altanero.

Si hasta parece que ya nadie pasa  
enfrente sino caras de extranjeros,  
si ya parece ajena nuestra casa,  
si parece que somos forasteros...

¡Mucho más, mucho más! ¡Ver la llanura  
espoleando la cabalgadura  
como en una explosión de municiones,  
y hallar, Cepí Ramírez, las pasiones  
más potentes y bravas en la frente  
al encontrar la selva de repente!

Que es como sacudir la hierba mala  
y tocar su raíz, cortada a bala.

¡Ah la selva, la selva! Allí avanza un murmullo  
de muertos que recoge su dentadura verde,  
masticando la tierra con el postrer arrullo.

¡Ah la selva, la selva! ¡Oh amanecer que pierde  
su color madrugero frente al color culpable  
de una pistola fiera, de una fiera que muerde!

¡Ah los hombres, los hombres! ¿Sólo espaldas  
arables  
son en la tarde quieta, desolada y salvaje,  
pescuezos sofocados en sogas miserables?

Contingente sombrío poblando los obrajes  
—mataderos inermes de venta y resolana—,  
cuyos hombros se agobian de un áspero bagaje,

del trágico destino sujeto a una picana,  
del riacho enlodado de su inhóspita ojera,  
del vívere espantoso de su muerte cercana.



Y acaso del ensueño de poblar su tapera  
—desuncidos del yugo— cuando vuelvan un día,  
como si de un infierno de resoles volvieran,

olvidando que siempre su arar la lejanía  
llevará el tinte verde de la selva inclemente  
o del oro sangriento que en la selva expolía.

¡Ah los hombres, los hombres! Sudor rojo y  
caliente,  
calambre enfebrecido, desatada tormenta,  
pobreza enloquecida mojada en aguardiente.

Selva y hombres sacuden sus venas a la lenta  
cocción del sudoroso temblor que los calcina,  
del hacha lacerante que brilla y los afrenta.

Calor cruento, virgen. Winchester. Carabina.  
Gatillo pistolero. Látigo en las raíces.  
Plomo frío. Espolazos. Turbación asesina.

Tropelías. Tabaco. Caras torvas. Países  
de piel caliente. Llanos de macilentos ojos.  
Escándalo de heridas. Mapa de cicatrices.

Y allá en el fondo mismo, sobre el lecho de fuego  
del río en el crepúsculo, en la chata que baja  
a los puertos calientes, se ven los centelleos  
de lo fiero que llega: gringos y tiroteos,  
hombres de idioma extraño que traen la baraja  
marcada y alevosa del más tramposo juego...

## MORENA TORO

Morena Toro,  
carne de piña encendida,  
piel de cobre y cera bruna,  
zarcillo de oro,  
jirón de luna dormida,  
jirón de luna.

Mujer fuerte, profunda,  
grama verde en los surcos descampados,  
requerida al ardor de las guitarras  
de los viejos arrieros,  
flor florestal en la intemperie, lumbre  
provocante al requiebro del verano,  
fuego alazán en la arena.

Morena Toro, tenías  
cuando te vi, mujer nueva, en el desvelo  
de una noche agredida por la luna,  
oro y coral en el aro,  
peinetón de hueso negro,  
un sorbo de suspiro contenido en los labios,  
una nostalgia de hombres que no habían llegado.

¿Qué tenías? ¿Qué ciega  
y elemental potencia te encerraba  
en un mutismo amargo? ¿Qué urgencia de caminos  
parecían doblarte  
en esa antigua noche de cuchillos,  
cuando los carreteros desvelaban su frente  
tentando el aguerrido signo de su coraje?  
¿Qué atávica nostalgia, irrefrenable,  
enmaridaba el monte con tus ojos?

Pasado el tiempo ahora  
de aquella vez que te encontré en silencio,  
se codicia el vaivén de tu cintura,  
tus dos pechos de avena henchida y fuerte;  
has conocido todo cuanto es dable saberse  
en los parajes rudos: te recuerdan  
los senderos nocturnos,  
las horas del amor, los silenciosos  
hombres que te conocen.  
Aunque sigue el mutismo de tu frente,  
Morena Toro.

Novia de los entreveros,  
fragancia y resedá, jazmín despierto:  
volvamos a aquel tiempo en que tenías  
carne de piña encendida,  
piel de cobre y cera bruna,  
una urgencia de asedio de la vida en los ojos,  
una nostalgia de hombres que no habían llegado.

Ardiente el corazón,  
Morena Toro.

## **EL BAILE DE MORENA TORO**

¡Un relámpago en la arena,  
ceibo carnosos y morenos!

Zumbando el tábano negro  
de la noche enreda el rumbo,  
enreda los pies, el rumbo  
de los pies enreda al sísmico  
relumbro del baile.

¡Baila!  
¡Bailó el níspero  
febril de sus pies que arriba  
al baile, lucero arriba,  
perdiz bailando en el cielo!

¡Galardón del mujerío,  
tacón salpicando el piso  
con hilo o pelos de trenzas  
—bochinchas de chala negra—,  
de arrobamiento, clarco  
de son de música a rastras  
de dos lámparas que apresan  
el apretado jadeo!

Ceibo carnosos y morenos

¡Creciente  
el tajamar del deseo  
—bochinche de chala negra—,  
Morena Toro al meneo  
provoca lumbres, provoca  
esa semilla procaz  
del júbilo en el accecho!

Sudor fuerte en el mencho.

Sudor de asedio en el quiebro  
de la cintura ceñida  
de cinta rosa al requiebro  
del manotón de un arriero. Cinta rosa,  
sudor fuerte,  
sudor de asediante fuego.

¡Un relámpago en la arena!  
Un ciego  
lucero ardiente en los ojos  
(procáz lucero en la lengua)

Decrece el vaivén.  
Jadean  
los lamparones del techo

¡La diversión del instinto  
se encabritó al ritmo sísmico  
del baile, lucero arriba,  
perdiz bailando en el cielo!

Un arpa, cuatro guitarras,  
¡y un suelto incendio moreno!

## **LA NOCHE CON MORENA TORO**

¡Humo de quemas hubo aquella noche  
de galope de potros,  
de áspera desazón en nuestras manos,  
de burla descarada a las estrellas!

Vacante de otros sueños,  
colándose en las nubes de calma algodонера,  
encerraban tus ojos  
todo cuanto el paraje no encerraba:  
el corredor del eco, del murmullo en tu pelo,  
del instinto nocturno que echabas en las hierbas.

El alero azabache de tus cejas  
tembló en los guayaberos;  
me obligaba la sangre a aquel asalto  
que apenas rechazabas;  
sabías que llegaba con los labios quemados,  
que yo te presentía bajo el percal dormido,  
y ni el corral desierto ni el silencio pudieron  
contra la prepotencia del secreto  
que cuajaba en mi anhelo, que en tu sangre  
encendías  
y en un galope puro se emulaban la fiebre.

¡Humo de quemas hubo aquella noche  
de burla a las estrellas!

¿Qué quise? ¿Qué querías?  
Acaso en un instante calmar esa  
sed de cosas profundas que ya nos conocíamos,  
o acaso tal vez sólo dejar sobre la arena  
una pobre moneda que ni valor tenía.

El alero azabache de tus cejas  
tembló en los guayaberos;  
todo carbón y fuego, tierra adentro,  
un resuello distante de animales nocturnos  
anunció la alborada  
—galope enloquecido de potros que volvían  
hacia el corral desierto—;  
te adiviné de pronto embozada en otros sueños,  
me viste resarcido del exorcismo oscuro,  
aunque todo era fiebre todavía  
como humazón de hierba en nuestro pecho!

Todo carbón y fuego,  
¡todo búsqueda cruenta y descarrío  
la descarada noche de burla a las estrellas!

#### IV

### NOSOTROS, LOS INNOMBRABLES

#### I

Éramos ya los innombrables,  
los desechados de las glebas,  
los que apenas tenían nombre,  
los de vivir en pobres tierras,  
los de llevar señal amarga  
de castigo por las ojeras,  
los de plantar en suelo extraño,  
los de vestir ropas ajenas,  
los que estaban como de paso  
medio sangrando entre las piedras,  
los ignorados de la gente,  
los del desprecio y las afrentas,  
quienes soltaban por las noches  
los animales y las hogueras.

Éramos ya los innombrables,  
los niños pobres y andrajosos  
a quienes se llamaba con un silbido,  
o con un gesto, o simplemente con la mitad del  
nombre;  
los que podían vivir bajo las lluvias y los vientos  
y las heladas, descalzos, y en las noches crueles de  
frío y desamparo,

y tener fiebres palúdicas  
y envidiar a los bravos  
y apedrear los faroles que penden de los tugurios,  
o morir como mueren los ancianos  
de efímera ilusión, soplados desde abajo.

Podíamos seguir las ferrovías  
como si fueran el sendero a la medida  
de nuestros anhelos  
—brillantes u oscurecidos según la distancia y el  
tiempo—,  
orinar en las alcantarillas en los crepúsculos  
ardorosos  
y tener gestos ásperos y altaneros.

Soñábamos con lagos inmensos  
y con cabañas en medio de los montes profundos,  
soñábamos con los bandoleros que asediaban en  
las tranqueras  
y podían caer, cruzados de proyectiles, con  
regocijo  
sobre sus caballos jadeantes, raudos y  
enloquecidos!

## II

Éramos ya los innombrables,  
los pobres hombres de la tierra,  
los de labios enrojecidos  
por pedradas o por violencias,  
los de rostro duro y reseco,  
los atrevidos en las pendencias,  
los que ostentaban sobre el pecho



girasoles y resistencias,  
relampagueos en la frente,  
sublevaciones en la lengua,  
quienes soltaban por las noches  
los animales y las hogueras.

Vida la nuestra, oscura,  
de conocer todas las hambres,  
y los senderos de las lluvias y los paisajes,  
de los ventarrones que doblan en las siestas  
ardientes  
el tallo fino de los mandiocales;  
conocíamos el bochorno delirante del verano en  
los cocoteros,  
los animales que lamían el bastón de los ciegos y  
las serpientes y las flores silvestres.

Conocíamos los caminos  
de los talleres y los campos,  
de las misteriosas plantas a la orilla de los  
pantanos,  
del sudor pegajoso de los trabajadores en el rumor  
del mediodía,  
del pañuelo bordado por la mano ahelante de las  
muchachas vírgenes;  
conocíamos las marcas forasteras de las barajas en  
los puertos,  
el extraño mutismo de los hombres seguros y  
violentos.

Acaso descubríamos  
cuanto yacía en el sobresalto de nuestros sueños,  
el afán insumiso del acero escondido en la cintura

de los valerosos que morían cantando,  
la música de los naranjales, el murmullo que suena  
lluvia adentro,  
la cicatriz de los peones que tenían historias  
indescifrables  
sobre la piel oscura a medianoche.

Aprendíamos cantos  
de pendencia altanera;  
tocábamos las guitarras cuyo secreto profundo era  
secreto  
de los cautos y entristecidos,  
aprendíamos las palabras que amedrentaban con su  
audacia y su furia  
como la gloria de los himnos guerreros;  
llevábamos el pecho desnudo de amarillo leopardo  
por los fondos calientes  
de los bosques y los tembladeraes.

Conocíamos las plantaciones  
y los terrenos besados por las Siete Cabrillas,  
los que guardaban para nosotros las cosechas más  
bárbaras,  
los que dejaban sangre tibia en la esponja  
exprimida y oprimida  
de nuestra piel morena;  
conocíamos el brillo vengativo de los machetes  
que descansaban todavía,  
las rodillas que se partían de repente por los  
montes  
húmedos y coléricos, gigantescos y lúgubres,  
y la virilidad decorosa,  
y las comarcas lúbricas de torturado silencio y el  
cinturón de fuego grávido del verano.

### III

Fuimos hechos de tierra roja  
y de palabras callejeras,  
de amasijos elementales  
y de maderas primigenias,  
tempraneros encallecidos  
de quemarse en las polvaredas,  
de auparse en las intemperies,  
de madrugar en las capuceras,  
nacidos ya, como quien dice,  
en tiempo de mala cosecha,  
sobre caminos quebrantados  
por desventuras y querellas,  
por gacho gesto ensombrecido,  
por un destino de violencias

Y éramos ya los innumerables,  
los pobres hijos de la tierra.

Vida la nuestra, oscura,  
de conocer todas las hambres,  
de haber escuchado el aliento expectante de los  
días interminables,  
el llanto de las lluvias tristes sobre los llanos,  
de haber probado el sorbo  
amargo de la desgracia.

Yun día comprendimos  
la dirección del viento, de esa musculatura  
que se tuesta en la orilla brava de un sol naciente.

Nosotros, los esclavos de siempre,  
los hombres de mirada perdida como la curva de  
los ríos bajantes,  
los de anchos pies descalzos como las hojas de los  
tabacales,



Que es como abrir una fuente en una tierra seca  
bajo la luna.

Que es como la leche tibia de una madre hermosa  
bajo la luna.

O el grito de una niña bajo la luna.

Y supimos que hay noches  
que descansan la frente sobre el pecho del día,  
y hombres fuertes, como los nuestros, que  
sostienen las húmedas mañanas,  
y flores que desvarían  
en la mano rosada de las jóvenes cándidas,  
y empuje adormilado de quebrar cocoteros en la  
dormida vara de la brisa,  
y hogueras que levantan su niebla azul en medio  
de las colinas,  
de las estrellas que guían las fugitivas olas de las  
playas.

Que no habría senderos entrecruzados,  
ni señales desatendidas de los extraviados,  
ni desafíos oscuros;  
que cumpliría el verano su jornada,  
la semilla su parto de esplendor y de ahínco  
y el viejo rey del cielo su camino.

Entonces comprendimos  
que la vida tendría una extraña belleza  
como un árbol preñado de pájaros y meses,  
que podíamos levantar las cabezas y mirar el cielo  
sin temor y sin vergüenza,  
respirar a pulmón pleno las fortificantes frescuras  
de las raíces maravillosas.

Que rebelándonos abriéramos  
las compuertas cerradas, el telón de los anocheceres  
hoscos y dolorosos,  
que podíamos realizar el amor,  
la pura valentía,  
el canto,  
la sonrisa,  
y la fecundación de las aguas!

¡Comprendimos nosotros! Nosotros,  
los innumerables.

## JORNADA EN LA SEMILLA

Semilla adentro andamos,  
seguimos yendo semillar adentro;  
hacia salir del suelo  
y el gran desierto en sequedad, del trozo  
de sed y humillación, de la amenaza  
y la menguada sal del pan más pobre.

(Ah, tierra adentro, ahíto  
de valor y quebranto,  
asiéndonos al viento,  
a su color de ojera,  
disparándole al llanto,  
a su arenal overo  
de llama tostadora.)

Semilla adentro vamos  
—oído atento al sortilegio vivo—

desbrozando una selva de tanífera savia,  
repeliendo asechanzas de ciegas sudestadas,  
desbravando los puros sementales,  
los alazanes bravos.

(Asiéndonos al viento.  
Disparándole al llanto.)

Hacia salir del hambre,  
del boquerón de su cantero oscuro,  
hacia el nivel severo, hacia el reverso  
del insulto ofensor, de un alba negra,  
de la abyección de un barro en desconsuelo.

(Tierra adentro adelante,  
firme el grito altanero,  
la alforja caminante  
y el brasero en la mano,  
en el pecho el lucero  
y en el hombro el verano.)

Al ras de un puño abierto,  
de su amapola firme, de las riendas  
raudales de su arrojo; vamos dentro  
de su acción muscular, de la fiereza  
de roble y punición de su madero.

(Dentro de un sol tajante,  
con su fuego en la frente;  
el labio enfurecido,  
calientes las heridas,  
con el cinto  
como afligente tira  
de piel cosida a tiros.)

Semilla adentro, hirsutos,  
por anchas calles de empedrado duro,  
por entre poderosos cocoteros, sobre un salto  
de redomón quemado en su resuello,  
por el rojo astillaje  
de cobre y pomarrosa del sendero,  
por valles de arenales revoltosos,  
por entre altivos brazos macheteros.

Semilla adentro andamos,  
por entre altivos brazos macheteros!

## **TORTURA**

Esta es la noche. Es ésta  
la negra manta abierta en la penumbra.  
la sombra del que anillan en su estupor. La vasta  
noche afilada a filos de tortura.  
Noche ciega y cerrada.  
Nubarrón derramado sobre la celda muda.  
Noche cortada a trozos de risa ensangrentada.  
Pobre noche si hablamos de otras noches oscuras.

Noche cerrada,  
congoja en pic,  
penumbra airada,  
mancha café.

Este es el hosco, el hosco muro  
levantado a golpazos, fiero abrigo  
de exhalación amarga y aire mudo.  
El aire solo, singular testigo.



Esponja del calor del viento impuro.  
Triste muro si hablamos de otros más tristes  
muros.

Muro de afrenta,  
sal de impiedad.  
Pared sangrienta  
de la heredad.

Esta es la herida abierta.  
Sangradura nocturna, desazón de la vida.  
Cortadura inferida sobre faz indefensa.  
Vómito de verdugos, señal de cobardía.  
Pergamino deshecho sobre una piel oscura.  
Poca herida si hablamos de otras hondas heridas.

Flor colorada,  
herido ardor.  
Sangre cuajada.  
Clavel punzó.

Y esta es la fe nocturna. La bandera  
que no habrá de caer. La ensangrentada  
razón de no ceder en la tortura.  
Es el golpe alevoso en sombra artera.  
El verdugo de sangre envenenada.  
Y la pasión resuelta y encendida  
y un corazón ardiente en la cintura  
de un hombre en su semilla florecida.

Noche y herida.  
Pulso y valor.  
Clara la vida.  
Claro el honor.

## HOMBRE

*A Federico Tatter,  
in memoriam.*

“No es éste de los que hablan”, dije  
al mirarlo pasar  
(y eso no se dice de todos);  
bajo la luz del corredor esplendía  
su madurez altiva,  
textura de quebracho el torso pétreo,  
sudoroso y erguido,  
titán de estas praderas calcinadas,  
musculoso y elástico,  
desgreñada la tersa cabellera,  
sonriente,  
poderoso y bravío en su respiración  
pausada,  
toro de campo abierto,  
verdadero varón de cepa pura  
(y eso no se dice de todos).

No pudo hallarse el sitio de su cadáver nunca.

## CON ESE MISMO CORAZON QUE CANTABA

*En memoria de Wilfrido Alvarez,  
mártir paraguayo.*

Soñó con un país  
que fuera una corriente

de ríos al andar;  
de jazmines la frente,  
de granos de maíz  
resonante el cantar.

Hoy recuerdo su rostro que tenía  
rasgo de arcilla y tierra del lugar,  
donde hallara el secreto de pulsar  
con el acero de su rebeldía  
la cívica guitarra popular.

Soñaba con un país  
hermoso, con la camisa bordada  
de color nuestro, de lluvias  
nuestras y vastas en las madrugadas;  
iguales surcos quería,  
que todo en el esfuerzo de los hombres cantara.

Él decía: —De todos  
será el pan en la tierra  
cuando la tierra sea para todos.

Y haya pan para todos.

Decía: —En paz sobre la tierra  
descansará el hermano  
cuando se viva en paz sobre la tierra.

Y haya paz para todos.

Él decía: —¡Qué hermosa  
la patria libre! ¡Hagamos  
libre a la patria hermosa!

Soñaba con un país  
claro, fértil, que no oprimiera y sangrara  
como un despojo deshecho, quería  
que en un país de labranzas  
cantasen la sangre, el valle, las cordilleras, los ríos;  
lo soñó así, sin que jamás retirara  
los pasos, la voz, los ojos  
de esa intensa lumbrarada.

País de sol y azafranes y corazón de guitarras.

Varón entero, tenía  
polvo de pueblo en la cara.

Se alzó por los que yacían,  
vistió el sol cada mañana,  
noche a noche alumbró el día,  
día a día tocó el alba,  
sufrió prisión por ser libre,  
llevó luz de casa en casa,  
pidió por los que no piden,  
por otros hirió su entraña.

Y si ha partido ahora, vuelve en esa marea  
de resolanas altas que golpea con furia y con  
constancia.  
el mediodía claro, vuelve a la clandestina tormenta  
de las horas  
en que su corazón, puro y vivo, cantaba;  
vuelve a mirar las cosas de los hombres iguales  
en orfandad tiránica, en luz torva y hambrienta,  
en humildad y orgullo;  
vuelve, vuelve a lo mismo, vuelve a arrojar al  
rostro del verdugo su cólera,  
su cólera más honda que el odio y la vergüenza

del verdugo, más inmensa que el gesto del verdugo  
alevoso, vuelve, cabal y entero, como siempre  
volvía (sin que jamás partiera) de ese país que fuera  
la imagen de su vida.

Vuelve así en esta tarde.

Vuelve con la sonrisa  
de inocente camino con que incendiaba el día,  
con esa fortaleza de bosque de sus sueños,  
con esos camaradas que son sal de la tierra  
y vuelven, con él vuelven a la región y al tiempo  
de redimir la sangre del crimen y el ultraje.

Vuelve así en esta tarde, regresa al mediodía,  
vuelve con ese mismo corazón que cantaba.

## UN RITO PARA EL HÉROE

*En memoria del "Che"*

Un rito americano  
librado a cielo abierto,  
con pájaros y danzas, colores y murmullos  
de sombra y naranjeros;  
es que hoy, como nunca, habrá de darse  
un rito de silencio,  
por el Guerrero alzado en mil combates,  
echando llamaradas para todos los tiempos.

(Este dejó su sangre  
lavada en la llanura,  
quemó olorosas hierbas  
en colinas y lunas,  
peinó el sol en la frente  
de clara levadura,  
y esparció por las cumbres  
la lumbre de las lluvias.)

Una hoguera callada  
de taciturno leño,  
una máscara intacta de color de intemperie  
en el instante oscuro de velar este cuerpo;  
flechas de cacerías,  
collares de reflejos,  
que enjuguen todo el llanto, la congoja, la herida,  
por el bravo abatido y yacente en nuestro suelo.

El más antiguo rito  
que nombre su sendero,  
convocando los signos y el honor de la tierra  
desde un fondo secreto,  
un rito de alta arcilla temblorosa,  
rodeando su cuerpo,  
que nos indique al alba, fatigada de estrellas,  
su valerosa estrella subiendo entre lucceros.

(Éste izó a la invencible  
libertad en un puño;  
la dignidad sellaba  
su nombre por los muros,  
sembró por los caminos  
los sueños más profundos,  
y señaló a la aurora  
la hora de otros rumbos.)

Un resplandor, por fin, que bañe el rostro  
de luna sonriendo,  
un manto de confín y cordillera,  
de altura y cabrilleos,  
un recóndito canto que nos recuerde el día  
de su batalla en medio de la noche y los vientos.

Un rito americano,  
gajo de antiguo incendio,  
piraguas como labios cautelosos del agua  
y relámpagos verdes que llamen a Consejo,  
árboles tutelares  
y albores venideros,  
el arco, el arco iris donde estén fulgurando  
la Hoguera y el Guerrero que hayan de alzar al  
pueblo.

Un rito americano  
librado a cielo abierto...

1967

**DONDE SE APRUEBA EL NIXONICIDIO  
Y SE AGRADECE A PABLO NERUDA  
SU LIBRO Y SU DEFENSA DE LA  
REVOLUCION CHILENA**

He recibido la explosión radiante  
de tu acento encendido y soberano  
como el filoso brillo de un diamante.

Cargada viene del fulgor serrano  
y heridor de la piedra justiciera  
que tu tierra natal lleva en la mano.

Allí se juzga, siempre a tu manera,  
al Rufián Imperial; allí se enfrenta  
a los secuaces de esa oscura fiera.

Y se induce también a hacer la cuenta  
de cuanto crimen siembra el Altanero  
a cada paso de su acción sangrienta.

Es el deber del canto verdadero  
enjuiciar a ese Chacal sombrío  
que en Ley de Sangre convirtió el dinero.

Te hablaré de lo nuestro y de lo mío,  
de lo que han hecho de la patria hermosa  
por la que sueño, lucho y desvarío.

En medio de la luz pura y airosa,  
el fratricidio más desvergonzado  
trajo la misma bestia pantanosa.

El Paraguay, que es como un sol manchado  
por la baba del mismo genocida  
y un general vendido y entregado;

el Paraguay, una terrible herida  
de verano y amor, alza la frente  
ante esta incitación que le convida

a no cejar en su batalla ardiente,  
a reprobar al mismo personaje,  
a aguerirse en el temple de su gente.

También allá ensució hasta su paisaje  
el de la Casa Blanca, y la pistolería  
del sirviente casero, en grave ultraje.



Negro muro elevó su altanería  
para los héroes hoy encarcelados  
que no deponen su pasión bravía.

Quince años sombríos reservados  
al escarnio, al silencio, a la tortura  
cubren sus años de halo marchitado.

Aunque en mitad de la desolladura,  
de la más honda noche y la más fría,  
todo se inclina hacia una luz futura.

Allí en tu patria, en cambio, una bandera  
de unidad popular y gallardía  
trajo la inevitable primavera.

¡Cómo ignorar lo que en tu araucanía  
el roto pueblo puede hacer ahora  
por sólo honor de su soberanía!

¡Y qué orgullo el de ser en esta hora  
puro chileno en cordillera y llano  
con ese libre fuego que atesora!

Tal vez, en un momento no lejano,  
Chile y el Paraguay cambien la vista  
de nieve y sol, como de hermano a hermano.

¿Habrá ese día entonces quien resista  
a esa insurgencia americana y dura  
que nunca ya de su avanzar desista?

No, no; las cosas cambian; la madura  
raíz florece sobre un campanario  
donde echan a volar campanas puras.

Gracias por el acento lapidario  
de lumbre vengadora y madrugada  
que marca a fuego lento al adversario;  
por la ancha mano amiga en la jornada,  
por el tiro certero y necesario,  
por el invicto incendio, camarada.

Marzo de 1973.

**DESTIERRO Y ATARDECER**

**(1962 - 1975)**

*En los tiempos sombríos,  
¿se cantará también?  
También se cantará  
sobre los tiempos sombríos.*

Bertold Brecht

*Desde el momento en que se fue  
estuvo regresando.*

Ciro Alegría

## DE UNO Y DE TODOS

*Pensé callar; me dije  
que callara, que acaso pareciera  
desalentado el labio que se echase  
—desollado— a exprimir su sombra acerba;  
me dije “no”, por años, y cerrando los ojos  
—cerrándolos sangrando—  
reprimí su pungencia en largo encono.*

*Callar, me dije. ¡Pero cuántos ríos,  
cuántas alas dobladas, cuántos árboles  
que apretaban el sueño en esos años  
de amarga sudación, cuántas cruces crueles  
en la heredad desierta, cuánta amarga  
firma de fe  
enfrentando cada afrenta...!*

*De todos, sangre adentro  
—desterrados—, de cientos y de miles  
la imprecación, de innumerables bocas  
cuanto pensé callar,  
cuanto debiese  
callar, callar si ya no fuera  
de cientos y de miles la palabra  
lacerada y sangrienta.*

*Quizá este grito entonces,  
de uno y de todos —y por todos— sea  
trasudación unánime, la herida  
que sabemos de sobra, la razón de esa hoguera  
quemándole los ojos a un hombre a la deriva  
con las manos raigadas fieramente en su tierra.*

## EN LA ORILLA OPUESTA

Espero en la orilla opuesta  
del gran río de mi patria. Allá, otra vez, la callada  
noche del dolor, el largo río  
del dolor,  
las ásperas  
noches del río y la patria  
en larga y callada espera.

Allá por la orilla opuesta.

Miro la salpicadura  
de la muerte por los muros, el blanco muro teñido  
que otra vez se hirió de muerte  
y grito mártir, la sangre  
mártir salpicando el muro...

Allá por la orilla opuesta.

Y allí están, alevosos, los del crimen  
con la mano sangrienta. La negra bota  
alevosa; pistola ciega y oscura  
inaugurada en el crimen, la boca negra  
y sangrienta...

Allá por la orilla opuesta.

## CRUCE

Un viento oscuro ha caído  
ayer  
—como un golpe aciago—,  
sobre la frontera aquella  
que cruzamos.

Viento de premoniciones  
al costado,  
viento oscuro  
de ir turbando  
—lado a lado— ayer, mañana,  
las estrellas que pisamos.

Sobre la frontera aquella  
que cruzábamos.

## SINO

Nada es lo mismo ya, ni lo será mañana;  
apenas la constancia dará el signo que guíe  
el día por venir. Y el ahínco de la memoria fiel  
que reconstruya y clasifique lo que ya es  
quemadura  
y senda pedregosa desde ahora, desde el instante  
en que una lluvia oscura  
sopló con un sonido bárbaro en nuestra vida.

Y lo sabemos todos.  
Nada será ya igual ni semejante al rostro del  
pasado;  
ni nuestro amor, vacío de sostén, ni la mano  
de los amigos. No habrá ese ruido  
de persianas que bajen impidiendo al verano  
su intromisión inevitable. Habrá cambiado  
el ritmo de la sangre; otras palabras  
pondrán sobre el oído su distinta eufonía.

No, no; ya no será la misma  
la manera de andar, la introspección al modo

de la quietud ceñida de las horas. Se notará por  
siempre  
en nuestros rostros un visaje  
y un aire retraído de máscara olvidada.  
Y al no tener el mismo amor, la misma mano de  
los amigos,  
el ser de aquí o de allá se borrará sin pausa  
en una helada comunión con raíces espurias.

## IMAGENES

*A S.H., gravador.*

Como de mi pueblo  
son estas cosas, mi amigo; como de aquellos  
parajes. Son, ciertamente, rostros de cerámica  
estos rostros, y este taller como una choza popular  
de mis bosques. Buena tierra esta tierra  
como de entre barrancos  
aupados por el sol, por la fruición del fuego.

Extraña mano es esa  
que pudiera estrechar otra mano lejana  
de reducida piel, de idénticas nervaduras  
sobre secas raíces. ¿Retoñarían cómplices  
del mismo signo, al mismo  
irremediable augurio de polvo belicoso?

Como de mi pueblo  
estas cosas, como de su hornada  
radiante, desaforada; cada bosquejo o vértigo,  
esguince o crispación o pertinaz empeño  
de domeñar la tierra; como de luna atónita esos ojos  
de maderas talladas como a ras de cuchillos.

Como de mi pueblo, mi amigo.



## SEÑALES

La primera, “Esperanza”,  
señal desnuda, sola, piedra austera arrojada  
sobre un camino cruento de luciente verano,  
jirón del alba, intruso, en el crepúsculo,  
malestar o zumbido de campana  
en una tarde seca.

Y luego esas señales  
de presencia obsesiva: “Tierra natal”, “Madera”,  
“Destierro”, “Amanecer”, “Surco”, “Guitarra”,  
como hogueras o leñas de humo suelto,  
negro y desarraigado.

Bien nos valiera ahora  
verles la trabazón, la médula  
entrañable, la falacia y el fraude  
de su inútil desgaste, de su desgaste impúdico  
yendo de boca en boca.

Rotundas y tangibles cada nueva mañana.

## CONTRASENTIDO

Y qué contrasentido: yo  
(que debería estar en otros sitios) caminando  
por estos sitios, por estas calles que desconozco;  
que andaría por huertos  
familiares, desbrozando estos huertos retirados y  
extraños;

precisamente yo que vagaría sin duda  
por entre naranjales y violines, ahora  
aprisionado por cerrazones y por noches lejanas  
como un error de mi camino,  
con un horror hacia mi propia  
palabra, hacia esa que ya ni entiende  
por qué el contrasentido, el revés de la trama, el  
desaliento  
de no explicar por qué es aquí y no allá donde se  
extiende  
la línea justa de mis pasos.

## ALLA

Debe, allá, estar lloviendo;  
sin pausa estar lloviendo, lloviznando  
en los bosques,  
sobre las casas pobres, abotonándose  
la noche y mesándose la barba envejecida  
en los obrajes, allá lejos, lloviendo,  
lloviznando en la noche.

Y habrá ya anochecido.  
Siempre se me ha hecho tarde entre los tilos  
serranos, a la hora de volver, anochecido,  
allá lejos, cuando aún no sabía  
que no fuera a volver, que se ha hecho tarde  
lloviendo, anocheciendo.

En la noche, allá lejos, lloviznando.

## SIEMPRE QUE ME VISITAN

Siempre que alguien me visita  
( viniendo de allá), miro sus huellas  
por si todavía chisporrotean, por si algún resto del  
verano  
atravesó las fronteras, o de verja deteriorada por la  
inmovilidad; miro sus ojos  
vidriados por la atmósfera seca, indago en ellos  
si hay miedo o solamente las frescuras del alba;  
cuando alguien me visita (de allá)  
trato de penetrar en cada gesto, abarco  
cada gesto, averiguo  
—mirando de soslayo— si todavía se estrecha  
fuertemente una mano, si todavía  
se canta una serenata postrísima en mi pueblo,  
si el zanjón crece para el raudal  
o para los muertos, y de repente olvido  
que averiguan también si yo averiguo, si todavía  
me abrasa el sopor hondo  
de esa atmósfera seca, si estoy entre los vivos o los  
muertos.

## MANCHA

Sueño entre cuatro muros. Mido el paso  
como en razón de azar. Vigila un huésped,  
oscuro talismán, sonriendo abajo  
como un testigo atroz: la sombra. Atroz  
testigo que, sonámbulo entre muros,  
invade el tiempo y lo divide en dos.

Sueño entre cuatro muros. La gastada  
mancha del aire recogió una red  
de estupor y silencio. Este silencio  
que como un perro fiel dormita al pie  
de mí mismo. Aquí el silencio. Y hablo  
de cosas viejas que no puedo ver.

Tiempo perdido entre papeles, letras  
que se vuelven de cara a la pared  
adosándose a un fondo de penumbras  
—¡triste patria de sombras!—, a un rincón  
donde voy escribiendo, donde escribo  
de asuntos que me siguen donde voy.

Desgaste y mancha. Aquel tiempo caído  
irremediablemente, con la sed  
desesperada en los resecos labios  
y en la lengua. Y todo por un cantar  
deshecho en agua negra, revolviendo  
cosas, hechos sin posible revés.

¡Sin posible revés! Cantar ya roto,  
que bien hubiera sido otro cantar  
si no tuviese un par de grises lágrimas  
dividiéndolo en dos. Oh amargo par  
de lágrimas heladas, gotas agrias  
con un chasquido ahogado en su revés.

Dos manos rotas. La impiedad del tiempo,  
en vano afán de hallar, recomponer,  
el canto que ha callado, el canto  
que jamás, ni ayer ni hoy, debió callar,  
reduciéndose a ser canto gastado,  
a ser mancha gastada en la pared.

## HAY SOMBRAS QUE VAN CONMIGO

Pasan, vienen conmigo gentes  
de lento andar, con seco aliento  
de tabaco y verano,  
de una zona de sangre, de ardimientos.

Hay sombras que van conmigo.

Son y no son, puesto que han sido  
de algo que fue; hoy son y viven hondos  
en mi pecho, en mi pecho, y siguen  
siendo lo que fueron y no son, misteriosos.

Hay sombras que van conmigo.

¡Aquéllos! No están ya. Pero eran  
ramajes de ceibo señero  
en otros días, que como semillas  
subían por nosotros en silencio.

Hay sombras que van conmigo.

Vienen a mí con su cantar  
antiguo, antiguo y de trasfondo,  
arrodillados ante sí mismos  
y a punto de recoger su polvo.

Hay sombras que van conmigo.

¡Sombras! Tal vez penumbras  
de horcones que se desmoronaron  
a lo largo, al paso de la vida  
con halo de humo alrededor, amargo.

Hay sombras que van conmigo.

## DESVELO

¿Y si de golpe una notica oscura  
te doblara en la noche o consiguiera  
arrodillarte,  
si en el espejo se desdibujara  
el rostro demudado, si de repente todo  
tu pasado agolpara sus honduras  
y te encontraras solo, si la noche  
se te volviera infausta, si te hiriesen  
de frente el corazón, ¿qué rumbo  
tomarías,  
cómo de nuevo te levantarías,  
dime, dime desamparado,  
cómo saldrías de esa duda inmensa  
de que siguen los tuyos,  
de que el hachazo de la muerte  
no los haya tocado  
—sin que haya allí cercioración posible—,  
díme cómo podrías  
sofocar el sollozo, esa caliente  
anudación de fuego en tu garganta,  
ese ya no saber si merece la pena  
seguir mañana hasta una nueva noche?

## EL RELOJ

Lo imprevisto advendrá a las 12,  
en punto.

Al señalarse  
la mensura del tiempo y se demarque, exactamen-  
te, la división de su latido.

Nadie  
podrá saber con precisión qué gota suya  
fenece o continúa. (No importará a ninguno.)

Habrà un instante  
muerto, disecado, como si el transcurrir  
se detuviera. Y estará comenzando  
otra mensura (en el reloj) del tiempo en nuestra  
carne

en decisivo punto, en esas 12  
horas que se vayan cerrando, sin importar a nadie,  
exactamente ahora.

¿Hoy? ¿Mañana? ¿Cuándo  
será el nuevo comienzo? ¿Partiremos ahora  
o habremos ya partido? ¿Es la ciudad que espera la  
que sepa  
o ésta que abandonamos? ¿O el ojo de ese reloj  
que nos mensura, mide,  
y puede señalar cuándo es hoy o mañana en el  
redoble

atroz del minuterero? ¿Cuándo  
será el nuevo comienzo?

Lo imprevisto advendrá a las 12,  
en punto.

Todo habrá de encerrarse en esa oblea  
circular, comprimida; el día removido, blanco,  
pleno,

la vaporosa umbría, la rotación  
del viento, cuanto aquí hemos vivido, ya compre-  
sos en esa oblea umbría, circular  
del reloj que nos mide, yendo todo a otro tiempo  
(¿Ayer, mañana?)

como papel al cesto, al tiempo que advendrá  
a las 12 en punto, exactamente ahora.

Y viniendo o partiendo, no seremos  
ya más lo que hemos sido en ese instante,  
ahora disecado, que a las 12 mense el minuterero.

## EL SUEÑO

Sin vacilar, erguido, gris la barba  
y el cabello (el daño de la edad entre los párpados;  
una luz mortecina entre las manos), pasas  
una escalera vieja, una puerta sin goznes  
de un suburbio perdido, vas tocando  
una mesa, un rincón donde los cuatro hermanos  
merodeaban  
junto al umbral, junto al terror de la penumbra;  
cruzas un patio viejo y llegas al mortero  
donde el maíz se pisa, donde todas las lágrimas del  
maíz se reducen  
a un alimento puro, ligeramente miras el brocal de  
un aljibe,  
se deshace en tus manos la baraja del padre regresando,  
del sitio en que ejercía su prestigio de arriero  
trashumante,  
ves girar una rueca familiar, tejer telares,  
oyes la resonancia de vestidos rasgados  
en un baúl de cuero, un coro antiguo  
de palabras te asaltan, de voces que se cavan en tus  
hondos recuerdos,  
ves a la madre dulce vigilando con ojos de esme-  
ralda tus gestos, tu caminar de ahora fatigado en la  
casa  
y un aire deshabitado te circunda; pobre  
mente has entrado a una habitación desierta,



repasas los ladrillos, las paredes de adobe, las  
ventanas, el libro de las fábulas sobre la silla  
grande, y una sombra —¿una imagen?— te induce  
a atravesar los campos  
y sientes que no puedes y  
qué te importa entonces que tus pies no respondan,  
si sabes que tu vida se reduce a la imagen de esa  
sombra.

## NOROESTE

¿Por qué habrá ese gusto de olvido en los días  
y esta angustia larga y estas duras manos  
y este andar mordiendo lo que va por dentro,  
graves y callados?

¿Por qué ha de ser,  
Solano?

¿Por qué este jadeo tras el mismo rumbo,  
por qué este galope tras el mismo llano,  
la espuela acuciante sobre los ijares  
casi desollados?

¿Por qué ha de ser,  
Solano?

¿Por qué esta fatiga que pesa en los hombros  
y el aire que bate, sin piedad, los labios,  
y esa rosa negra de muerte que sopla  
del revés del llanto?

¿Por qué ha de ser,  
Solano?

Las horas, viejo amigo, sucesivos recuerdos  
desnudan mientras bajan ciegas por los barrancos,  
desciñendo la oculta desazón de un anhelo  
que interroga de tanto dislocarse aguardando.

Te estoy viendo lejano, trémulo entre laureles,  
como una espesa imagen que el ayer ha imantado,  
y ante el paso del tiempo, borrando las distancias,  
desanudara un temblo de ecos acongojados.

Quizá de otra manera no entienda esta nostalgia  
que por mi frente bajan la tarde y el verano.

## MARITIMO

Hoy debemos partir.

Las oleadas  
juegan a timoneles en los remos y quillas  
bajo una noche herida de remeros y balsas,  
húmedas proas, jarcias, embelesos marinos.

Partir

—así, a estas horas— a un convite  
de signo ecuatorial, rumbo a las islas rojas y los  
bosques  
de otro verdor, hacia tocar  
barrancos, boyas,  
por vocación viajera,  
por cumplir la insistente señal de nuestra estrella.

Noche adentro, al custodio  
de una luz sagitaria derretida y cayéndose

en las algas, de una triste sirena  
que enfunda las distancias, que separa  
suburbios y regiones de inquietud en las aguas.

Partir

así, esta noche. La sirena  
se advertirá en las costas calladas y ateridas  
hacia estribor.

Partimos.

Pesadumbre

de arribar otra vez a inadvertidos  
muelles, al guiño y al misterio de la luz de otros  
puertos.

La sirena al azar.

Y el signo oscuro

que nos insta a caer y a partir en los barcos...

## DIEZ AÑOS...

Están la tierra roja (¿De qué color serían  
las flores del lapacho aquel de las lagunas?)  
y las lagunas del color del lapacho; están, aunque  
desvaída

no fija la memoria la medida  
del bostezo de los felinos, la dimensión exacta  
de los aleros familiares; diez años  
en la humareda (¿O más?) y la aprehensión  
segura del olfato infantil desaparece (la sola  
degustación de una fruta la devuelve), ciento  
veinte

o más lunas de no mirar la luna  
sino su ruedo muerto en las ciudades?, y así caen  
hacia remotas noches aromas de azucenas

que ya no están, que giran  
en el desinterés de esta hora, de esta terrible  
hora de estar apenas memorando tus ojos, tu piel,  
tus besos  
como un aroma de azucenas,  
de lagunas (¿cómo eran las lagunas?),  
de flores de lapacho sobre una tierra roja.

## PARADA

Acaso reste sólo  
una sombra donde dormir.

Y todo por un sorbo  
de cántaro que no fue, que pudo ser  
agua sin vicisitud, de manantial, o bien  
lluvia de aplacar la sed, pregusto  
de amparo en el sinsabor, acaso  
una piedra donde caer,  
un tronco donde descansar.

O una sombra donde dormir.

Acaso nos quede ya  
por todo abrigo lo que va  
en camino de fatigar, de nube oscura o sal  
de arenisca, cosas pobres para vivir,  
o tal vez —desgano de la heredad—  
un desgastado atardecer,  
un cántaro donde llorar.

Acaso reste sólo  
un cántaro donde llorar.

## PARA SABER DE MI

Para saber de mí,  
visita a los amigos; dulcemente deja caer  
las manos sobre la falda; una sola palabra  
y su emoción despierta. Un nombre que le  
recuerde  
mi nombre, es suficiente. Les ofrece  
entonces una flor de mis querencias.

Presiente mis azares.

Años atrás  
le anticiparon mi muerte. (¡Cómo  
no fueron a caérsele los ojos!). No lo creyó.  
Rasgó la tierra en seco. Se sentó ante el crepúsculo  
para esperar mil años aseverar su creencia.  
Olfateó en el aire una presencia; averiguó los  
rastros  
de sol del hijo pródigo. Ya no turbó su rostro  
ni el encuentro que siempre presintió que  
advendría.

De vez en cuando se le pierden  
mis huellas. Y así, visita a los amigos.

¿No hago acaso lo mismo para enterarme de  
ella?

## POEMA SIMPLE

Algunos desearon caer  
sobre las más altas colinas de su país, cercanos

a la cintilación de sus ríos; cerrar los ojos  
y así rememorar sus serranías,  
sus bosques, sus praderas.

Otros preferirían  
nombrar la Cruz del Sur, la memoria colmada  
del último poniente, con los labios  
llenos de ese sabor de arena de su rincón lejano.

¿Qué escogería yo, dándoseme a elegir,  
sino abrigar mis huesos en el camino aquel?

### **EN UN LEJANO CEMENTERIO**

En un lejano cementerio de Yegros,  
alguién dejó exprimidos los sollozos  
como un pañuelo desgarrado y solo.

En un lejano cementerio de Yegros,  
hay un silencio grave en el silencio,  
como si un eco respondiera a un eco.

En un lejano cementerio de Yegros,  
entre un viento agorero y desvalido  
sentóse el tiempo y se quedó tendido.

En un lejano cementerio de Yegros,  
las ramas lloran y parecería  
que el mundo es una lágrima caída.

En un lejano cementerio de Yegros,  
vuela un ave sombría, que se esfuma  
como un espectro oscuro, en la llanura.

En un lejano cementerio de Yegros,  
hay una niña que suspira y lleva  
una rosa nocturna y cenicienta.

En un lejano cementerio de Yegros,  
un arisco caballo, levitando,  
pasa en un trote largo y solitario.

En un lejano cementerio de Yegros,  
aún se escucha el cantar del caminante  
que un día infausto se alejó en la tarde.

En un lejano cementerio de Yegros.

## CULPA

Un árbol. Acaso todo  
lo sucedido fuera culpa de un árbol solo.

Culpa de no dejar en el hoyo  
—cayendo descuajada—  
una fe sin penumbras de ilusión y sollozo.

## TE IRAS UN DIA

Partir... decía entonces.  
Eran lluvias, de monte, en la pradera  
las que invitaban a partir, la honda  
melancolía de los valles cerrados, provinciales;  
eran aquellos días

—los domingos en blanco—, los que abrían los  
ojos a ese sueño de andar, allá hacia las fronteras.

Te irás un día, nos dijimos  
en el atardecer; así, como mordiendo  
una flor seca; dijimos, te irás, como soplando  
un aroma silvestre. O como nada, como si aquella  
luz violenta de augurios nos quemara  
la lengua con su polvo  
en el atardecer, mordiendo flores secas.

Gastó el huracán  
tiempo el atardecer en mí, sajó su mano  
tantas cosas en mí (su rudo viento): el mirador  
baldío, la aurora del verano,  
borró luz solariega y amarilla  
de mis ojos,  
aquel blancor de luna,  
la aurora y el verano del mirador baldío.

¡Cerrar  
como si nada, ahora, sí, cerrar los ojos  
y querer esas hierbas y esas praderas solas  
en el atardecer ¡oh sombra  
inmemorial, oh largo trecho frío!,  
así, cerrar los párpados  
y asir la luz violenta  
de esa apretada carga de lluvias torrenciales  
por los senderos rojos, de monte, en la frontera...!



## RONDA

El recuerdo, esa sombra. La punzante,  
inquisitiva sombra, hiriente daga  
y cerrazón furtiva, negra noche  
que va rondando esta desierta casa.

Esta desierta casa, este vacío  
recinto de antifaces y de máscaras  
de la desolación, aliento oscuro  
que frunce hierbas malaventuradas.

Reviviscencias de un perdido tiempo  
que en estos años de mis años grava  
filos desalentados, porfiantes,  
y echa cenizas insufribles, vanas.

El recuerdo, esa piedra derruida  
de tanto estar allí, laja entre lajas,  
desolladura en la memoria insomne  
con que se ha alzado esta desierta casa.

## EL DICTADOR

(Epigrama)

Pobló el solar de cárceles;  
supuso que a su paso no crecerían nunca  
las hierbas ni el rocío.

El desprecio a su imagen y a su nombre,  
los verdecio hace tiempo.

## **ABAJO...**

Siento  
bajo mis pies, en mi raíz, debajo  
de mi raíz, allá, donde se agrietan  
los escombros nocturnos, donde corre a deriva  
nuestra sangre,  
que se me empinan, rompen  
mutilaciones, cárceles; que suben a los labios  
gritos roncos, clamores, multiplicados  
crímenes; sentimos  
que hay una amputación junto a un látigo seco,  
ensangrentado;  
una sangrante cifra de ola humana  
que pasa, un fuego rojo  
de verano, que hay tormentas  
de ríos apretados, de árboles desgajados  
bajo los pies, que llegan  
donde van a deriva los gritos y la sangre.

Siento  
bajo los pies, en mi raíz, abajo...

## **DESPREVENCIÓN**

No he estado preparado  
para la muerte, para la soledad, para el silencio.  
Nunca desesperé de ver la claridad de la mañana.  
Rehusé el sorbo amargo de la finitud; no pude  
ver fruncidos mis labios en los trances oscuros.  
Mi corazón no se adiestró en la sombra.  
Pero el tiempo ha esgrimido sus traiciones.

## EXTRANJERO

Viajero: te lo han dicho;  
ya lo has oído, pobre de ti, “¡extranjero!”.  
Ya no mereces reposar  
—como tanto querías— por fin bajo esos álamos.

Y te lo ha dicho un niño, descando  
saber qué aires silbabas; te lo ha dicho mirando  
tu mirada; te lo ha dicho sintiendo  
en su inocencia toda tu inocencia.

Esta tierra no es tuya  
—debes saberlo siempre—, ni siquiera tu sombra  
te conoce esta tarde; recoge nuevamente  
tus pobres cosas; pudiera conocerte  
piadosamente un día la piedra en que descansas.

Viajero: ¡te lo han dicho!  
Escúchalo y no tiembles. Quizá haya sido justo  
morir antes de oírlo; quizá ya ese “extranjero”  
te induzca a retornar, a no ser huésped  
de tu propia penumbra destrozada.

Y te lo ha dicho un niño, pobre de ti,  
viajero.

Ya no mereces reposar  
—¡como tanto querías!— por fin bajo esos álamos.

## ESPERANDO LAS LLUVIAS

A ese hombre  
le tocó un tiempo extraño,  
un tiempo de ignominias como de hazañas  
gloriosas, y ahora está esperando, como un árbol  
sediento, las lluvias que se anuncian.

A ese,  
que fue parte del coro,  
que tocó su violín en las horas ardientes  
del verano, que hizo girar su trompo en los  
arenales

de los poblados tristes,  
y urdió cantos y fábulas extrañas  
y que aguarda las lluvias con el rostro cetrino  
hacia los cielos.

A ese mismo,  
que rehusó celebrar al Poderoso  
y a su sangriento séquito,  
y no hizo más que esperar y soñar  
en los caminos radiantes de su tierra,  
que tejió su palabra sobre los bastidores  
con la imaginería feraz de las mujeres del pueblo,  
y anunció la revelación y el júbilo  
con una flauta agreste.

A ese hombre  
le tocó un tiempo extraño,  
y ahora está esperando, como un árbol sediento y  
solitario,  
las refrescantes lluvias que se anuncian.

## LUTO

¡No enjuague ese trapo negro  
con la memoria mala  
del recuerdo!

No enjuague ese trapo negro  
que sólo cobija lágrimas.

Al fin y medio a medio  
de este ardiente verano  
—¡borrando ese lunar  
de lágrimas!—  
aún nos queda la fe, como una estrella  
caliente en la ventana.

Sin sombra de ese trapo negro  
que sólo cobija lágrimas.

## ¿DESTIERRO?

Pero, ¿es esto un destierro? ¿O más  
que destierro —difícil de desandar—  
un hábito de aire ajeno, tocando de extremo a  
extremo

lo que es propio ya, tierras que se siente de uno  
de tanto ararlas, andarlas  
sin estar vivo ni muerto, de tanto  
rastrear en ellas, roídos  
por una increíble ausencia, estar cayendo  
día a día a un fondo extraño

de tiempo sin fin, y ajarse  
y desgajarse uno mismo, números tristes, caídos,  
carne deshecha y raída, presencia de cementerio?  
¿Es esto sólo o es hábito  
silencioso de aire ajeno?

## RINCON

¡Gira, disco de vals,  
de guarania, de polka o de mazurca!

La luz se alarga, ahoga  
en el rincón. Verosímil y exacta  
esa luz que ve todo: las cosas idas, los equívocos  
inevitables, lo que quisiera desandar  
el aliento, la raya justa en que nos detuvimos  
el paso, lo que ya fue y se pierde  
inevitablemente. Ine vi ta  
ble men te.

¡Gira, disco de música  
imprecisa! Gira  
sobre este corazón, ráyale el surco  
de los años perdidos, gírale alrededor, alrededor  
del fondo, insomnio negro, de este  
amargo corazón como una grave música.

La luz se alarga, ahoga,  
disco de vals, de polka o de mazurca.

## RAIZ

El hueso.  
El hueso sólo.  
Lo que en la entraña misma se sostiene.  
La médula esencial, el vasto páramo  
secreto.  
Lo que atrás de esa máscara se agita.

El hueso sólo.  
La médula del hombre.

¿Un gesto? ¿Una sonrisa?  
¿La carcajada acaso? ¿La tristeza?  
¿Qué apresar de ese rostro que sonríe  
como una luna abierta? ¿O de esa lágrima  
sobre la piel reseca?  
¿Contemplar el trasfondo?

¿O no?  
¿O el hueso sólo,  
lo que atrás de esa máscara se agita?

## OFRECIMIENTO

¿Qué ofrecer?, me pregunto yo a veces,  
¿qué ofrecer a esa tierra que he dejado?  
¿Solamente esta ciega  
impaciencia de música callada; ahora,  
cuando casi no sirven las palabras? ¿O sirven?  
Y vuelvo a regresar a ese vacío

rumoroso de selvas, a ese espacio crucificado  
sobre una vieja madera, a ese patio callado de  
tallos rencorosos  
y me repito y me repito y me repito  
lo que no quiero repetir: la duda  
que pudieran servir estas palabras que me  
acompañan,  
que son mi vida, parte de mi vida, fieramente  
arraigadas a mi vida.

¿Qué otra cosa ofrecer? ¡Ah, tantas cosas  
habría que ofrecer! Sé que de allá no he traído  
más que un acento roto, un léxico desvencijado  
para ir trazando una fisonomía de hombre entriste-  
cido en su revés  
y de los que vienen conmigo. Es lo que me ha  
tocado y llagado,  
pues no he conseguido más que este bagaje de  
nostalgia y palabras que alguna vez se agotarán  
por sí mismas, por su rodar insistente sobre un  
mismo camino.

Lo de ayer está en mí: veo la casa  
derruida, la lepra de su erosión, y al lado  
el palacio del réprobo (“... ganancia de  
pescadores”), miro  
lo que ha parido el malvivir, al costra y el prostí-  
bulo y más allá la cárcel (Siento que la opulencia  
allá hiede a cadáver), veo la cruz tendida como un  
yugo en los hombros,  
y me pregunto otra vez y me pregunto: ¿qué otra  
cosa ofrecer?



¿Callar acaso? ¿O seguir esta larga,  
interminable aventura, esta inserción de un eco en  
el vacío?

Es cuanto tengo, sin embargo. Y me interrogo  
siempre si es suficiente como dación o si habría  
que emprender otros rumbos, iniciarse en un  
báculo distinto,  
tanteando a ciegas pero con una fe inflexible en  
otros actos,  
en otro modo del quehacer,  
y me repito lo que no quiero repetir: la duda  
de que puedan servir estas palabras que me  
acompañan, que son mi vida,  
parte de mi vida, fieramente arraigadas a mi vida.

## TARDIO

Alguien me cuenta cosas  
de mi país, me recuerda sus lluvias,  
su inabarcable abandono, pronuncia  
palabras y palabras, miel y lenguaje puros  
de mi país.

Y sin embargo, es tarde.

Alguien me habla  
de un radiante delito, del delito del sol  
quemando a una mcuhacha en la arena  
a pleno sol y es ella misma quien me sonríe ahora  
con el rostro hacia el sol.

Y sin embargo, es tarde para mí.

## RESPONSO MINIMO

*“... al fin del camino,  
y a punto de vadear el río.”*

Apenas fue ese giro final  
de su frente cegada, la infalible certeza  
de empezar a llegar, de arrojarse a la lluvia  
virgen de sus comarcas,  
de ofrecer por entero su clamor contenido,  
cuando un presentimiento  
de inapelable hervor le conmovió la sangre...

Regresaba en silencio;  
respiró el aire seco, divisó el deslumbrante  
crepúsculo del río con sus troneras rojas  
y rompientes,  
soñó evitar ser pasto de toda muerte extraña y  
forastera,  
pronunció cada nombre de los suyos,  
deshizo con los dedos los reflejos del agua  
que ofuscaban sus gestos, tomó olor a la selva  
y a su vapor espeso bañando el horizonte,  
desveló la nostalgia de sus primeros días,  
clamó con labios rotos por la noche apacible  
de sus bosques, creyó llegar a tiempo  
de ver la luna grande sobre las cordilleras,  
cuando un viento alevoso  
lo dobló bajo el yugo del último recuerdo...

Con una mano casi sobre la orilla opuesta,  
sintió que le cubría tierra extranjera y hosca.

## CONVITE

Los muchachos caminan en la arena  
de la costa. (Estoy en una tierra ardorosa.)  
Vienen de arar los campos. Los despeina  
el atardecer. Ellos han puesto  
el porvenir en su destino. Están gozosos, cantan.  
Pronto abrirán sus brazos  
al amor y a la música.  
Se prenden las hogueras. (Yo pienso en las hogue-  
ras de mi país.) Y al extraño convidan  
a compartir su pan, su júbilo, sus danzas.

Estoy en una tierra ardorosa.  
Todo aquí ha sonreído. (He sonreído  
de ser el extranjero.) El convidado extraño  
llevará la sonrisa y la alabanza  
en este ruedo. Y ha de partir al alba.

Pronto abrirán sus brazos  
al amor y a la música. (Muchachos  
del porvenir.) Y habrá canciones. Dispongo  
mi gratitud, mi sombra (yo pienso en las hogueras  
de mi país), mi vieja red, mis cosas.  
(Debo partir al alba.) Saben ellos  
que sólo el extranjero no olvidará estas danzas.

¡No olvidará estas danzas!

## ASUNCION

¿Qué haré con esa ciudad que ha sido mía,  
qué por tenerla cerca,

por recoger su sombra, su sonrisa,  
por rescatar su aroma y hacer que me recuerde;  
yo, que la llevé en los ojos, hablándole al oído,  
a ella, que tuvo mi amor alegremente,  
huérfana y sola ahora,  
deslucida, enajenada de sí misma, de su calma,  
penetrada por otros que marchitan la flor de sus  
chivatos?

La asediaré, sin embargo,  
queriéndola como siempre,  
ciudad (¿mujer?) de atmósfera tranquila  
y de jazmín sensual; estrujaré su cuerpo  
(¿un jardín, una esquina, una tibia arboleda?),  
la tendré entre mis brazos, sacudiré sus cabellos  
hasta hacerla cantar,  
y la besaré  
y la haré sollozar por mí, por el enamorado,  
y le diré que es fea, dorada y adorada,  
le morderé los labios dulcemente  
hasta hacerla llorar,  
y por ser huérfana y sola, en una noche quieta  
y de silencio, con su amor en los labios, sollozaré  
con ella.

## TARDE

Éste es un día triste,  
muerto entre tantos días;  
sólo alberga despojos  
alrededor, y viste  
de penumbra los ojos  
y de melancolías.

La tarde se encamina  
hacia su fin en lenta  
desolación. Y azora  
ese pesar que inclina  
su estupor en la hora  
que al sueño desalienta.

¿Desacierto y hastío  
será todo mañana?  
¿Como hoy? ¿Como el vacío  
que las cosas reviste  
de sombras y extravía  
polvo y ceniza vana?

Éste es un día triste,  
muerto entre tantos días.

## AHORA QUE ME ACOMPAÑAS

Quizás, ahora que me acompañas,  
lo mío sea tuyo, y de la misma manera  
la fluorescencia de las cosas te ciegue, de esas  
pequeñas sombras  
que en tu mirada se cruzan; acaso haya un  
demonio también que te sonría  
cada vez que recuerdes una esquina remota o el  
oculto rincón de una sacristía; quizás el sabor del  
aguacate no sea ya lo mismo  
para ti o el aroma de los jazmines, y ya no puedas,  
con asidua constancia, musitar una endecha,  
sin que ruede una lágrima en tus ojos.

Quizás también ajustes los pasos a un  
reiterado rito solitario,  
ahora que me acompañas.

Quizás, ahora que me acompañas,  
no me puedas nombrar los patios hondos,  
dibujar un parral, imitar el sonido cauteloso  
de la lluvia en los nidos o en el ala de las palomas;  
tal vez se hayan desdibujado también —en estos  
largos años—  
de tus ojos el mínimo prodigio de una luz  
parpadeante en la ventana  
de una plaza en el pueblo y el resplandor de las  
luciérnagas;  
acaso te resulte imposible precisar la pintura de las  
casas  
deshabitadas del camino, el color triste de aquella  
carpa de circo  
fugaz en un baldío en invierno, del mostrador de  
las tiendas oscuras,  
sin que ruede un lágrima en tus ojos.

## DICIEMBRE

*Un año más. El sembrador va echando  
la semilla en los surcos de la tierra.*

A. Machado

Un año más. ¿Qué habremos  
de echar nosotros a este surco, un grito  
de expiación,

una mancha de lágrimas,  
una mirada adusta sobre la patria triste,  
un delirio de oscura vicisitud cumplida?

¿Nos traerá en vez de lluvia  
—agua de rosas— la desgracia de sal  
del suelo yermo, la desesperanza  
sin fin y en quemazón de un tiempo seco,  
de un tiempo extraño, tajador, como la sombra  
de nuestro corazón? ¿Qué lluvia  
—agua de rosas— vendrá al fin  
sobre toda congoja al surco en sudación?

¿Qué habremos  
de recibir, testigos acezantes;  
qué habremos de arrojar a la noche infalible  
además de esperar, clamar por la justicia  
posible, plena, salvadora? ¿Qué echaremos noso-  
tros al surco sin que fuésemos  
de pronto a desdeñar, qué pulso,  
qué tristeza,  
qué reproche irredento  
arrojaremos, qué temblor que no sea  
de entraña y ansiedad?

Agua de lluvia  
la de esperar. Un año  
de retorcer a cuestras toda la expectación...

## PARA QUE HAYA TRIUNFO

Sé que es imposible seguir  
cuando un atardecer enmarañado ata los pasos,





## TU SIGNO

“No has hecho más que andar”, te han repeti-  
do en los atardeceres,  
“... o más que amar”. Y te hablaron de ríos  
como zarzales; de tu país que sigue crepitando en  
un fuego  
de pasadas herencias pesadas bajo tierra.

Te han dicho así, mirándote  
mirar la noche muda, lunaria, indescifrable,  
acariciar tu propio corazón arrobado  
ante el constante y frágil solsticio del verano,  
y te han hablado de las colinas y las flores nativas  
y las canciones hondas de tu pueblo que anudan tu  
apretada garganta.

Y de Ella misma te han hablado, de tu pasión  
más honda,  
de aquella amiga tuya, en cuya umbría fértil  
naufragara tu sangre,  
del insondable velo de su mirada llena de maizales  
y bosques  
y del arpa flexible de su cuerpo  
y del salvaje júbilo que aireaba su risa  
y de ti mismo, al fin, tiránico y cumpliendo con su  
estupor primero.

“No has hecho más...”. Y te lo han repetido  
en los atardeceres, y tú no lo has negado,  
y tú sabes que sigue viviendo en tus pupilas  
a pesar de los años,  
y puedes agacharte y besar a tu tierra con amoroso  
encono,

y desgarrarte el pecho poblándolo de música  
y empeñarte en el curso y el acecho del tiempo que  
te aguarda  
y no eludir el signo, el que a ti te asignaron, de ser  
una semilla  
cumplida en el empeño del canto y del asombro...

¿... ?

¿Y si de pronto todos comprendiéramos  
que nada ha sucedido?

## VACIO

Doblé lo que era nuestro. Ciertamente  
te amé como a ninguna. Destruí cuanto  
amaba. Un sueño malo  
—de rencores antiguos— oscureció mis frondas.  
Titiritero falso, solté todos los hilos que me unían  
al eco fiel de tu alma, a tu secreto encanto;  
mal leñador, talé ramajes vanos con inútiles  
golpes; tiré abajo la casa con la antigua violencia  
de mi gente y la perdí, torcí el sendero y lo dejé en  
la arena  
como una carta triste que se arroja en un cesto.

Como a ninguna, digo. Un alevoso  
viento amargo ha soplado. Esto es el fin  
de un largo viaje al esplendor de un beso.

Doblé lo que era nuestro.

## POEMA DEL AEROPUERTO

Asunción, 1962.

Aeropuerto dormido. Noche. Altas estrellas.  
¿Seré yo el solitario viajero, el único, el perdido  
en una sala de tránsito? Yo, en la eternidad  
de esa luna radiante que ocultaron los años para mí  
y renacida ahora fugazmente en mis ojos?

¿Qué inquietante tormenta me ha traído a  
estas horas  
a descender entre los míos? Pisaré entonces  
levemente lo que perdí y soñaba  
rescatar en un sorbo solo de agua recuperada?

Nadie se fija en mí. Soy el desconocido  
de un instante, el viajero —Sin-Nombre,  
el asombrado  
que yerra por doquier, el pasajero  
contemplando lo suyo como si fuera ajeno:  
los naranjales verdes, el firmamento tibio de la  
noche de Enero,  
el vaho de la tierra subiéndole en la sangre,  
sin la mínima dádiva de una palabra amiga.

Y pensar que son de aquí mi desconcierto y  
mi pasado,  
mi guitarra oreada a la intemperie, mi desvalido grito  
clamando por eso mismo que perdí, por estos mismos  
que no me reconocen; mi antiguo amor a la justicia  
por el cual he caído como piedra arrojada  
de la casa, y estoy así bajo esta luna  
casi sonriendo de la atroz sinrazón, de la amarga  
celada  
con que el Destino pudo jugar con una vida.

Un paso sólo y ya estaría fuera de esa puerta,  
en el dintel y ante la noche ciega. Y todo  
recomenzaría  
con ese paso. Me entretendría el acto extraño  
de levantar mi propia sombra hasta hablarle al oído,  
limpiaría mi mano de polvo fatigado  
y entraría de nuevo a un territorio desconocido  
borrándome a mí mismo, recomenzando todo  
con ese solo gesto de atravesar la puerta hacia la  
noche.

Contemplo el infinito, las estrellas  
que han bajado a mis hombros como pájaros.  
Sombras de tibio aliento me rodean. Recupero un  
remanso de sudor  
de otros años en mi frente, desacostumbrado a lo  
que fui, a  
mí mismo, a ese que creo llevar por el azar del  
tiempo  
y no es idéntico ya ni a esa creencia, a esa terca  
costumbre  
de no querer desapegarse de la imagen oscura de  
uno mismo; enjugo ese sudor  
con un gesto de ayer,  
y lo han notado como al de un transeúnte  
sofocado en su encierro pasajero.

## CON LA TIERRA EN LOS LABIOS

¡Pero si ha sido todo  
llevar tierra en los labios,  
paisajes de la patria en los ojos

y un verbo acibarado  
de fuerza y oquedad, violencia y rabia,  
por cuanto hay de temblor desventurado  
en la heredad, en la parcela amarga  
que nos abriga el paso!

¡Oh, patria! Cómo  
se pudo haber llenado  
de sal la boca, si todo se ha dispuesto  
en tu nacencia a un canto  
de luna sosegada y de celebración de tu belleza,  
si todo nos convida a un tiempo arremansado;  
cómo pudo ocurrir que la orfandad nos diera  
el signo primordial, el vasto  
telón oscuro desde donde ahora  
—de tanto apetecer— sangra el costado...

¡Qué río turbio  
de aversión a la muerte, al ancho  
terror de la injusticia, al miedo,  
a la desolación, al desamparo,  
fue esta crucifixión de temblar siempre  
en el mismo madero desgarrado,  
la profesión sombría de taparse los ojos  
—llorando— con las manos...!

Y custodiar paisajes de la patria en los ojos  
y llevar tierra en los labios...

## ALBERGUE

Se fundará la casa  
con trazos de esta sangre, con la viga maltrecha

que nos fue destinada, con la vara que fuera bastón  
despavorido  
demarcando sus límites, sus hitos,  
abriendo con las uñas sus cimientos de dura  
morada donde arrojar el cuerpo,  
donde secar las lágrimas.

Con huellas del caminante  
se fundará la casa,  
con recuerdos como madrigueras  
de los tiempos de su tardanza,  
con horcones que se levanten  
de sus manos desamparadas.

Y de alguna manera  
el trago del intruso salpicará otros labios,  
la sombra, el titubeo, la llaga del errante que  
vuelva;  
y el albergue ha de herirse de fiebre y de  
indigencia  
—zozobran­te morada—  
acogiendo el estigma de muerte de sus ojos,  
cuanto escupa de polvo salobre y ultrajado...

## ANDANDO

Es hora de volver. Larga y penosa  
jornada se ha cumplido. Fuimos hechos  
de un ancho caminar. La casa espera, ¡pobre casa!  
Habrá que estar atentos  
al regresar. ¡Pensar que ha sido un sueño  
la ilusión de estos años! Vamos yendo

allá, de todos modos. Probablemente nada  
haya pasado. Apenas un vacío, ni eso, nada.  
Y haya seguido igual la casa. Iguales  
todos en esa casa, todos  
iguales en la casa, en donde nada  
haya pasado, y a la que es hora de volver  
andando.

## RETORNO SERA EL TUYO

Retorno será el tuyo como de semilla  
a rozado, de sombra  
alzada hasta tu cuerpo (como era ayer), con algo  
de polvo gris borrado por sí mismo,  
o de bestia cebada pisando sus pisadas.

Habrás visto en tus manos  
—tu tiempo es ahora de suplicar albergues—  
un hilo azul, un hilo como de vena abierta  
y sin sonido,  
porque no puedes ir donde debieras,  
en donde ya una vez, en una tarde seca,  
solo ante tu silencio  
hubiste de seguir como un perro a tu sombra.

Habrás salido, así, de la heredad  
y de la casa,  
de donde has nacido, casi desde tu sangre,  
para buscar posada, amparo, ámbito en que resuene  
tu voz como un eco de piedra  
(siempre atrás, paso a paso, de tu sombra),

por nada o por hacer, y eso sí bien valiera,  
reconocible el rostro de tu tierra,  
de tu heredad y de tu casa,  
de ese sitio de bosques que engendró a los  
violentos.

Retorno será, pues, de semilla  
a rozado, de fruto a rama  
tu regreso,  
de palo vuelto a manos del mendigo,  
de lumbre a leño, de lluvia que faltó a un verano seco,  
ése tuyo, indigente, regreso al fin como de perro  
persiguiendo a su sombra,  
de animal que en secreto retorna a su guarida.

## NOCTURNO PARAGUAYO

Quizá allá mismo nos tiendan  
con la boca acongojada,  
quizá allá mismo recojan  
nuestra pregunta quebrada,  
con la sombra, hecha jirones,  
que a nuestro lado marchaba;  
quizá allá mismo nos dejen  
como una arena apretada,  
quizá sea en esa misma  
tierra encendida y callada.

¿Y quién tomará el postrer  
calor de nuestra mirada,  
quién, acogido al instante,



verá que el tiempo se acaba,  
quién entornará el postigo  
final de penumbra aciaga?  
¿Quién nos llamará en la puerta,  
quién, la noche, o nadie, o nada?

Quizá sea en esa misma  
tierra encendida y callada.

¿Y quién doblará en la tarde  
el hilo blanco y las sábanas,  
quién tomará los crespones,  
quién nos tenderá en la caja,  
quién nos cruzará las manos,  
quién nos mesará la barba,  
quién nos peinará el cabello,  
quién nos tapará la cara?

Quizá allá mismo se tenga  
que abrir el hoyo a paladas,  
allá mismo removerse  
la humedad que nos deshaga.  
¿Y quién tejerá la estola,  
quién enjugará sus lágrimas,  
quién doblará los papeles,  
quién sollozará en la casa,  
quién, ya avanzada la noche,  
se punzará con la vana  
expectación de querernos  
volviendo en la misma llama?  
¿Quién el último en marcharse,  
quién, la noche, o nadie, o nada?

Quizá sea en esa misma  
tierra encendida y callada.

## EPITAFIOS DEL DESTERRADO

Viajero:  
no le sirven piedad, absolución, clemencia.  
Las tuvo ya en sus largos sufrimientos.

\*

Difícil es que pueda dormir bajo la tierra  
quien no ha podido nunca dormir sobre la tierra.

\*

¡Extendiera aquí todo su anhelo esta semilla,  
y esta semilla arrastraría tierra!

\*

Háblale, pasajero, de cosas de la vida.  
Demasiado supo de cosas de la muerte.

\*

Le duele estar abajo sin mirar las estrellas.

\*

Un vasto panorama de recuerdos  
fue todo el panorama de su sombra viajera.

\*

No yace aquí su imagen.  
La memoria que deje le trazará una imagen.

\*

La hierba que aquí crezca  
saludará a las hierbas de otra tierra.

\*

Aquí puedes soñar, caminante, en la piedra  
de quien tanto soñó y yace en la piedra.



**EL VIEJO FUEGO**

**(1977)**

A  
Élida,  
*en los tiempos amargos  
y dichosos.*

## EL AMOR

Sí,  
hoy me he puesto a encender el viejo fuego.

El azar y los años  
me han llevado a pisar en el sendero  
que me ha impuesto el amor, que mi adorada  
impuso a mi corazón; ahora vuelvo  
al fervor inicial, a esa primera mañana  
en que el sol se ha instalado en nuestro pecho.

Y así las cosas:  
la canción, la plenitud, el deseo  
me han alumbrado el rostro, se me han ceñido  
como un pañuelo verde sobre el cuello,  
y entro en la casa del fervor como antaño,  
asombrándome al ver reverdecer los sueños.

Es como si hubiesen atizado  
a mi sangre el verano, la intemperie, los vientos  
cordilleranos, o inundado sus cauces  
un enérgico brío de panales repletos,  
los brazos encendidos al apretar sus brazos,  
las dos manos cargadas de un esplendor secreto.

Sí,  
porque mi corazón no descansa en la noche,  
hoy me he puesto a encender el viejo fuego.

## AQUI, ENTRE TODOS

Crecido entre los hombres. Y movido  
por los bosques, por el viento soplando  
allí, en el aire. Amor con movimiento  
de vientos y de bosques. Y que he puesto  
en su pecho, quemado por mi pecho.

Amor de varón solo. No solitario  
amor. Es de hombre compartiendo  
la vida con los demás. Amor de vida  
y de mujer; de varón a mujer  
compartido entre todos en la vida.

Impregnado de fuegos y deseo. De  
apetencias. Huele a penumbra y hembra. Huele  
a verano y montes, a madera quemada  
y a rocío. Si así no fuera,  
no tendría este aroma de montes su deseo.

Lo llevaría en la mano si  
no lo llevara en la frente o en la sangre,  
porque como una mano que toca plenamente  
una piel o una fruta, así lo siento  
en mi sangre. Así lo doy como una mano plena.

Quisiera a veces descansar bajo un árbol  
de sombra, como viajero cansado.  
Es amor de viajero, ni más ni menos.  
Brioso y fatigado, y que requiere un árbol  
donde echarse a la sombra que lo espera.



Y todavía más. Ligeramente  
toca el suelo. Y si no vuela tanto  
es porque piedra y tierra lo imantaron  
abajo, al quehacer entre todos, al estar  
diariamente pisando tierra y piedra.

Ama la libertad, las cosas  
amadas por los hombres. Su señorío  
es ser entre los hombres. Ama la luz  
a la intemperie. Es de varón a mujer  
este amor que ha gestado la intemperie!

## **BAJO UNA LUNA GRANDE**

Mi amada es de mi tierra, de lo mío,  
de la materna arcilla que originó mi nombre;  
la estrella de su frente subió de las praderas  
verdes, donde los ríos brotan de antiguos bosques.

Su atuendo es de azahares. Perfumada,  
tiene la voz de seda. Y sus canciones hondas  
son de su pueblo ardiente, de mi pueblo profundo,  
cantar de carreteros en luz madrugadora.

Medianoche de hogueras vivas como sus ojos  
llevo por ella al pecho. Mi frente es un abierto  
horizonte al guardarla. Y mi querer, un raudo  
látigo de jazmines restallando en el viento.

Tiene aprestos airosos. El cántaro con agua  
zozobra en su cintura con latido de pájaros;  
niñoazoté aromado derramo en la ventana  
donde diré a su oído cosas de enamorados.

Que mi cantar la nombre; resuene mi guitarra  
de noche, adonde duerma; que la celebre el riente  
brillo de mis espuelas; que la alumbren los astros  
con que alhajo su cuello de paloma silvestre.

Mil leguas la he llevado bajo una luna grande,  
clavando por el cielo mi puñal hasta el mango.

¡Ahora, venga a mí!

¡Que se ampare a mi sombra!

Brioso está en la senda mi caballo.

## CABALGATA

Como estoy hecho de un galope largo,  
de una sombra furtiva que se esfuma,  
quisiera ver la luna de tu rostro  
en tanto atravesamos la llanura.

Te llevaré, por verte, noche adentro,  
a mi lado, apretada a mi cintura,  
como quien lleva una torcaza tibia  
en el tibio vaivén de la montura.

Nos verán el paisaje y ríos verdes  
y mariposas de campo, y una a una  
las luciérnagas lívidas, aquellas  
que se extravían en la noche muda.

Acaso al ver el monte en tu mirada,  
animales y pájaros acudan  
a guarecerse en nuestro pecho herido,  
con vocación de sol y quemaduras.

Traeré conmigo cosas de la tierra,  
al ceñirme al calor de tu hermosura,  
una radiante flor de mis querencias,  
de esas que no veré en región alguna.

Te llevaré, por verte, noche adentro,  
a mis antojos, a mi propia bruma,  
y veré refulgiendo en el galope  
el halo que te envuelva en la llanura.

## CON TU NOMBRE

Por siete lunas me miré en tus fuentes,  
catorce en las orillas de vasija anhelante de tu  
sangre;  
dormí en tu piel con infinitas manos  
los largos ciclos de inundación del bosque,  
diez o veinte en tu red de vespertina fruta agreste y  
dulce,  
no sé cuánto en la rama  
fragante de tus brazos  
y toda la vida me llené con tu nombre.

Rosa del Sur, me dije, clavel de la cordillera,  
guitarra clara del amor, mujer suave como la lluvia  
que a veces llega apenas para tocar las hojas,  
tierra de siembra fértil del varón y el arado,  
honda como la brisa que despeina el maizal y la  
distancia,  
mi latido es el tuyo, mis ventanas abiertas  
al rumor de la noche.

Si todo mi país, si mi comarca  
de taciturna estirpe se despierta en tu aliento,  
si el enjambre y la miel, la viga añosa  
de la casa, si el azahar del lecho de los enamorados  
me acercan a tu piel, si todo late,  
si todo vive en ti,  
todos mis años, toda mi vida llenaré con  
tu nombre.

## FIESTA

Y así te pasarías  
la vida,  
tibia carne adorada.

Danzando,  
empapada de lluvias,  
los cabellos pegados a la piel,  
joya desengarzada, aroma y rosa  
sobre un campo de hortensias y jazmines.

Cantando,  
arrebatada, risa  
y ofrenda clara, elástica y hermosa,  
los labios frescos en la noche, agitando  
el ansia de las guitarras, tentadora  
música montaraz, vivaz y airosa, dulce  
codicia de forasteros,  
blusa de encaje y flores sobre el hombro desnudo,  
llenando el patio abierto de canciones.

Así te pasarías,  
en el canto y la danza  
y asombrando a los caminantes,  
hija del fuego, del aire, de las tardes,  
visita inesperada, brisa prometedora  
de ardor y adivinanzas, apartando  
y abriendo las cortinas de las ventanas, viento  
marcando el calendario del amor en la aurora.

Así te pasarías,  
tibia carne adorada.

## CHE ROPEA GUYPE

Che ropea guype romongé vaerâ, ka'arupytûvo,  
ikatu jaguâycha ñemboki sa'ipe roñongatumi;  
topeá vevepe rombosarakirô ja rombovy'arô,  
remaña che âre, che aikuaá yre, che vy'a raity.

Naji'âiva cheve kersy vai oguâje nde ykere,  
pévare ndakei amondyi jaguá pyjaré pytú,  
ñamuasâi yajavo vy'á ja tory yvaga ru'âre,  
ñande pytujova ñañanduro jina ko yuayju pajá.

Ysapy satîcha otytyi paiteva kuarasy resême,  
che ruguy mbytere yasy ja yayay resé reyopy,  
ja che resaype ne kunu'u jaicha ku avy'a yro,  
che puká pajape romboyeguaká ja rombojory.

tesarai ñuatityre retyryryro reicovo,  
ambojapepá mborayju yvu che pypé guivé,  
amojeñoimbá mbyyá che resare rogueruyeyvo,  
ikatu jaguáicha che ropéa guype repytá yey.

## EN LOS CAMINOS

Contigo, en los caminos de polvaredas rojas,  
sentiré una azorada música en tu mirada.

(Al irnos a cantar  
con las guitarras.)

Visitemos el ruedo nocturno, en la frontera,  
de quienes desovillan humo de sus recuerdos.

(Aprendiendo la trova  
de los músicos ciegos.)

Quedémonos a ver si las raíces guardan,  
de colina en colina, cuentos de caminantes.

(Atentos al murmullo  
de esos aires.)

Veamos si el rocío desciende en las praderas  
como un diamante lleno de estrellas escondidas.

(Que el rocío humedezca  
tu sonrisa.)

Sintamos a las olas de los embarcaderos  
conversando de asuntos de viejos cargadores.

(Refiriendo sucesos  
de varones.)

Contemplemos las hojas del árbol derribado  
recibiendo el plumaje de las aves caídas.

(Como si en toda ausencia  
hubiera heridas.)

Sepamos que a una hora final de confidencias,  
desnuda sus latidos la noche en nuestra casa.

(Y el viento en sus portones  
se arremansa.)

Despejada la frente, lleno el poncho de aromas,  
contigo, en los caminos de polvaredas rojas...

### **¿TE ACUERDAS?**

¿Te acuerdas  
de la transparencia y del silencio de aquella noche  
de verano?

¿Te acuerdas que la sabiduría del amor guiaba  
nuestros pasos  
en el afán de acercarnos a su creación y a su  
júbilo?

¿Te acuerdas del trébol aquel, hallado en el  
sendero,  
que ya nos parecía un símbolo de pacto y de  
ternura, en el instante  
mudo en que nuestros ojos se buscaban en la  
aceptación de los deseos,  
que luego nuestros labios cumplirían? ¿Te  
acuerdas

del puente bajo, de terraplén polvoriento,  
por donde las luciérnagas extraviaban sus luces y  
nosotros  
extraviábamos luces de amor como luciérnagas?

¿Y la caricia? ¡Oh amor, henchimiento nocturno!  
Y toda tú  
como un pájaro tierno con orgullo de vuelo,  
mínima y sigilosa, secuestrada en un tiempo de  
canto y extravío.  
¿Te acuerdas de la lluvia que mojó tus cabellos,  
del himno de mi respiración bajo la lluvia? ¿Te  
acuerdas  
del dominante desenfado de nuestras manos llenas  
de pequeñas estrellas que se iban deshaciendo,  
del sudor de mi piel como un campo cribado de  
rocío  
y del latido de tu pecho en el azoramiento de  
juntarse a mi pecho?

Y bien, ¿te acuerdas  
de la transparencia y del silencio de aquella noche  
de verano?

## NOCTURNO

Tu cabellera sola es mi perfume.

## EN MARCHA

Largo será el camino,  
pluma de guacamayo en un tembladeral de tierra.  
Y nada será fácil. Tendrás que acompañar el  
murmullo  
del corazón hacia la esperanza. (La esperanza es  
mi nombre.)



Tardará todavía la primavera. Tienes la boca núbil  
como la fuente  
fresca de mi querencia. Te tenderé en mi manta  
y buscaremos tu Estrella. Será largo el camino.  
Descreeeremos de los impostores y de quienes  
medren en la penumbra.

Mi taza contendrá miel. Te hablaré de banderas  
desplegadas en la victoria. Nuestra gente ha  
ofrendado  
su canción al crepúsculo. Marchará nuestro pueblo  
a nuestro lado. Es ardua la jornada a recorrer.  
Tendría  
que alzar la Vara Insignia sobre los vientos  
grandes de la cordillera.

Arrebújate en mí. (La esperanza es mi nombre, no  
lo olvides.)

Habrá días aciagos en nuestra marcha y dulces  
instantes mitigarán el cansancio. (Mi taza  
contendrá miel.)

Las horas parecerán amargas, bienamada.  
Y yo te acostaré en mi manta y buscaremos tu  
Estrella.

Mi promesa es promesa de varón andariego.  
Ponte a mi lado, inquieta. Largo será el camino,  
pluma de guacamayo en un tembladeral de tierra.

## A NUESTRO PASO

Yo sé que nos verán  
—en este trance de apurar el fervor—

los nuestros, levantándose al paso de nuestro andar  
desde su sitio, desde sus herramientas,  
viendo cumplirse aquí la antigua e intacta  
costumbre de su sangre,  
dándonos su anuencia con la ley de su estirpe:  
echando el vaso lleno de yerba a nuestro paso.

Nos verán, dulce sueño,  
los que pasaron del amor a la tristeza  
y del odio al amor como el filo de un hacha  
del aire a la corteza,  
la enamorada que roció con miel la piel desnuda  
en la conturbación de su alegría, aquellos  
amantes que sufrieron de pronto con el miedo a la  
ausencia y a la muerte.

Y más aún: los nuestros,  
los hombres diestros en el arma certera  
de culata de nácar,  
los cetrinos sonrientes del lazo y del rodeo,  
los cautivos del halo de la luna de Agosto,  
aquella que, vestida de azahar, una noche  
se perdió en un galope  
entre una quemazón de serenatas.  
De frente, amiga mía,  
a todo y ante todos, el sombrero  
al aire respondiendo a los que miran, el saludo  
como un clavel en el ojal, ofreciéndose,  
la diestra a nivel siempre de estrechar otra diestra,  
sin más querer que este querer, con todos  
los que hoy y ayer y siempre apostaron al riesgo  
de quererse.

## CON UN SILBIDO

Con un silbido  
derribaré esa puerta, esa ventana;  
penetraré en tu corazón con un silbido.

Viene, lo reconoces,  
de una ancestral maraña, de un primario  
temblor reiterativo convocando a las aves,  
por eso te habla así, te indica derroteros,  
reconoce tus aires, respira si respiras,  
se liga a una costumbre de dominio secreto,  
ocupa el sitio airoso donde los dos vivimos.

Se me ocurre  
que cuando silbo piensas y recuerdas  
los naranjales que nos dieron sombra,  
el aroma quemado de un horno de ladrillos  
donde la harina blanca de una raíz gemía  
o el maíz ofrendaba su maravilla de oro,  
se me hace que te pierdes en lejanas praderas  
donde ya el caminante callado te aguardaba.

No ha de cejar su resonancia,  
invadirá el tapial y los jardines del fondo,  
silbido agudo y único en la siesta,  
melodía insistente por donde caminemos,  
siempre a tu lado en celo y vigilando,  
señal de mi presencia sobre tus huella siempre.  
Y si yo no estuviera,  
perdido y esparcido en una umbrosa brizna,  
entre los eucaliptos, solo,  
lo escucharás todavía, lo sentirás saliendo

de los recodos últimos, de los cuartos vacíos  
sobresaltándote,  
recordándote al hombre que a tu penumbra uniera  
su penumbra.

## VIENTOS CONTRARIOS

¿A qué quejarnos  
de nuestra tempestad? ¿A qué  
imaginar otro amor que no fuera éste, amargo  
y varonil, tajante como un hacha en los montes?

Tenía que ser así,  
poblado de sacudimiento  
y ventarrones, turbi3n de sudestadas,  
inestable y violento, reprobador y complaciente,  
miserable y soberbio; viento  
que ensalza y dobla tallos a su paso cerrado,  
brote y consumaci3n de sublevada sangre.

Tenía que ser así,  
porque así somos, porque sí, porque el camino  
no eligió otras dos sombras que la cubran,  
porque era indispensable que dos aguas contrarias  
señalasen el curso de este río,  
porque cumbre y hondura forman la serranía,  
porque dicha y tormentos tejen nuestro destino.

¿A qué imaginar otro  
que pudo ser, que no sería  
formado de esta cepa de jazmín y piedras, de este  
barro cansado y jubiloso, de esta mezcla de rencor  
y de amor  
que nos fatiga, ensalza y vuelve plenos

como alientos cruzados que se llenan de luz de madrugada?

## EN TUS OJOS

Pondría, soltaría  
una libélula en tus ojos, un fósforo pequeño, un  
mínimo relámpago inasido, de modo que los abras  
reconociendo lo que es tuyo, la imagen del que te  
cerca,  
sus deseos, sus manos que han tactado  
los pliegues ocultos de tu cuerpo, su pudor, sus  
retiros,  
su reclusión a un reino  
de miedo y estallidos; que a ciegas reconocerían  
en el ardor de la noche su estupor temeroso;  
pondría en tu mirada una luna pequeña de claridad  
que te haga ver el sendero en penumbras  
y allí a los nuestros caminando, a los que ayer  
sorbieron  
el trago amargo de la desventura,  
y en medio, en mitad de lo oscuro, nuestra razón  
de vida,  
el poder de existir a pesar de lo oscuro  
y de la desventura, y saber que en el amor convi-  
ven el ayer y el mañana, el canto y el lamento,  
el amanecer en las laderas y la cerrazón de los  
bosques, y sentirás de pronto el increíble silencio,  
la abrumadora calma que cubrió el escenario  
de nuestro andar, y la voluntad de sobrevivencia  
de los hombres, y de nuestras vidas también,  
y la tormenta imprevista que guarda el horizonte  
y verás y verás y entonces soltaría  
una libélula en tus ojos, una luna, un relámpago  
pequeño.

## **SALIENDO DE TUS BRAZOS**

Enfebrecido ya, salí a la aurora  
consagrado al amor, embelesado y ciego  
hacia tus brazos; salí a buscar un cántaro donde  
beber  
y aplacar la inquietud; busqué el litigio  
distinto de tus labios; partí y hallé el remanso  
donde caer, vestido de soldado, con espigas  
flamígeras en las manos; sellé un beso  
que fue como el aviso de un perfume de selvas,  
de un aroma de frutas  
frescas en el amanecer; y se diría, amor,  
que el lazo indisoluble de ese vínculo  
no fue sólo de aliento contenido  
sino de enmarañada desazón, de triunfo pleno  
y de sed de existir, y no hubo más victoria que ese  
beso  
, que ese beso profundo  
donde pude sembrar cuanto anhelaba.

## **¿TODO SABRE DE TI?**

Todo sabré de ti;  
confesarás tu amor; por cierto; descifraré el  
sentido  
de todas tus palabras: saldré al paso de tus  
impulsos;  
conoceré tu cuerpo, acaso las ocultas  
ansias de tu pasado; podría dibujar en un mapa  
el rumbo de tus pasos; todo podré atisbar:  
cuanto tu corazón acumuló de anhelos

en las noches secretas; tal vez alcanzaría  
a recontar, día a día, las peripecias hondas  
de tu sentir, su paz y sus zozobras;  
sabré medir tu espera, tu rencor, tus recelos,  
hasta tus propios sueños me serán descifrables,  
audibles tus suspiros, familiares tus odios;  
pero... ¿y eso que sube por tu sangre  
vertiginosamente cuando piensas?

## EL PUENTE

He vuelto a ese lugar. El puente  
poco o nada ha cambiado. En sus primeros años  
las aguas le cantaban. Allí apresé tus brazos,  
allí ceñí en abrazos tu alegría a mi sombra.

Entonces nos parecía  
un ala verde, un talismán en la senda,  
el sitio en que la noche prohijaba a un murmullo  
y sentíamos que desde allí nos llegaba  
un eco de malezas,  
la noche y su eternidad o alguien  
con un silbido, el ruido de una vuelta de llave,  
el latido asombrado del corazón descubriendo sus  
límites.

Seguramente pasarán mañana  
los hombres por el puente, como han pasado ayer  
con su estrella humillada; pasarán con banderas  
y canciones, resurrectos y altivos,  
no como ayer, caídos, sino alzados de pronto  
con una luz temprana entre sus manos,  
con la estrella segura, con las claras banderas de  
mañana.

En ese puente donde te he querido,  
donde nada ha cambiado,  
donde ceñí en abrazos mi sombra a tu alegría.

## DE ENTRE MIS REINOS

Me vendría de Yegros  
esta pasión por lo inalcanzable, la propensión  
al ensueño, un ciego orgullo en el amor y en el  
odio;  
todo ha brotado de aquella comarca lívida  
y distraída  
como la luna en sus valles, del inquietante  
andar de los carreteros, de esas sombras  
desasosegadas de las noches de baile.

¿Y qué es Yegros sino una mancha  
desaparecida en la geografía, un punto  
perdido, una exhalación vegetal  
de tronco derribado, baldío donde permaneces  
callada (aunque no seas de allí), sola o conmigo,  
contemplando también el horizonte infinito?

Se abrazaban los hombres  
en las destilerías, entre alambiques y cañas  
aromáticas, gentes de doma que en un breve  
relámpago doraban sus destrezas. ¿Y qué más  
había  
que el silbido de un tren, que una laguna  
con peces que las lluvias arrojaban al viento  
como en los viejos milagros?



¿Yegros? ¿Una melancolía?  
¿Palmera sola de un jardín? ¿Una extraviada  
tarjeta en un baúl arrinconado? ¿La medalla  
caída de vencido guerrero? ¿El estribo olvidado  
en las caballerizas que amaban los viajeros?

Esos eran mis reinos: los caballos  
de colores que llegaban del cielo  
o de una tosca carpintería llena del noroeste,  
una canción de flauta misteriosa  
por un carril de moras y una tierna enramada,  
y entre tantos tesoros estabas ya, distante, única  
estrella,  
aroma que tendría que impregnar mis deseos,  
traída por un soplo de amor imaginario.

Entre mis reinos, sola,  
dueña ya de otro tiempo que advendría en tus  
reinos.

## DUREZA

Hoy voy a endurecer mi corazón  
para quererte como debo quererte,  
que salga abriendo puertas y ventanas  
y tenga un soplo de violencia y suene,  
logrando así que las hojas cansadas  
no nos cubran por siempre con sus redes.

Te llenaré de lágrimas y dudas  
para quererte como debo quererte,  
prenderé un fuego torvo junto al lecho

donde el amor reposa y donde duermes,  
y allí entraré con pasos de guerrero  
envuelto siempre por su propia fiebre.

Llevaré en la cintura ese cuchillo  
que pueda herir en el minuto hiriente;  
confundiré la rosa y sus espinas  
de modo que de pronto no me encuentres,  
y me encuentres de pronto con un rostro  
que ya no sea el mismo que te bese.

Hoy voy a endurecer mi corazón  
como si nunca fuera a conocerte,  
y así ajustar las huellas a un camino  
de rectos bordes, frutos y deberes,  
como si fuese a enderezar el hierro  
en una fragua de calor ardiente.

Haré que todo se te vuelva oscuro  
y confundas los pasos siete veces,  
y buscando la luz toques la puerta  
cerrada cuyas llaves me reserve,  
y sólo yo, como un guardián severo,  
sepa darte las claves para siempre.

Apuraré también el hondo cáliz,  
para quererte como debo quererte.

## **VELANDO**

Duerme.  
Velaré en tu descanso.

El hacha y el fusil,  
en esta noche, igual que tú, reposan.  
Como perdiz ligera se ha perdido el verano  
y el frío —temido por los pobres— arrecia.  
¡Qué largos desamparos volveremos a ver! Nosotros  
que bien mereceríamos —por esta noche sola—  
no asistir a ese duelo.

Pero es así, mi vida.  
La dicha es una dura conquista.  
No la mereceríamos, ni tú ni yo la mereceríamos  
si fuésemos cegados por su ilusión, si en ambos  
no hubiese una ventana abierta  
al viento, al frío, a cuanto nos hiciera conquistarla.

Y seríamos pobres,  
menesterosos de todo bien. ¡Concédeme  
velar mientras reposas! Hay brazos fuertes  
que velarán conmigo y vivirán conmigo en tu  
descanso.

Duerme, mi amor, mi dicha.  
Están el hacha y el fusil a mi lado.

## SEÑALES

Mis señales: la cáscara  
arrojada en el naranjal; una baraja  
aparecida en la ventana; un cigarrillo en el umbral  
y al filo del amanecer; el relincho de un potro

al borde del maizal; algo que se presienta en el aire  
como la avecinación de la lluvia  
o el paso de un felino aproximándose.

Serán así mis señales.

Y mi mensaje: una hoguera  
en el descampado, en la quietud de la noche,  
una llama ardorosa permanentemente prendida  
en esas lomas, con su costumbre de atraerte  
centelleando a tu lado, besándote los pies, el muslo  
inquieto,  
hoguera terrible con la muerte y la vida en sus  
fulgores.

Por donde mires  
la señal será tuya; por donde vayas  
tendrás la huella del hombre, el halo de su poncho  
de estrellas,  
el olor que ha dejado a su paso, el beso  
que abrió el portón yendo a tus fondos; por donde  
busques  
hallarás mi presencia, mi sombrero mojado en el  
sereno, porque te habré dejado mitad de mi  
fragancia, mitad de mi aflicción y mi ventura,  
mitad del alborozo y del recato  
de este instante en que juntos arrojamos un eco en  
el silencio,  
carbón al horno ardiente.

## SIEMPRE

Estoy contigo

cuando levantas la mirada,  
si eres donaire o jazmín puro  
en el dolor como en la calma.

Cuando el sol dora el fondo de tus ojos,  
cuando en el alto alcor, tranquila, cantas,  
cuando se encienden tu alma y tus cabellos,  
estoy contigo.

Siempre que burles todas las celadas,  
siempre que huelas a radiantes frutas,  
siempre que me acompañes en la marcha,  
estoy contigo.

Si te empapas con el rocío,  
si te alumbras con el poniente,  
si te regocija el alba,  
si permaneces en tu sitio,  
como una lumbré vencedora,  
si sales a enfrentar la madrugada,  
si todo se da en ti, luz de mis ojos,  
al levantarte airosa de la manta,  
estoy contigo.

Pero cuando te envuelves con un frío  
silencio inútil de intranquilas aguas,  
si te enajenas de tu propia dicha,  
si el mediodía hiere tus pisadas,  
si para darte todo lo que tengo  
el fuego herido de mi amor no basta,  
si te acercas con rostro ensombrecido,  
si desandas las huellas conquistadas,  
no, no estoy contigo.

## NO AL SUR

¡No me lleves al Sur!

No quiero ahogarme  
en una luz violenta.

Más bien  
—enamorado como nunca— prefiero imaginarme  
enumerando sus estrellas.

Temo que el Sur  
me aleje del sopor y la melancolía  
que siempre me acompañan, que son la sal de la  
vida  
en esta hora de mi cantar, ahora  
que estoy suavemente alegre,  
que estoy suavemente triste.

Temo la claridad de esas auroras  
que me hacen olvidar lo que amo y toco;  
olvidaría tu adorable risa,  
borraría tu imagen de mis ojos.

Déjame esta penuria de cuchillo  
roto y desafilado.

¡No me lleves al Sur!

## PALABRAS

Acaso esto no fuera sino largas palabras  
y mi real deseo, entonces, partir una naranja  
nuestra, hecha con labios de greda paraguaya  
y ardiente, o cubrirté con el naranjal, con la  
redonda luna que nos besa

eternamente, ciegamente en la patria  
del naranjal y del naranjo, y entonces mi amor no  
sería sino eso,  
el eco y el gemido de un follaje que te cubra y  
abrace  
con mano vegetal, con labio vegetal, con la  
caricia suave de una fruta que te ofrezca su  
espuma y sus aromas, y mi afán adentrarte en el  
diamante de su semilla, al borde de su caliente  
cáliz, de su pulpa aromática, y todo esto que es  
palabra se haga tierra, raíz donde caminar, canto  
de una guitarra para siempre envolviéndote,  
para siempre cantándote, dichosa.

## ALUMBRAME CON TU LUZ

Sostiéneme bajo las altas estrellas, amor mío;  
sostiéneme por si empalidezco o caigo o  
desfallezco  
oteando una distancia, un camino difícil de  
pisar o alcanzar;  
deja que mi raíz se nutra de una sílaba sola  
en el remanso de tu corazón; detén la contracción  
violenta  
de esta máscara desanimada por el correr del  
tiempo, cura estas cicatrices que se abren a la  
intemperie y a la noche;  
acaríciame ahora como a la cabeza que ha de yacer  
mañana a tu costado;  
no dejes de sembrar contento en las llagas abiertas  
de mi melancolía, de estos pasos que marchan a  
deriva

y cercaron tus huellas y el clavel de tus labios  
azorados,  
pasos hechos de un soplo de inevitable andanza;  
alúmbrame con tu luz como a una mesa desvalida  
y arrumbada en un rincón cualquiera; hazme  
dichoso  
acompañándome en la faena de buscar  
una aurora deslumbrante  
para ti, para los míos, tal vez para mí mismo  
estando juntos,  
en esa única manera de acumular alegría y tristeza  
enamoradas; que se selle contigo la paz que nunca  
alcanzo;  
que se restablezcan contigo mis resquebrajaduras,  
que en el triunfo del amor se vuelvan inalterables  
mi rostro y tu mirada, mis oscuros deseos y tus  
besos...

## **SU BOCA, BOCA TUYA...**

Pon la mano en mis hombros.

Nuestro fusil  
es éste. Junto a su ardor descansaremos.  
Allá los hombres, cuyo duro jadeo  
habremos de sentir.

Sesenta listas tiene  
el poncho que le cubre caño y boca,  
casi bandera ya, midiendo el trecho  
que lo abrigó en la paz como en la guerra.



Tomó a tu lado, en siesta y hora ardientes,  
perfume de tu cuerpo. Huele a tu cuerpo ahora.  
Y despertando inquieto junto a tu tibio aliento,  
parece un pecho amigo.

Cálido pecho amigo.  
Pende ahora de un árbol, fruto lleno  
de húmeda tierra aparejando lluvias,  
que espera germinar llegado el tiempo.

Diría que hasta ríe como cuando  
cantas una canción de tus querencias,  
de amor o de tristezas, dulce canto  
en noche adentro o madrugada plena.

Llevaré ese perfume  
de quemante alhucema y aire cálido  
que intercambió tu piel con su aire frío,  
que lo humanó hasta conversar conmigo.

Pon la mano en mis hombros.  
Sin que sienta  
el minuto del beso en que sellamos  
su boca, boca tuya, en llamaradas.

## INTEMPERANCIA

De vez en cuando  
te envolveré con una atmósfera  
de intemperancias y palabras enérgicas,

y tendrás un fulgor en la mirada  
(de aprobación o de reprobación) que diga:  
“—Responde a un aire bárbaro”.

¡A un aire bárbaro! Sería  
así, tal vez, o a semejanza de alguien  
que no acabó de zafar su acero de la corteza  
o de enfundar el arma en la cintura,  
de quien impone su figura en el dintel de la puerta  
con desplantes de forastero,  
y será así, porque a veces las horas  
no son del agua mansa que quisiéramos.

Y luego  
acogerás mi frente  
entre tus manos, como una frente herida  
de varón que se acerca sudoroso a tu lado  
y a la blancura de tu lecho; así, de pronto  
resarcido de su propia violencia,  
secándose el sudor, el aire duro  
que le selló los labios en el rencor de un día.

Tranquilo y sudoroso a tu lado,  
así, depuesto ya el encono que su ceño fruncía.

## BAÑO

Fui a ver el agua de aquel río de Yegros  
en donde te bañabas; salpiqué tus caderas  
y acaricié tus muslos; enredé a tu cintura una  
guirnalda de camalotes y de orquídeas rojas;  
susurré entre tus senos como si fuese a echarte en  
mi corriente.

Vi las hojas del tilo  
en las orillas; resplandecí al mirarte descender las  
barrancas  
con la saya en los hombros y en el viento. Miré tu  
piel  
de moreno jazmín y agité los arbustos.  
Desnuda te arrojaste hacia mí. En un follaje tibio  
te recogí, amorosa,  
amor extraño y único, y desde lo alto  
te protegí del sol, de toda claridad que ofendiera el  
pudor que recogía.

Mi poder fue del agua y de las hojas,  
de las cortezas de esos montes claros. Así confié  
tus pechos y tus pelos al combo de la umbría.  
Cegó a la luz la tentación de verte; celé entonces  
con el celo de un tigre hacia su crío.  
En tu contorno hirvieron corolas deslumbradas  
por la belleza de tu cuerpo. Tu irradiación fue mía,  
de estas aguas,  
del antiguo reflejo por donde te bañabas.

## INTERMEDIO

(Paraguay, 1965)

Nada de amor ahora, mi amor;  
nada que no sea escuchar ese aullido  
en la noche, el terror increíble  
de ese aullido.

Los perros  
se han soltado de nuevo como ayer, como siempre,  
y un tiro de fusil rompe las sombras.

Nada de amor, mi amor, por esta noche.

La pared otra vez se ha teñido de sangre.

## UNA HORA DE RECOGIMIENTO...

Una hora de recogimiento  
por los caídos aquí, los olvidados;  
no la fanfarria inútil, los caballos ruidosos  
del desfile, el oropel vacío y los salones alucinados  
de una fiesta, no; no las palabras vanas  
del discurso vacío en una plaza; no, ni siquiera  
la ceremonia oscura de las catedrales.

¡Una hora de recogimiento  
por estos pobres, por Dios!,  
por su luto y su manto desdichado,  
por su comunión con el hambre, contando su rosario  
de amargas inclemencias, arrodillados ante su  
misericordia,  
conformados con su vasija rota, con su pozo sin  
aguas,  
solos ante su tos y ante su muerte.

Una hora de recogimiento  
por esta tierra, mi amor,  
atravesada por los padecimientos,  
por la desgracia de su invencible orgullo,  
por esta tierra cansada de recibir el odio

como un golpe en el pecho, como un puño en la  
cara,  
marcada por el hierro como los animales.

Una hora sola de recogimiento...

## CANTAR DE VISPERA

Con flores de la cordillera  
circundaré la hoguera de la primera noche  
en que te tenga;

con agua de relente se lavarán  
la carne del venado y lo demás.

Así será mi sitio  
y será el tuyo.

Mi guitarra  
cantará solamente para ti;

zarcillo de coral  
será mi ofrenda y de ramales los anillos;

brillarán por el cielo  
el iris verde del tucán, su pico de oro,  
y el vuelo de las torcazas.

Con flores  
de la cordillera se hará todo: el color del encaje  
de adorno de la mesa, el perfume que riegue  
la paz de la pradera y el vaso para el viajero.

La espuela puesta para el ancho galope  
fulgurará en la sombra.

Cenaremos a la intemperie  
y alrededor del fuego.

Entonaré en tu oído  
un aire de otros valles y otra tierra lejana.

Así será mi sitio y será el tuyo.

La ceremonia se hará así, con flores  
traídas de la cordillera.

## SON ELLOS

Amor: este es mi padre, Pablo,  
paraguayo del Norte. Las nervaduras de su mano  
son de tanino rojo. Los siento avanzar como  
antaño,

callado y alto. Conoce el río y la madera.  
Podría echar a vuelo las campanas del pueblo.  
La estrella de la tarde lo saluda en verano.

Y ésta es mi madre, Carmen,  
fuerte y dulce. Tiñó los ojos de un color de cielo.  
La veo venir por una senda de flores  
cobijando a los hijos. Ella es del Sur.  
Vuela una mariposa por donde pasa. Una luz verde  
la circunda. Trae un jardín en el pecho.

Habría que abrir la casa  
para acomodar estos ímpetus. Se me hace que la  
lluvia  
llega con ellos (lluvia envuelta en resol y  
polvareda).  
Acaso haya un recuerdo que los vuelva a otros años.  
¡Vengan, me digo a mí mismo; asiento,

para estos hondos visitantes! Ya están aquí,  
padre y madre. De algún modo  
será de ellos también este viaje a la lumbre  
que emprendemos, esta canción de luceros  
que irrumpirá siguiendo la claridad del día.

## FESTEJO CON AMIGOS

¡Galopando han llegado!

Unos y otros  
han arribado ya.

Partieron de un espejo remoto  
de reflejos solares.

Los distingo a lo lejos  
entre la polvareda.

Son recios y hondos,  
son de maraña y descampado, son ribereños y de  
serranía,

conversadores y callados;  
algunos con su canto, los otros con su cuento,  
todos con una luz fraterna en la mirada.

Por algo  
han venido a pasar aquí la noche entera.

Llegaron.

Exhiben un clavel punzó en la mano  
y el sudor en la frente.

Prestigian la comarca.  
Traen la guampa lisa donde beber el jugo  
de yerba y agua.

Traen dichos y versos,  
sucedidos y asombros de la noche desierta.

Viene Sartú Penayo  
con su cara de viejo Rey de Bastos  
que viviera escondido en una manga fullera,  
Marcelo con su antejo ahumado, Calito con sus  
fábulas,  
Marín con su guitarra, Valdés con su libro de  
horóscopos,  
Gilberto el cazador de tigres, felino de las cañadas,  
y Toto el Capitán, que cuenta historias de una  
antigua epopeya  
como si la hubiese vivido, y el turco Albavi y otros  
que miran a la prenda conquistada, y se acercan  
a compartir la mesa de su buen camarada.

¿Y aquélla?

¡Bienvenida es aquélla con su clara  
gracia de aroma joven!

Se le adivina imanes  
en cada gesto suyo.

Cimbrente  
cantará y bailará para el amigo  
que alguna vez la acompañó en su andanza;  
musitará dulzuras, canciones de su rincón perdido;  
bailará hasta que raye el sol del alba.

El siguiente en llegar, previo festejo en otros  
sitios, el último,  
apagará los rescoldos.

¡Ese apagará los rescoldos!



## NO PESAS

No pesas  
si te levanto en mis brazos  
(paloma tibia en una nube viajera,  
salvaje alondra entre algarrobos y lapachos),  
llevándote hacia el viento, hacia su torbellino,  
como si fuese a darte disposición errante.

En lo alto  
quisiera verte, esparcida o labrada  
en el espacio, en la guimalda erguida del Naciente,  
quemada por la brisa de nuestras cordilleras,  
evadida hasta el límite del orgullo secreto  
de quien sabe que nunca le bajarán los ojos.

No habrá derrota entonces  
si se llega a esa altura, si se contempla el círculo  
de claridad, como de agua de cántaro,  
racimo de arco iris suspendido en las cumbres,  
continuando lejos, de pie ante el horizonte,  
viajera, hija dilecta del infinito cielo.

En lo alto  
sostenida, de una sola brazada,  
como gavilla de leña en los hombros enérgicos  
del leñador, mirándote sonreír, reír al ritmo  
del caudal de esplendor de nuestras madrugadas.

## MANTA

Yo no puedo quererte  
sino con estos ojos de color de colina cenicienta,  
con estas manos anchas que al acercarse a tu  
cuerpo

tiemblan con gesto extraño de raíz retorcida, sino  
con estos sueños de noches y caballos inquietantes  
que nunca dejan reposar a mi frente;  
no, no te puedo querer sino con esta piedra de mi  
pecho cansado  
al acercarse a tu lado,  
sino con estos labios de arcilla maliciosa  
y echarte en esta manta que llegó del Mercado  
popular de Asunción, donde se juntan la legumbre  
y el mosto  
y la putrefacción de la tierra; echarte en esta manta  
tejida en una calle en el atardecer, y repetir  
entonces  
que no puedo quererte de otro modo  
sino rodeado de la heredad, del aroma de nuestro  
pueblo  
y nuestro cielo, de esos manjares ocultos en una  
raíz, en la sonrisa blanca de la mandioca adorada,  
porque estoy hecho de colinas y de aguas  
y suelos calcinados  
y del sonido irascible de las lluvias en los  
maizales;  
echarte en esta manta, en esta extensión áspera  
de explosiones radiantes como el ala de un pájaro,  
y jugar al azar o a la muerte este querer sin fondo  
como al azar se juega nuestra vida, bajo una planta  
de cocotero o a la luz de la luna  
—madrugada de amor entre guitarras—  
con esta camisa y este cinto de viejo pasajero  
o taciturno arribeño; en esta manta donde ya no  
seríamos  
sino dos hierbas fértiles en su vasta pradera con  
estrellas.

## EL GERMEN

La semilla ha caído,  
caído como cae sobre la tarde  
de los cocoteros la noche y sobre la noche el alba.  
Algo esencial, de latido o de sangre, ha rodado en  
lo oscuro.

Sería nuestro instante de asombros  
llegado con el peso de una piedra o de un mundo;  
un peso silencioso, vencedor; un peso  
de espera interminable. Y no podremos ahora  
desandar lo vivido, apagar esa hoguera que nos  
iluminaba  
con su agonía y su triunfo.

Se habrán movido las hojas  
del plateado eucaliptus en la llanura inmóvil;  
el leopardo habrá dado su salto en la guarida  
y acomodado a sus pichones las palomas; el aire  
tal vez se puntuaría de imprevistos gorgoros  
y un hondo movimiento habrá agitado el agua de  
los pozos.

He aquí el origen de un río,  
la raya inaugural de la aurora, la primera  
palpitación de una codorniz, el brote inicial de un  
manantial  
profundo, y tú, la guardadora del raudal de  
mañana,  
sonríes imaginando un rostro que ha de llegar, un  
gesto desconocido que será nuestro,  
la prolongación y el acento de tantas cosas  
compartidas.

¡Sonríes imaginando un rostro  
que ha de llegar! Y eres así como un campo  
inundado, como un pétalo oscuro que ha guardado  
el rocío; parece que el lucero recaló en el trasfondo  
de tus ojos iluminando tus entrañas. Y acaso desde  
ahora  
camines con la aprensión de quien lleva  
—en noche de tormenta— una indecisa llama  
entre las manos.

Es solamente una semilla, la predicción  
de lo posible, el aroma inasido y destinado  
al fuego de un capullo fervoroso, la herramienta  
moldeada en la imaginación del forjador; apenas  
eso, y ya ha puesto  
la pisada en las huellas que hemos dejado en la  
arena reflejando el secreto de nuestro ardiente  
pasado en cada gesto.

Ahora es sólo una semilla, un germen  
y ha abierto las ventanas, el silencio y las cerradas  
puertas de la casa.

## EL HIJO

Helo aquí ya.  
Una luna grande  
lo anunció a medianoche.  
Lo anunciaron  
el cambio en tu mirada, la distinta manera  
de echar la mano al hombro,  
la secreta

temperancia del gesto cuando abrimos la casa;  
lo anunció una palabra musitada en lo oscuro,  
ese leve reclinio de tu frente en mi frente.

Helo aquí ya.

Vendrá en setiembre;  
traerá el color herido de la rama  
caída del ciprés;  
vendrá a la tierra de sus antepasados  
a averiguar en el corazón —en el día profundo—  
cómo acaricia un hombre las flores cuando llega.

Lleve la aurora y el clavel en el pecho,  
las lluvias amarillentas del otoño,  
el rumor con que palpita el horizonte  
con el zureo torcaz de las palomas,  
la Cruz del Sur varada sobre los hombros  
en su hora de contemplar las lontananzas;  
tenga la frente abierta para el racimo  
del pensamiento dorando la alta noche,  
la segura mirada del caminante  
que no extravía el rumbo en la madrugada;  
la mano tibia y suave para la gesta  
del amor y del ardor en el verano.)

Lo veo sobre un campo de trigos,  
cobijando  
con su sombra a las briznas.  
En su pecho ardoroso  
se guarecen los pájaros,  
bienamado y alegre  
al recoger la miel de los panales húmedos,  
al sonreír tocando tierra fresca en sus manos.

Va latiendo en tu vientre.

Y ya lo siento  
mirándome como la eternidad, metiéndome  
las manos en la boca, criatura de la luz y del amor  
con potestad sobre mis actos, sobre esta vanagloria  
de al ser el padre, ser también el Engendrado  
por su nacimiento,  
derrotando por siempre mi fenecer en el tiempo.

(Encienda por las noches su llamarada  
como quien busca clarear la penumbra;  
rama enraizada sosteniendo sus frutos,  
guarde en su pecho el alba y su maravilla;  
sepa estrechar la diestra del camarada  
de verbo justo y de mirada profunda;  
ahogue en su corazón congoja y lágrimas  
y avente por doquier sombra y cenizas;  
dome la escoria de la tristeza amarga  
y pertenezca al fulgor del mediodía.

Contemplantará el futuro.

Será amado  
por su palabra justa llena de anunciaciones;  
buscará por los bosques el sendero y su canto  
saldrá abriendo un sendero desnudo en esos  
bosques;  
y con el ágil cuerpo pondrá sobre otro cuerpo la  
razón y la gloria y el triunfo de su sangre.

Vendrá en setiembre.

Sol crecido  
sobre los pastos.  
Bienvenido a la luz, torrente vivo  
de una entraña briosa.

Los ojos densos y hondos.  
¡Firme pisando el agua,  
sean suyos  
la tierra y su calor, el viento y los caballos!

## NOSOTROS NO MENTIREMOS

Nosotros no mentiremos,  
no habremos de recurrir al oro falso  
como quienes apelan de pronto a una impostura;  
no diremos que las lluvias traen paz y las  
inundaciones beneficio,  
que pueden las cordilleras bajar a las llanuras,  
o que en días aciagos el fervor se mantiene  
como un metal de permanente brillo.

No, nosotros no mentiremos;  
no elegiremos al hijo un sitio fatuo,  
no instaremos a su alma a la mansedumbre  
ni al inútil orgullo que desvía la luz de la justicia.

No iremos a compartir la mesa  
de los mercaderes, no armaremos las trampas  
que ellos preparan a los pájaros desorientados en  
invierno,  
no deformaremos tampoco nuestra  
historia de amor y de penurias  
y la ofrecemos tal cual sea en su copa de fiebre y  
de tormento;  
y siuviésemos que edificar en la ilusión  
y en el tul del ensueño, nuestro abrazo perenne  
será veraz, desgarrador y puro,

de modo tal que puedan acercarse a este sitio los  
claros y los simples.

No, no diremos siquiera  
que no envejeceremos, no subiremos a las nubes  
ni bajaremos de las nubes,  
y sólo así, con el cáliz en alto, ayudaremos a vivir  
con nuestra sola verdad clara, con el idéntico  
gesto con que ayudamos a atravesar la calle a los  
mendigos,  
y seremos los primeros y los últimos,  
igual a todos los mortales masticando su yerba.

No, nosotros no mentiremos.

## A TU CUSTODIA

Dejaré a tu custodia lo que llevo en la sangre,  
cuanto hay en mi memoria de lluvias y alboradas;  
un estremecimiento de sombra a medianoche,  
y una flauta encantada.

(Los dejaré a tus ojos, a su semilla oscura  
atestiguando siempre mis amargos rincones;  
los dejaré a tus ojos, que apresan la apariencia  
y el fondo de los hechos, con asombro  
insondable.)

Te dejaré una máscara, mi máscara  
de varón y aventura, mi única y solitaria  
y tormentosa máscara, tejida con la fibra  
del orgullo, secreto y apacible, de mi raza.



(Ponle una estrella encima; arráncala  
desde mi propio rostro y a su abrigo  
deja posar el tuyo, de tal modo  
que dos rostros nos den un fuego unido.)

Y el pabellón, que sigo, que me sigue  
con el sol, que se levanta con el sol conmigo,  
jirón áspero al viento,  
enhiesto aunque el color le sangre herido.

(Quedará a tu custodia. Y será como  
la música de aquella flauta amiga  
de que te hablé; tendrá su acento  
recodo amparador en tu sonrisa.)

Y esta nostalgia de aguas y caballos  
que desveló mi corazón, intenso  
apetecer un sitio en la querencia  
como quien lleva tierra en su silencio.

(Retórnala a su origen. Que a tu lado  
se sosiegue por fin. Y una mañana  
descanse en el lugar que hirió el sonido  
de una flauta encantada.)

Todo dejo a tu nombre: sombra, sueño,  
y esta raíz de fuego y madrugadas.

## **LA HISTORIA DE MI CORAZON**

La historia de mi corazón  
es simple, así lo ven, como la vasija de arcilla

traída de aquel barranco rojo, como los frutos  
radiantes  
de mi país; un suceso callado y sobrellevado como  
el puñal riesgoso que se esconde en el pecho;  
bonancible unas veces y otras veces amarga como  
todas las cosas del amor: un eco de guitarra  
rasgada en el amanecer y en el atardecer de la  
tierra.

La historia de mi corazón  
contiene un ancho río con piraguas y hogueras,  
recónditos remansos con reflejos de pieles  
sigilosas de jaguares y pumas que se acercan  
jadeando a sus orillas;  
un aire antiguo aventa sin pausa sus latidos  
y un viento de verano sopla en sus cicatrices;  
vigila a un ancho cielo que atestiguó las danzas  
rituales de una raza callada y destruida.

Abarca la de mi pueblo,  
el pergamino de su largo viacrucis,  
guarda sus viejas crónicas de esplendor  
y violencia,  
sus secretos de guerra y campamentos;  
están aquí, con su vigor de sangre y su escritura  
de fuego, sus hitos silenciosos de victoria y  
catástrofes.

Así es mi corazón,  
así sus encrucijados, sus atajos dorados;  
se reflejan en él —como una nube en la  
corriente—  
senderos recorridos, amores padecidos  
y olvidados, hechos hondos

que lo movieron, de una luna a otra luna, de una  
magia a otra magia,  
intensa, interminablemente  
hacia un extraño sueño de color aturdido.

Mil veces ha tenido que marchar de tu lado  
y regresar mil veces. Tendría acaso la  
predestinación  
de esta tierra, la de todos los hombres y las cosas  
de este solar: cambiar de sitio siempre,  
trasladarse y volver  
a la querencia, salir y retornar a la entraña, a la  
matriz desollada,  
desmemoriado y memorioso, intacto, herido,  
con espadas dispuestas a otra intensa jornada.

Ahora el viejo fuego lo estremece de nuevo,  
hoguera sin extinción, diamante de estos días  
profundos, reanimando sus lumbres. Y es entonces  
cuando comprende que ya no cejará en sus  
arrebatos, en su reiteración  
de saberse en la música del querer, de entre tantas  
cenizas salir airoso hacia la plenitud, hacia el  
rocío,  
hacia el acto invencible con que el amor se  
encara con la muerte.



# **LOS VALLES IMAGINARIOS**

**(1984)**



— I —

## PADRE DE FUEGO

Padre: te hablo otra vez en la mañana  
radiante hacia los blancos cocoteros,  
te hablo otra vez, tendido en tus fronteras,  
varón gallardo.

De Sur a Norte te contemplo y leo  
las misteriosas líneas de tu mano,  
te nombro una vez más y no respondes,  
Paraguay duro.

Fronterizo del viento y de la luna,  
país forjado en el verano y hecho  
de cántaro canoro y sosegado,  
tierra cantora.

Con labios tibios de color de greda,  
pareciera que besas tus congojas,  
o cubres tus heridas con un beso,  
Paraguay hondo.

Jaula encerrando pájaros errantes  
o cantores errantes como pájaros,  
despierta el cielo cuando allí se canta,  
laurel sonoro.

Cuando se canta allí, cuando se sufre,  
cuando hay alguien que llora por sus muertos,  
cuando todo suplica por los vivos,  
Paraguay triste.

Tienes una aureola de martirio,  
halo de pasionaria conmovida,  
clavo y látigo en flor de una Vía Crucis,  
carne sufrida.

Y cuando todos te despojan, pones  
la mejilla ofreciéndola al castigo,  
Cristo moreno con los pies en llaga,  
Paraguay bueno.

Hijo distante, me pregunto a veces  
por qué te escribo este cantar, si dejas  
un áspero dolor en mis recuerdos,  
Padre inquietante.

De lejos, Padre, canto la escarlata  
luz que algún día alumbrará tus pasos,  
celebro a un astro en tus boscajes, canto  
el gesto libre que te hará dichoso;  
te imagino también con poncho de alba,  
padre purpúreo, Paraguay profundo,  
Padre de fuego.

## EXODO

En los valles imaginarios  
salen volando los pañuelos,  
vuelan las nubes en la tarde,



al aire vuelan los sombreros;  
en los patios de arena roja,  
los niños ensayan un juego  
donde se cambian de lugares,  
con encuentros y desencuentros.

En los valles imaginarios  
los ríos pasan sonriendo,  
llevando lejos las jangadas  
desamarradas por los vientos;  
las flores de la serranía  
se inclinan, ofreciendo un beso,  
como diciendo “¡adiós, adiós!”  
a las abejas en su vuelo.

En los valles imaginarios  
todos los pájaros se fueron,  
quedan vacíos de sus trinos  
los profundos aserraderos;  
los trenes, en la lejanía,  
son lentas sombras del recuerdo,  
y hasta los jóvenes del baile  
de pronto desaparecieron.

En los valles imaginarios,  
el hombre sigue prisionero  
de su deseo de alejarse  
de su querencia y sus anhelos;  
nadie dice “Me quedaré  
a ser un árbol de este suelo”,  
da tres vueltas y dice “¡adiós!”  
como llevándose el sendero.

En los valles imaginarios,  
todos los seres se movieron.  
¿Qué ha sucedido en esta tierra,  
que signa a sus hijos con miedo  
de estar atados a su sombra,  
de asumir todos sus silencios;  
que nadie cumple su destino  
y andan errantes por el cielo?

En los valles imaginarios,  
la luna se inclinó partiendo  
hacia un rincón desconocido  
de naranjales sin consuelo;  
se cantaron las serenatas  
últimas, en callado deseo,  
y murmurando “¡adiós, adiós!”  
las rejas mismas se perdieron.

En los valles imaginarios,  
por donde vuelan los pañuelos.

## **SOBRE AQUEL CAMINO REAL**

Sobre aquel camino real  
una fogata se encendía,  
como una lámpara de luz  
en una loma desteñida,  
y cambiando de sitio siempre  
asombraba las noches tibias,  
sobrecogiendo a los viajeros  
de rumbo aciago y despedida.

El fuego fatuo, en el camino,  
con su ala blanca y movediza,  
guardaba el alma de un guerrero  
desfallecido en sus orillas,  
o de otras almas encerradas  
en el temblor de una guarida,  
de otra gente, de otros viandantes,  
con su jornada no cumplida.

Habían desapariciones  
y extrañas cosas sucedidas,  
que la penumbra se poblaba  
con inquietudes de agüería,  
y el viento jadeaba sin pausa  
sobre casas emblanquecidas,  
como si el cielo estremeciera  
el paso de las Siete Cabrillas.

Sobre aquel camino real  
se desgajaba nuestra vida,  
nuestro destino de troperos  
de nubes y de maravillas,  
de ilusiones que se esfumaban  
y a cada instante renacían,  
como esa chispa solitaria,  
color luciérnaga perdida.

Algo tendríamos, al fin,  
de aquella hoguera y sus pupilas,  
que estábamos y que no estábamos  
con el alma en su exacta cita,  
sino, más bien, como la llama  
que parpadea en su vigilia,  
llamaradas en senda inquieta,  
heridos de una tierra herida.

Sobre aquel camino real,  
los hombres de una lumbre viva.

**RELATO SOBRE CHIRO, EL HECHICERO,  
QUE ACOMPAÑO A GARAY A FUNDAR  
BUENOS AIRES Y REGRESO  
VOLANDO AL PARAGUAY**

Cuentan que Chiró, el hechicero,  
el hacedor de cosas mágicas,  
acompañando a los Mancebos  
de la Tierra, a zonas lejanas  
(en donde luego fundarían  
su lar, junto a un río de plata),  
marcó su huella entre las huellas,  
por si algún tiempo regresaba.

Allá, ya junto al Lago Grande,  
cercado por la empalizada,  
abrió caminos en la tierra,  
sembró el maíz, tendió su hamaca,  
leyó en las manos el destino,  
midió el alcance de su hazaña,  
vertió el sudor entre los surcos,  
musitó el canto que guardaba.

Un día, resonó en su oído  
el trueno de una voz nostálgica,  
un soplo de aire estremecido  
que era el eco de una llamada;  
recordó el brillo de su tierra

de colores y de marañas,  
sus panales en la arboleda,  
el silbo de las cerbatanas.

Y entre las sombras de la noche  
buscó su huella en la distancia,  
donde la luna se perdía  
en las praderas de esmeralda,  
tendió sus brazos hacia el cielo  
y ascendió hasta una luz extraña,  
cruzando, con vuelo de pájaro,  
por los confines de la pampa.

Y volando y volando y volando  
entre subidas y bajadas,  
Chiró se aproximó a su reino  
de guacamayos y cascadas,  
a su reino de hojas radiantes  
que lo indujo a que regresara,  
a su reino de miel y montes  
y de maderas escarlatas.

Su país le fijó en la frente  
una antorcha de eterna llama,  
y desde entonces los cetrinos,  
los anhelantes de su raza  
llevan, ardorosos y errantes,  
el alma desasosegada,  
el recuerdo de su querencia,  
la negra cruz de la nostalgia.

Cuentan de Chiró, el hechicero,  
del hacedor de cosas mágicas...

## **YAGUAVEVÉ (EL COMETA)**

¡Saltó el tigre!

Rayó el cielo.

Salto-hoguera-del-cielo.

Hirsuto el flanco astral,  
ajustó el paso;  
felino su respiro,  
midió el pulso;  
lamió las garras verdes,  
tramó el salto,  
premeditó las huellas,  
ajustó el movimiento,  
aliento y fuerza...

¡Y con el arco tenso de los tensos ijares,  
dobló sobre el abismo su azul fosforescencia!

## **YNAMBU'I (PERDIZ SILVESTRE)**

¡Susto en las hierbas!

Silbido original,  
pico al ras de la tierra,  
flecha en el pasto, ocasional, sonora  
estridencia color perdiz arena,

chispa en el matorral,  
flauta en la siesta.

Revuelo codorniz.

¡Susto en las hierbas!

## ETIGUARA, ANTIGUO POETA GUARANI

### I

Los brillantes plumajes  
verdes le precedieron,  
en la altura las huellas  
del jaguar que iba huyendo,  
y la vara cruzada  
que orientara a los vientos.

Bajó del Sol Naciente, lo anunciaron señales  
de esotéricas voces que llegaron en sueños,  
señales procedentes de las cuatro estaciones  
y el dominio del trueno.

Con plumas primigenias y ojos sacerdotales  
—con el color radiante desprendido del cielo—,  
los pájaros sagrados le signaron la frente  
con su hechizo y su vuelo.

La neblina que infunde vitalidad, el humo  
del soplo originario le dio el entendimiento,  
las palabras excelsas de los secretos himnos,  
virtud, templanza, fuego.

## II

Habló de cosas hondas.

(Debió tener los ojos chamuscados  
de tanto interrogar en la penumbra.)

Incursionó en la grave lunazón de los mitos.

(Vibraban en su acento ecos ocultos.)

Vio el oro reluciente, la asombración, la magia  
del colibrí radiante que exhalaba el rocío.

(La primer pomarroza floreció a su costado.)

Llevó la verde vara de ritmo resonante  
con que su tribu oraba bajo la luna llena.

## III

Por una noche errante  
se perdieron sus huellas.

Emigró con su raza

(soltó su flecha el sol, desabrochaba  
sus pétalos la flor del gran misterio),  
se echó por los caminos con boca interrogante;  
detrás de sí los suyos, los de rostro  
de arena calcinada, los de manos  
raídas y roídas,  
los más desamparados en la orfandad terrestre,  
que con pasos perdidos, polvorientos,  
emigraban y herían  
su alucinada sangre con espasmo y silencio.



Etiguará, con ojos de talismán y asombro,  
develaba el enigma del futuro a su pueblo.

## **CARÁ-CARÁ** **(CONJURO GUERRERO)**

¡Las flechas  
de cazar!

¡Adómanos las flechas,  
gavilán!

Danos el escudaje  
de tu airoso plumaje  
—relámpago real—,  
el iris madrugero  
para el collar guerrero.  
¡gavilán boreal - gavilán boreal!

Adómanos las lanzas,  
las lanzas de arrojar,  
con frenesí de estrellas,  
gavilán boreal.

Sobre la selva virgen,  
el instinto aborígen,  
de tu acecho fatal,  
tus ímpetus de altura,  
de pujanza segura,  
gavilán boreal - gavilán boreal.

Concédenos la vía  
de tu vuelo caudal,  
succión del aire raudo,  
gavilán boreal.

Tu mirada avizora,  
sangrienta, acechadora  
—ojo halcón torrencial—,  
en sigilos certeros  
por atajos y esteros,  
gavilán boreal — gavilán boreal.

Resérvanos la espina  
con que habrán de apuntar  
las finas cerbatanas,  
gavilán boreal.

Vértigo de oleaje  
sombrío en el bosque  
salvaje, original,  
tu acechante cabeza  
de embestida y destreza  
gavilán boreal — gavilán boreal.

Concédenos tu salto  
de rapidez mortal,  
salto de grandes cazas,  
gavilán boreal.

Concédenos el filo  
del oscuro sigilo  
de tu pico rapaz,  
su ágil y peligroso  
respiro silencioso,  
gavilán boreal - gavilán boreal.

¡Las flechas  
de cazar!

¡Adómanos las flechas,  
gavilán!

Y el iris madrugero  
para el collar guerrero,  
¡gavilán boreal - gavilán boreal!

## **DEL CAMPANERO VISIONARIO O LOS DELIRIOS DE EMETERIO**

El campanero de este pueblo  
domina el tiempo en la comarca,  
conoce la hora por el sol,  
por un astro en la madrugada,  
por el relámpago y su fulgor,  
por el aroma de la albahaca,  
por el viento en los eucaliptos,  
por el trino de la torcaza.

Suele abrir, con llave de oro,  
la caja donde duerme el alba,  
los brotes del amanecer  
y la estrella de la mañana;  
puede subir por la colina  
tras una brizna extraviada,  
o entretener a los viajeros  
echando a vuelo las campanas.

Emeterio, los días domingos,  
ya en su tarea iluminada,  
es un felino silencioso  
retozando en su cumbre diáfana;  
y el badajo, como un trapecio,  
lo transforma en un niño en andas,  
arrojándolo a las alturas  
en vuelo de ave alucinada.

En el vaivén de su columpio  
de metal, se le ensancha el alma;  
tiene una fiebre de horizonte,  
un delirio de lontananza;  
abarca el llano, los confines  
de su región con una mirada,  
y es el dueño del universo,  
un meteoro en la alborada.

Ve, encaramándose a las nubes,  
el tren pequeño de su infancia,  
los caballos en las sortijas,  
el arribeño con su guitarra,  
el ojo desvelado y triste  
del loco de las serenatas,  
a la *orográfica doncella*  
y a la *mujer cordillerana*.

Ve que el mundo gira a sus pies,  
que las palmeras y las casas  
giran, en tanto gira el día  
como un cristal en la distancia;  
y siente, desde el campanario,  
que algo le crece en las espaldas,  
que es un pájaro fulgurante  
con un violín entre las alas.

Y que salta y asalta el cielo,  
echando a vuelo las campanas.

## INMIGRANTE DE YEGROS

Fue una estrella distante, el Paraíso,  
un revuelo de pájaros lo que alzó al Caminante,  
la visión de un sendero; fue una extraña  
y legendaria tierra la que imantó sus pasos,  
un espejismo súbito de ríos poderosos,  
una chispa solar a la distancia.

Acongojó sus sueños  
una mitología de Selva Prometida,  
los signos del zodíaco, las zozobrantes islas  
en una inmensidad desconocida, la especiería  
y el naranjal de frutos de oro, las llanuras  
del tigre y del tapir,  
el resuello del puma en los palmares.

Desde un vals, desde una alfombra  
y un distante jardín de tulipanes,  
desde una aldea de sempiterna bruma  
salió a cruzar el mar, el fin del mundo,  
hasta alcanzar un río de ardor y guacamayos,  
el susurro doliente de los montes,  
Puerto Naranjo, el Tebicuary,  
el prodigioso disco del sol en los caminos.

Y después, lo demás: el descampado,  
el horizonte, su monótono trazo en el alcor del  
cielo,

la yerba, el mandiocal, las uvas moscateles  
en las radiantes parraleras,  
las jaulas con las aves de color de arcoiris  
y los cañaverales y el mosto,  
las lluvias torrenciales y las sombras cruzadas de  
luciérmagas,  
y la nostalgia opalina de sus días lejanos y la  
iridiscencia de sus propios recuerdos.

Pronto fue el arraigarse en una tierra  
cuya savia escarlata le salpicó la cara,  
la callada costumbre de anegarse en el llanto  
y la adustez severa del surco descubierto,  
de beber en el cántaro de arcilla de otros seres,  
de aprender un idioma de miel y ecos extraños  
y el afán increíble de atarse a otras costumbres.

Ya para siempre hirviendo la memoria  
en una siesta ardiente,  
en un día caído del fulgor lacerante de los astros.

## ELOISA

Cultivó crisantemos  
al otro lado del sueño, cuando apretaba  
el calor; de madrugada  
salía a ver la luna, cargada de presagios,  
que ocupaba sus noches desveladas;  
creía que sus años eran años bisiestos  
iluminados por la espera, las flores y las lluvias;  
los astros se alhajaban de un intenso reflejo  
en su jardín de imaginiería.

Salía por el campo  
cantando un aire dulce de tabernas y puertos;  
en su ventana  
penetraba un aroma de países distantes;  
apretaba en su pecho una postal extraña  
con paisaje de redes, faros, marinerías.

Su fantasía urdía un restallante manto  
de corales y perlas para sus esponsales.

Y musitando un nombre bajo las casuarinas,  
soñaba con un mar y un navegante.

## REQUIEM PARA UN TITIRITERO

*En memoria de Julio Correa.*

En la casa de la colina  
desde ayer habita la muerte,  
    el viento  
    desgasta un telón verde;  
    hay un tinglado triste,  
    vacío, que se mece,  
en la casa de la colina  
donde una flor morada crece.

En la casa de la colina  
hay rincones que palidecen,  
    un halo  
    de luna el techo envuelve,  
    hay Príncipes y Reinas  
    y Arlequines con fiebre,

en la casa de la colina  
por donde el tiempo se detiene.

En la casa de la colina  
sube el musgo por las paredes  
la noche  
penetra y se conmueve;  
hay fantoches que sacan  
el guante a la intemperie,  
en la casa de la colina  
donde un retablo se oscurece.

En la casa de la colina  
la desdicha tejió sus redes,  
el aire  
se detiene y se hiere;  
hay un hondo silencio  
de pantomima inerte,  
en la casa de la colina  
donde la sombra se estremece.

En la casa de la colina  
corre el frío por los dinteles,  
la luz  
da un traspié y retrocede;  
hay un traje vacío,  
un Corcel sin jinete,  
¡en la casa de la colina  
que da vuelta y desaparece!



## SE VA EL CIRCO

Se va el circo del pueblo.

El cielo, encapotado.

Hay un paisaje  
mágico que se esfuma.  
Desde el baúl que lleva consigo el saltimbanqui,  
saluda un viejo traje.

Se agitan los felinos  
y el domador, gallardo, sube a un caballo y parte.

Se va el circo.

Garúa  
sobre el rincón baldío.

Los carromatos salen  
en medio de una calma sofocada y de muerte.  
Van el payaso, el músico, la gorda, el tragasables  
—los que a la gente humilde dieron un paraíso  
de sueños, un alborozo raudo como el vuelo de un  
ave—,  
misteriosos y lentos, como si los cubriera  
la galera del mago con pañuelos radiantes.

Se va el circo.

Hay colores  
de rotas serpentinas sobre la alfombra grande;  
el ángel del trapecio desde una nube ríe,  
pasa y desaparece.

Quedan viejas canciones en el aire.  
Hay una vaga angustia de partida  
en la mirada inmóvil de un animal salvaje.

Se va el circo del pueblo.  
En un hondo vacío las golondrinas caen.  
Y hasta la carpa verde se parece a un pañuelo  
de novia, que llorando se despide en la tarde...

## MADRUGADA

Bajó la luna sobre el descampado  
como un pabilo en vela que vacila,  
como las alas de la garza blanca  
que voló en andas de una lluvia fina;  
salió temblando entre las nubes quietas,  
girando sobre sí, redonda y viva,  
sorprendiendo a un ramaje de penumbras  
que daba sueño al pueblo que dormía.

Ya no guarda la noche sus secretos,  
porque la intacta lumbre la ilumina,  
porque con dedos de oro aparta el velo  
de los rincones y las cosas íntimas;  
todos los besos se inmovilizaron,  
las caricias se acallan desvaídas,  
y los ojos febriles se retraen  
en una red de luz que los enfría.

Todo ha quedado inmóvil. Los misterios  
que rondan la penumbra se disipan,  
los brazos enlazados languidecen,  
pierden los labios su pasión furtiva,  
los murmullos se acallan, dando paso  
a la quietud que resplandece y brilla,  
y en las rejas de amor, las serenatas,  
musitan una incierta despedida.

Se asomó el alba por mirarle el rostro,  
se acercó el búho de mirada estricta,  
el ave en ronda de los tajamares,  
la cascabel sonora en su guarida;  
se acercaron la alondra y el venado,  
se acercaron por verle la mejilla,  
pero la lumbre, somnolienta y riente,  
con un guiño final de despedida,  
cerró los ojos, inclinó la frente,  
y dio lugar al despertar del día.

## TROMPO

El trompo de guayaba,  
    Juan volador,  
descansa en una mano,  
    salta veloz,  
pica y pica la tierra  
    con su aguijón,  
girador deslumbrante,  
    pájaro de color.

Cae como una estrella,  
    como un halcón,  
rayando cielo y suelo  
    el bailador,  
rotando por el aire  
    su diapasón,  
soltando un grito altivo  
    de vencedor.

Lleva un jazmín vibrante  
    el trompo en flor,

su piolín corta el viento,  
corta el fulgor,  
lleva encendidas alas,  
alas de ardor,  
cimbreado en la arena  
su desazón.

No reposa jamás  
el trompo al sol,  
no se detiene nunca,  
salta burlón,  
da vueltas sin cesar,  
gira al fragor  
de la tierra que gira  
silbando alrededor.

El trompo de guayaba,  
Juan volador,  
baja, sube, desciende  
en tirabuzón,  
abriendo un remolino  
a su alrededor,  
girador deslumbrante,  
pájaro de color.

El trompo de guayaba,  
el trompo en flor.

## **EL ECLIPSE**

¡Salto en alto!  
Transpiraciones celestes,  
mágica irrupción,  
rugidos.

¡Salto del tigre a la luna!

Acechó el tigre a la luna  
de blancos colmillos —¡río  
de luna por sus colmillos!—, tigre  
noche, tigre lluvia,  
tigre que persiguió al viento  
azul tigre azul, ofensa  
de luna por los colmillos  
del tigre acechando al viento  
nocturno frente a la luna.

Persecución, maleficios  
del tigre azul en la noche.

Mágica irrupción,  
rugidos  
del tigre sobre los montes,  
del monte al viento,  
del viento al aire,  
del aire al tigre,  
del tigre...

(¡Salto en alto!)

¡...el tigre devoró a la luna!

Luna de colmillos blancos  
bajo la luna,  
colmillos de tigres, blancos  
de luna contra la luna  
blanca que persigue el tigre  
cerrando el paso a la luna.

Transpiraciones celestes.

Persecuciones del tigre.

¿Qué motas mancha la luna  
con color de piel de tigre;  
qué tigre  
manchó con motas de luna  
la piel de color de tigre,  
luna  
con motas de piel de tigre,  
tigre  
con motas de piel de luna?

¿Devoró la luna al tigre?  
¿El tigre devoró a la luna?

Persecución, maleficios  
del tigre azul en la noche.

Luna de colmillos blancos  
bajo la luna,  
colmillos de tigres, blancos  
de luna contra la luna  
blanca que persigue el tigre  
cerrando el paso a la luna.

¡Salto en alto!

Mágica irrupción,  
rugidos  
del tigre sobre los montes,  
del monte al viento,  
del viento al aire,  
del aire al tigre,  
del tigre...

¡El tigre devoró a la luna!

## BASTON DE CIEGO.

En el bastón de Osorio,  
el ciego, el trashumante,  
resopla el Noroeste, el viento  
dañino, tajeante  
—un travesaño por el firmamento—,  
el bastón ermitaño  
tanteando a la orilla del camino  
al anochecer,  
y era de ver  
cómo se iba cumpliendo su destino:  
golpear el pedregullo  
del sendero real, sin un murmullo.

En el bastón —la caña  
de Castilla en la mano mendicante—,  
que refulge, jadeante,  
como ardiendo, y que luego  
—en su vieja costumbre  
de atravesar la loma hasta la cumbre—  
es tronco, leña y fuego.

Un estremecimiento  
de viento infausto, un aire extraño  
gime en los campos, un compungimiento  
desolado, y un baño  
de pena de velorio,  
de hojarasca en la calle,  
como cuando a la tierra la sequía  
trae un oscuro tufo de agonía,  
rompiendo triste el corazón del valle,  
y está soplando en el bastón de Osorio.

## ROGATIVA A LAS LLUVIAS

El campo ha muerto. El campo  
es una oscura lágrima.  
Gime la tierra. Se arrodilla un árbol  
con la entraña quemada.  
Sólo el silencio crece, sólo el polvo  
como un sorbo de sal en la garganta.

“¡Oh, Señor de las lluvias,  
dios de una raza extraña:  
mira a tus hijos pobres,  
limpia su flor morada,  
sálvanos la cosecha,  
suspende aquí tus arcas  
de ríos torrenciales  
y de aroma balsámica;  
deja que se amamante  
la sedienta comarca  
del pezón de tus nubes,  
de caoba y cascada!”

El campo ha muerto. El campo  
es una oscura lágrima.  
Como un aluvión torvo, la sequía  
deja su cepa amarga.  
Ahogada la tarde por el polvo,  
exhala una caliente bocanada.

“¡Oh, Señor de las lluvias,  
dios de una raza extraña,  
solitario y piadoso,  
con crueldad sagrada:  
riega con agua dulce  
la salvaje llanada,



cura nuestra sequía  
con brebajes de escarcha,  
mira nuestros rituales,  
acude a nuestras danzas  
y a nuestras rogativas  
de súplica y plegarias!”.

El campo ha muerto. El campo  
es una oscura lágrima.  
Quema el aire y las leñas se retuercen  
en la arena azorada.

“¡Deja que se amamante  
la sedienta comarca,  
del pezón de tus nubes  
de caoba y cascada!”

El campo ha muerto. El campo  
es una oscura lágrima.

(¡Oh, Señor de las aguas!)

El campo es una lágrima.

(Dios de una raza extraña...)

Zumba la tierra. El polvo  
suena como una lágrima.

(Suspende aquí tus arcas...)

El polvo es una lágrima.

(¡... de ríos torrenciales  
y de aroma balsámica!)

¡Oh, Señor de las lluvias!  
El campo es una lágrima.

## ESPEJISMO DE ENERO

Llegó de la frontera.

Un ascua viva  
era su roja estampa en el estribo;  
el collar del sudor sobre su pecho  
caía en un torrente cristalino;  
su montado soltó en la resolana  
una cola de fuego y torbellino.

Llegó de la frontera.

Un ave extraña  
voló a su lado y sacudió el vacío;  
miró de reojo alrededor, impávido,  
como si el aire no le fuera adicto;  
reunió a la gente en su mirar severo,  
los ojos llenos de un cristal sombrío.

Se detuvo un momento.

Parecía  
que fuera a proferir un desafío,  
ya que en su gesto se anidaba el gesto  
del animal cebado y primitivo;  
su sombra estaba inmóvil y expectante,  
su desplante era torvo y forajido.

Pasó de largo.

Alivio hubo en el pecho  
de quienes contuvieron el respiro;  
de quienes presumían que la Muerte  
soltaría su aliento de improviso,  
ya que su ley era una ley oscura  
en su vida sin ley, por los caminos.

Al avanzar al trote, en lontananza,  
el polvo lo borró en un remolino.

## DE UNA FLAUTA Y UN PAJARO

De un terreno escondido  
provenía el sonido de la flauta,  
del guayabal, desde un poniente en llamas;  
de aquella flauta y su estremecimiento  
casi tangible y doloroso, del  
aire herido que atravesó la calandria  
en su vuelo de amor; de allá provino  
el eco triste, el melancólico acento y el gemido  
de la flauta del ciego, la melodía acongojada y  
honda  
del hombre en el solar, del hombre anónimo en el  
valle, y allí mismo, en la siesta,  
encontramos al pájaro caído, en el ardiente verano  
—latido de colores yacente sobre el pasto—,  
aún con el cuerpo tibio, agonizante;  
al pájaro, al cautivo  
también de aquella música silvestre, al pájaro  
yacente en la red de esa música, de ese doliente  
acento, al pájaro caído en su vuelo de amor, atento  
al eco triste, a aquel sonido largo  
de flauta infausta y triste, pertinaz, desolada en el  
verano.

## LA HONDITA

¡Al bosque!

¡A la caza de pájaros!

(Tensándola, al acecho.)

A la lomada, lejos, por donde el horizonte  
redujo a punto mínimo la tormenta y la lluvia.

En la mañana verde, agazapados,  
jadeantes y felinos,  
conteniendo el respiro,  
cazadores furtivos,  
sigilosos...

(Tensándola, al acecho.)

... mientras vuelan

zorzales y palomas,  
tijeretas,  
mirlos y garzas blancas,  
golondrinas,  
tórtolas y calandrias,  
gorriones,  
teros y guacamayos.

(Tensándola, al acecho.)

En tanto la honda breve, tirante como un arco,  
¡suelte el rayo seguro del bodoque certero!

En la caza de pájaros.

## **POMBERO ACECHA SILBANDO**

Un silbido.

¿Por qué estremece un silbido?

La umbría.

¿Qué anula el ojo en la umbría?

El viento.

¿Qué tiene esta noche el viento?

¿Qué temor nos da el silbido?

¿O es la umbría?

¿O el viento?

¿Son el viento y la umbría?

Reflejo, asombración de la penumbra,  
sobrecogiendo un silbo, un eco roto,  
Pombero avanza, atento, en los senderos  
y siempre acecha vigilante y solo.

Muda de sitios piedras y caminos,  
altera el orden del color arbóreo,  
y astilla la quietud con su zancudo  
pie lunario, de pelos vaporosos.

Rostro de sombra, ceja de forraje,  
guiña los ojos y tajea el fondo  
del miedo, adormecido en los parajes  
que pasma su bastón de mango umbroso.

¿Es la umbría o el viento?

¿O un silbido medroso, largo y hondo,

un alma en pena sola,

pies de rumores, rumoroso polvo,  
que ha venido a mirar en nuestros patios,  
a resbalar por nuestro oscuro asombro,  
a acongojar las noches desoladas,  
a erizarnos de sueños dolorosos?

¿Un ánima olvidada, en movimiento,  
ojo ancestral, doliente, misterioso?

¿O la umbría?

¿O el viento?

## VISITANTE DEL CIELO

Pasó por estas tierras;  
aún perdura el aroma de rosas que tenía;  
se recuerda su porte, su talle cimbreante en las  
galopas,  
la corona de flores con que se engalanaba;  
aún estalla su risa de madrugada fresca,  
todavía se piensa que atravesó estos valles  
la más bella del mundo.

No faltó quien creyera  
que descendió del cielo, clavel del paraíso,  
que de un purpúreo pétalo brotaba  
el ligero carmín de su mejilla,  
no faltó quien dijera que hablaba con los pájaros,  
quien grabara su nombre en su guitarra.

Paseaba, de noche, en las barandas  
de un corredor sombrío en las afueras,  
extravagante y suave, mojada por la escarcha,  
mostrando a los extraños una arisca hermosura,  
los ojos de diamante, negra la cabellera,  
la más bella del mundo.

La llevó un forastero  
en un año bisiesto y desdichado  
(en el día increíble que sobraba  
a la memoria de todos), un arribeño  
que la envolvió en un poncho de colores radiantes,  
que la elevó en un golpe de revés del destino;  
después, hubo un silencio de mariposas muertas,  
de viento desolado marchitando las flores.

Cuando se la recuerda  
(aún perdura el aroma de rosas que tenía),  
se intercambian miradas los hombres pensativos,  
la divisan andando bajo las parraleras  
en un raro espejismo de su imaginaria,  
la ven en un galope bajo la polvareda,  
dichosa y sonriente con su varón de fuego.

La ven por un camino perdido en lontananza,  
la mujer de azahar, la flor del cielo.

## **Y-PORA, EL GENIO OSCURO DE LAS AGUAS...**

Vaivén de yerbas oscuras.  
Gime el agua.  
Gime el agua en las barrancas.  
Crepita el barro.  
Es el agua.  
Las almas gimen y gime  
el agua por las barrancas.

Al centro de los naufragios  
conmueve una mueca amarga,  
un ojo turbio, una red  
de pelo que ensucia el agua;  
aparición del origen  
negro de las hondonadas,  
funda de raudo temblor,  
huevo del revés del agua.

Una serpiente de fuego,  
constrictora, rompe el agua.  
Lumbre y algas.  
Se turba la oscuridad,  
y hay hogueras bajo el agua.

Un grito seco acongoja,  
hipar de vampiro, el agua,  
de un extraño hedor nocturno  
y boca de torva magia,  
de una sombra entre los yuyos,  
de una efigie atormentada.

La Osa Mayor se zambulle.  
Quema el agua.  
Quema el sepulcro del agua.  
La noche suspira.  
Hay ecos  
de suspiros que naufragan.  
Las almas gimen y gime  
el agua por las barrancas.

Hay ahogados que le tocan  
y le interrogan y espantan;  
hay peces que le preguntan  
por qué enturbia sus escamas,  
pero él, trenzando alaridos,  
se pierde en las correntadas,  
cabeza de sien menguante  
y orejón de junco y algas...

La muerte avanza.  
Sus dientes  
se afilan por las barrancas.



Noche y algas.

Es la muerte

por los meandros del agua.

Al centro de los naufragios  
conmueve una mueca amarga,  
un grito seco, una red  
de pelo que ensucia el agua,  
de un extraño hedor nocturno  
y boca de torva magia...

Hay ojos de tigres.

Rugen

tigres guerreros que pasan.

Hay chispas y apariciones.

Y ojos de espuma que apuntan

la dirección de las aguas...

Pero él, trenzando alaridos,  
se pierde en las correntadas,  
cabeza de sien menguante  
y orejón de junco y algas,  
funda de rauda temblor,  
huevo del revés del agua.

Y hay ojos de tigres, ojos

de silencios que naufragan...

## **PUEBLO**

El sueño ocupa la siesta  
del pueblo blanco y tendido;

hay un silencio dormido.  
El sueño ocupa la siesta.

Si los párpados se cierran,  
en su interior algo sube,  
como el paso de una nube,  
si los párpados se cierran.

Cuando una guitarra canta  
la quejumbre de una endecha,  
cae una rama deshecha,  
cuando una guitarra canta.

Las aves se inmovilizan  
ocupando el horizonte,  
cuando sobre el alto monte  
las aves se inmovilizan.

El viento en los naranjales  
enreda su verde vela,  
se detiene y se desvela  
el viento en los naranjales.

Y el aire ha muerto, callado.  
El calor ocupa el cielo.  
Hierven la siesta y el suelo.  
Y el aire ha muerto, callado.

## **ARPA CALESITERA (RESPONSO)**

(Arpa calesitera,  
callejera y juglar,

con aire tembloroso  
de paloma torcaz,  
avisgando las cuerdas,  
contemplando girar  
caballitos de palo  
que giran sin cesar.)

Sobre su caja rota (todavía perdura  
su melodioso efluvio), como tiernas mortajas  
cayeron tierra y sombras, vuelos y alas dormidas  
de pájaros que oyeron su desazón silvestre  
deshecha, en abandono de espejo arrinconado,  
su caja, sola, sola,  
resto ajado y perdido de un suelto diapasón.

(Arpa calesitera,  
de música sin fin,  
encantando las horas  
de la tarde infantil,  
llenándola de sueños  
de confín a confín,  
con un ligero aroma  
de flor de pachulí.)

¿Llegaría a destino  
el arpegio secreto que yacía en sus cuerdas  
de urdimbre popular? ¿Qué país silencioso  
habrá acogido el eco de su pobre cantar?  
¿En qué otra calesita lejana estará alzando  
el Castillo-de-Sueños que levantó en los valles  
con un mágico acento de ilusión?

(Arpa calesitera,  
resonando en canción,

clavijas de alegría,  
clavijas de dolor,  
con faz de luz y noche  
como si fueran dos,  
la mitad de penumbras,  
la mitad de color.)

Sobre su caja rota (madera fresca  
de amanecer), muchachos y jinetes  
de quermese y domingo en despoblados tristes  
desgranar la nostalgia de su pobre ilusión,  
y memoran el tiempo en que sonaba  
su caja sola, sola,  
como una resonancia de sudestada gris.

(Arpa calesitera,  
prestidigitación  
de siesta sosegada  
en fiesta de fulgor,  
de caballos pintados,  
galopando al ardor  
extraño de los días  
que dijeron adiós.)

## UN BARCO DE PAPEL

El barco de papel en la laguna,  
como una estrella brilla, frágil, blanco en las  
ondas,  
girando sobre sí, rotando lentamente  
sobre un agua de lluvia, a merced del azar, airoso  
bajo los temporales, inclinado hacia rumbos  
imprevistos

como nosotros mismos, como la vida misma  
que emprendimos (un barco de papel), rotando  
y avanzando inasible sobre las densas aguas  
agitadas al viento, bajo los vientos ásperos  
que giran en sus velas, regresando  
riesgosamente en cada orilla, torciendo  
el rumbo firme, fuerte, frágil,  
igual que aquel tranquilo, blanco y abandonado  
barquito de papel en la laguna.

## MARIA DE JESUS RIQUELME

María de Jesús Riquelme,  
sonríe con los carreteros,  
desata con ardor las trenzas  
en un maravilloso juego;  
mira, procaz, al silencioso  
que la codicia en su embeleso,  
con un clavel entre los labios  
y una azucena sobre el pecho.

María de Jesús Riquelme,  
tira una flor a los arrieros,  
dalia, jazmín, diamela, rosa,  
según su antojo y sus momentos,  
con la inocencia o la demencia  
que parece avivar su cuerpo,  
y con su risa y con su danza  
desata una pasión sin frenos.

María de Jesús Riquelme,  
levanta la pollera al viento,

radiante y cimbreante el talle  
tentándolos con su secreto,  
enseñando el muslo desnudo  
o el nacimiento de los senos,  
enardeciendo a los varones,  
atizando su oculto fuego.

María de Jesús Riquelme  
jugó su suerte en el sendero,  
cuando salió en la madrugada  
con una estrella en el cabello,  
lasciva en el albor del día  
y esplendente como el lucero,  
concitando en quien la miraba  
el soplo oscuro del deseo.

María de Jesús Riquelme,  
al rehusarse a los requiebros  
del silencioso y sudoroso  
que la asediaba con sus celos,  
en el espejo del azar  
cambió el color de su pañuelo.  
Lo volvió negro. Con la muerte  
se unió en la calle de su pueblo.

María de Jesús Riquelme,  
la novia de los carreteros.

## **JAKAIRA, PROTECTOR DE LOS HECHICEROS**

¡Sobre las aguas viene!  
Jakairá,  
pluma-azul-plumón-del-monte,

saltando viene untado  
del ungüento de cera, en su piragua,  
Jakairá, de agua verde,  
de luz contaminante,  
Jakairá,  
¡Jakairá viene sobre las aguas!

¡Sobre los montes viene!

Jakairá,

jabalí montaraz, piel de venado  
solar vestido viene,  
hechicera la vara de la mano,  
fina la cerbatana con veneno,  
manto conjurador,  
augur del monte,  
¡Jakairá viene sobre los montes!

¡Jakairá por la niebla!

Jakairá,

jadeante, respirando  
la cocción curativa de las hierbas,  
caburé inmemorial de ala agorera,  
Jakairá, ajorca fértil  
de fibra cocotera,  
Jakairá, pie de puma, nocheriego  
Jakairá, pie de niebla  
sobre la niebla,  
¡Jakairá llega desde la niebla!

¡Jakairá en los esteros!

En la hoguera

pasta de las lagunas, en la orilla  
y el bostezo caimán de los pantanos,

en la costa cargada de alimaña,  
dueño de las pociones  
con que se expele el daño,  
Jakairá en su membrana  
murcielagal de bruma,  
¡Jakairá viene desde la bruma!

Jakairá, con fetiches  
de rito en su corona cocotera,  
solar vestido viene,  
serpiente en la hoja seca,  
caburé inmemorial de ala agorera,  
verde máscara viene,  
Jakairá, acción de embrujo,  
manto conjurador, augur del monte  
con gesto curandero.

¡Augur del monte!

## PÖRA, ESPIRITU NOCTURNO

Es la noche. El silencio.  
El hervor chamuscado de la sombra.  
El pabilo que tiembla. Es el murmullo  
varado, interrumpido. Es un ojo nocturno  
que no ve, es una mano  
que no es mano, que es ojo,  
es un ojo que es mano,  
lo que no existe y anda,  
lo que existe y no existe;  
es un helor apenas,  
un estremecimiento,  
es un hombre que mira por la noche,  
es la noche que mira por un hombre.



Rostro de alfarería;  
su tardo andar es grumo  
de tierra caminera;  
su calcañar velludo  
pisa un rincón desnudo  
de arboleda sombría;  
su pecho, una guarida  
de astrología y humo,  
de pajaros, un nido  
de yerba forrajera.

¿Pero existe o no existe?

Es la noche. El silencio.  
El sortilegio de las hojas muertas.  
La cerrazón temida. Es el ruido  
que al sofocarse crece. Es el sigilo  
riesgoso. Es un rito  
que no es rito. Es el eco  
que no es eco, que es gesto,  
es un gesto que es eco,  
lo que no vive y suena,  
lo que suena y no vive,  
lo que es sombra y no es sombra,  
es un hombre que crece en el misterio,  
el misterio que crece desde un hombre.

¿Pero existe o no existe?

¿Es golpe seco  
de una rama pisada,  
imaginada, triste;  
es un espanto, un eco

nocturno, un alma castigada,  
un viento  
en movimiento?

Es un hombre que mira por la noche.  
Es la noche que mira por un hombre.

Es un cuerpo.

Una vida que es sombra.  
Una sombra que es vida.

El hervor chamuscado de la sombra.

## **ROGATIVA A LOS VIENTOS BENÉFICOS (NORTE Y ESTE)**

Vientos procreadores,  
temblores del maizal,  
llanos y montañaces,  
soplos del mandiocal,  
alientos de la tierra,  
de su roja raíz,  
un viento milagrero  
y un viento curador.

¡Despoblád la morada  
del pasmo y del temblor,  
del invierno y la noche,  
del eco aterrador!

Proteged del invierno  
nuestras vasijas hondas,  
el bronce de nuestras espaldas,

el plumaje que nos corona,  
el ímpetu de nuestras marchas,  
las rodillas que no se doblan,  
la frente aupada en el trajín perpetuo,  
el aire herido en las cañadas torvas!

Resuellos del silencio,  
ecos de asombración,  
cascabeles sonoros,  
rebanadas del sol,  
de cuero detonante,  
de cuero abrasador,  
el uno, milagrero,  
el otro, curador.

¡Despoblad la morada  
del pasmo y del temblor,  
del invierno y la noche,  
del eco aterrador!

¡Proteged del invierno  
y de la noche todas  
las tierras donde cosechamos,  
los ramajes que nos adornan,  
que se inflaman de luces mágicas,  
que se inflaman de luces rojas,  
de peligro y ardid las cacerías  
y la pluma ritual de las ajorcas.

Vientos procreadores,  
raíces de maíz,  
con ojos tabacales,  
lagartos sin color,

el uno, milagrero,  
el otro, curador.

¡Despoblad la morada  
del eco aterrador!

Del invierno y la noche  
el desliz de nuestras canoas.

Del invierno y la noche  
la templanza que nos corona.

Del invierno y la noche  
nuestras conquistas victoriosas.

Del invierno y la noche  
las preguntas de nuestras bocas.

Vientos procreadores:  
¡proteged las mazorcas!

## **CURUPÍ SATIRO SILVESTRE**

Éste es el hombre duro,  
Curupí, el misterioso  
soplo del monterío  
traído por el viento,  
luciferino, impuro,

indígena y bravío,  
desflorador fogoso,  
genital y violento.

Fuego que va y regresa,  
fuego que viene y pisa  
el arenal caliente,  
lengua ardida que besa,  
que se enciende y acosa  
sonámbula y de prisa;  
sátiro del bajío,  
del monte y la llanura,  
macho torvo y gregario,  
macho cabrío,  
muda  
carne lasciva, roja,  
callada  
sangre mimetizada,  
hirviente calentura,  
Eros primario.

Éste es el hombre duro,  
callado, que en verano  
va azorado en su fiebre,  
asediando en los fondos  
del patio y la humareda,  
cuerpo de enigmas, pálido  
espectro oreando el nido  
de sombra en la arboleda.

Burlador de la siesta,  
circuido  
del vértigo y del halo

febril de su osadía,  
rondador sorpresivo,  
caminero,  
terrestre,  
estuprador diurno,  
toro de la floresta,  
fulgor del mediodía,  
seductor sin decoro,  
falo  
suelto y sonoro,  
sátiro taciturno,  
sol silvestre.

Huíd, muchachas, de su torvo acecho,  
del acecho implacable en que se acerca  
la intensa fiebre de su sangre oscura;  
que no pase el yuyal, que jamás llegue  
a ejercer su lascivo magisterio  
con su lengua de arcilla y calentura,  
a desvelar vuestro dormido pecho,  
a fecundar un río en vuestro vientre,  
¡que Él va a cortar vuestro ramaje verde  
y a perderse otra vez en su misterio!

## LA MUERTE EN EL VALLE

En los valles imaginarios  
acudía la Muerte, trayendo la desgracia  
bajo las parraleras o al herir en los puentes  
al jinete que alzaba su perdición a cuestras,  
con mirada amarilla en las noches de fiebre  
esperando al yacente, en un rincón oscuro;  
o verde, viendo con ojos verdes una larga agonía.

Llegaba a veces a Yegros  
apagando las lámparas; una Muerte granate  
si bajaba a llevar bajo la luna  
al que caía herido en los aserraderos;  
con un cajón al hombro por si acaso,  
por si el pobre rehusase su visita por falta  
de un cajón miserable;  
con cabellos de hoguera en las noches terribles del  
verano  
partiendo el espinazo al bebedor furibundo;  
o nadando en el centro del remanso  
o jugando en San Juan con la paja reseca y con el  
fuego.

Eran tristes los días  
cuando movía todas las tablas de la casa,  
cuando llevaba en su bolso a los desprevenidos,  
si asumía una forma de hoz en las caballerizas,  
o de bala perdida en los alborotados festejos  
patronales;  
una Muerte graciosa como cuando enterró a  
Vitálica que salía riendo de otro entierro; con un  
gesto beatífico  
al transportar de golpe al campanero loco por el aire.

Eran las tardes de color violeta  
cuando nos visitaba, aturdiéndonos de sorpresa,  
a deshora, suspendiendo las lluvias, penetrando  
bajo los mosquiteros, con mirada opalina,  
calándose el sombrero, si pasaba de largo en un  
caballo negro  
en un caballo negro cuyo relincho helaba hasta los  
huesos.

Porque pasaba a veces  
galopando de largo, segura de regresar de nuevo;  
era un compás de espera, un minuterero que no daba  
la hora,  
jadeando atravesaba las calladas distancias,  
pero volvía siempre, abría las ventanas  
con alas de murciélago, regresaba  
cuando alguien suponía que la estaba esquivando  
y hacía estallar rosas grises entre sus manos.

La supongo esperando, con la mantilla oscura  
bajo un alero, impasible y segura; una Muerte  
rural y repentina; está allá, entre las cartas  
que la adivina entrevera, cuando el valle convoca  
a sus espectros, sus alucinaciones y el eco de sus  
sollozos;  
sube a la grupa de los caballos, hiende  
el aire con el facón en las quermeses, y se agazapa  
en los bailes,  
vigila desde el campanario,  
se apoya en los hamaqueros, amarilla,  
ciñe espuelas en las carreras, sabe  
que nadie va a escapar, que nadie  
la podría eludir, que nadie  
le podrá disputar su algarabía negra y desgraciada.

## II

### BRINDIS AL DESCAMPADO

Y hemos de beber todavía  
en esta guampa lisa de toro al descampado,



gustando un agua clara, mezcla de sangre y trino,  
caña blanca y aroma de salvaje rocío,  
bajo un cielo ocupado por todas las estrellas,  
con el pie en el estribo, el poncho a la bandolera,  
para seguir andando,  
ebrios de un aire ardiente, de sol, de madrugadas  
que cobijan el cofre de los sueños,  
porque aún, y por un largo tiempo,  
estaremos atados y enlazados a este solar purpúreo  
de madera y tormenta, grito y llama,  
y seguiremos brindando  
—una vuelta en redondo para todos—  
por la salud del Hombre,  
del Hermano Radiante,  
el Compañero  
—con un canto de guerra o de guitarra—,  
por ustedes, amigos,  
en esta guampa hermosa de toro, al descampado.

## A QUE CANTAR SINO CONTAR

Tantas cosas suceden  
que ya no puedo cantar; apenas puedo contar  
sobre la refracción del sol en estos pueblos  
dormidos,  
que hay una paz terrible en los corredores,  
que el aire se ha dormido en un cántaro seco  
y que todo el mundo está sordo  
y está mudo  
y ya nadie mira el amanecer, ni canta en el  
amanecer.

Yo ya no puedo cantar. Yo veo y siento  
esta malavisión. ¿Dejarán todos de cantar aquí  
como cantaban ayer, en tanto siga  
el silencio mortal sobre esta tierra,  
en tanto siga la soga,  
la imposibilidad de hablar, de gritar  
en el garito,  
y se esté sordo  
y mudo  
y estén presas la prosa y la poesía?

Yo ya no puedo cantar. A qué cantar  
sino contar, hablar de cosas y de asuntos  
de gente que enriqueció contando cuentos,  
de un solo golpe de contaduría,  
de un giro de giraduría,  
dejándonos sin voz, sordos  
y mudos,  
sin poder ya contar ni el mismo cuento.

Cosas de ahora. Sucedidos  
recientes,  
que incitan a contar  
que ya nadie se asombra ni se asusta por nada  
y que la sangre no llegará hasta el río,  
y que hay una gran tristeza y que estamos  
deshechos  
por la melancolía, por el horror de pensar  
que se está sordo  
y mudo  
y que ya nadie mira el amanecer, ni canta en el  
amanecer.

¿Y si no fuera así, si fuesen cosas de malavisión? ¿Si hubiese algo  
detrás de los corredores, si el esplendor del sol  
fuese en pueblo despierto,  
si el aire estuviese rondando por los cántaros,  
si nadie fuese ya sordo  
ni mudo,  
y yo estuviera cantando, y todos estuviéramos  
cantando  
en la noche y en el amanecer?

## ME VE PASAR LA MISMA GENTE

Por calles de caliente arcilla  
suelto mi flor, como un trapecio  
que el trapeccista suelta al aire,  
mi flor, mi flor de jazminero;  
por tierra roja y pasto verde  
voy caminando a pasos lentos,  
en el ojal un clavel morado,  
sombrero en mano y sonriendo.

Me ve pasar la misma gente  
(la de mis sueños), porque vuelvo  
con el resol iridiscente  
de los campos sobre mi pecho;  
veo las ramas del lapacho  
con algo de color eterno,  
me interno en la profunda noche  
que ha sentido mi regreso.

Conversando con habitantes  
que conversan con su silencio,  
siento la risa de aquel músico  
que dio insolencia hasta a sus besos,  
me guiña el mago con sus párpados,  
con su paloma y sus pañuelos,  
el poeta y su cabellera,  
con su cantar y su misterio.

Está todavía mi padre  
con su porte de caballero  
en el umbral, avizorando  
la luz del horizonte abierto;  
y está mi madre y sus tejidos  
de lana en un telar de ensueños,  
mis hermanos que preparaban  
su aventura y sus devaneos.

Tantos hechos aquí pasaron,  
tantas cosas, tantos sucesos,  
que hasta el alba fue erosionada  
por un raro quehacer incierto;  
la comarca y sus pobladores  
cargan su cruz, su cruz de hierro,  
dialogando con su pasado,  
con su ceniza y con sus muertos.

Emite el aire un eco extraño,  
que todo se parece a un cuento,  
la vida es irreal, un vano  
soplo que pasa en un desierto,  
las puertas salen de sus goznes,  
la querencia es un hervidero  
de ansiedades que no florecen,  
de anhelos que no se cumplieron.

No sé, pues, si estoy regresando  
o es que regresan mis recuerdos,  
si hoy es ahora o es mañana,  
si mañana está transcurriendo;  
de todos modos, aquel camino  
se me acerca como al encuentro,  
y yo avanzo con pasos lentos,  
sombrero en mano y sonriendo.

## VUELVO HACIA TI, MI TIERRA

Vuelvo otra vez a ti, mi tierra,  
a tu corral, a tu real paraje colorado  
de belicosos vientos adversarios;  
vuelvo a tu luna plena, de color sempiterno;  
yo, guitarrero perdido en tu palmar y en tu  
algarrobo,  
que bebí tembloroso tu cantimplora llena de  
luceros,  
¿cumplí de veras —te pregunto— con mi cantar al  
plantarte en su centro,  
con tu llanto y tus gestas como a través de un  
sueño?

Yo te soñé en las tardes  
y acaso me soñabas (tal hijo  
para cual padre); yo esperé en la tranquera  
el tiempo todo tu llegada, mi país, con la frente  
descubierta y mirándote levantarte del polvo,  
del humo que te cubría, de la ignominia y la  
desgracia;

te esperé, mi querencia, y seguramente  
me esperabas; pero hubo un desencuentro  
y fui arrojado a un vórtice de sombras y tú a ese  
vértigo,  
como un asta de fuego en la noche de San Juan,  
por mis valles.

Vuelvo a tu corral, mi tierra,  
como animal a sus aguadas. Nada  
fue para mí mejor que el oro de tu fulgor (un lazo  
en mi corazón), que aquellas garzas del estero  
de mi niñez, que el cedro y la pomarroza de mi  
casa;  
viviste en mí, de pie, como si fueras yo mismo, y  
yo, viví sentado en tus rodillas  
mirando un horizonte sonoro de zorzales,  
y se me hace que todo se cumplió con esa ley  
antigua  
de la sangre atraída por la sangre.

Entonces, dime ahora, país callado  
de maíz, de adobe y horno,  
ahora que termino mi canto y mi alabanza,  
¿qué será de ti también, al fin y al cabo,  
vapuleado, triste,  
enajenado por quienes nunca te quisieron,  
y qué será de mí, ahora que siento  
que se me desmorona tierra por dentro, sabiendo  
que tú eres el hombre y yo la tierra;  
qué haremos ahora, solos, musicantes perdidos en  
el palmar?  
¿Qué quedará de todo esto, me digo? ¿Qué de  
estos valles  
imaginarios? ¿Qué del errante (de mí) que ya no es

sino tabla flotante del Pirapó, de su memoria, de  
los círculos infernales  
que lo redujeron a nada, a ser nadie  
entre un montón de cenizas de un fogón apagado?

Me voy entonces con mi música  
a otro rincón, a otros patios. Y te traigo conmigo;  
mejor dicho, me llevas, me arrastras a mis propias  
costumbres  
dentro de ti, como si fuera el sudor y el músculo  
bajo tu piel, ahora que sientes  
que te desmoronas también como si fueras un  
hombre,  
mi tierra, mi país, mi guitarrero dulce bajo la luna  
llena.





**LIBRO DE LA MIGRACION**

**(YBY - ÑOMIMBYRÉ)**

**(1958 - 1964)**



Emigraron los hombres como los pájaros. Aquella inmensa arcilla de mitos se despegó de sus raigambres interrogando al silencio, desperezando las antiguas preguntas. Hacia el lugar de la procreación primigenia, de los varones que engendraron a los varones, del alimento justo y de la roza escondida. Las caras se tostaban en dirección al Naciente con una enorme fatiga anticipada.

Emigraron como los pájaros. En pos de su primavera, de la Tierra-Sin-Males, donde habita la luna, Ñande Sy, nuestra madre. El sitio para el reposo, para la saciedad, para el sueño infinito. La tierra de los opimos frutos, de las raíces como frutos.

Emigraron bajo el peso de innumerables lunas. Abejorreo de pasos rumoreando en la selva, jarabes de sudor iban, ampolladuras de cansancio. Hacia la respiración del Naciente. Por montes y llanuras y pantanos de fiero acecho verde. Miles de pasos en circulación desnuda y sin consuelo. Miles de seres bajo el calor que caía del cielo, de la lluvia que caía del cielo, apañados por el ardid del sortilegio, de la esperanza que caía del cielo.

Con la certitud de la parada final en los párpados, como una inmensa furia florecida.

En dos grupos partimos.

En el cruce naciente,  
hacia la tierra robada,

hacia la agilidad de los cuerpos en danza,  
hacia la potencia de los palos de roza.

(Hacia el carcaj oculto.)

llenando de estupor los sonajeros,  
fijando liviandad en las ajorcas,

(Hacia el Naciente.)

hacia donde se aprende puntería exacta,  
hacia el imán oculto de afilar las flechas.

(Hacia la tierra robada.)

En el cruce naciente,  
llevando la Vara Insignia  
cotejando las sombras de acecho de las fieras,  
precisando el sonido del adorno guerrero,  
recogiendo las hierbas que atajen la epidemia,  
animando el activo ceremonial de caza,  
agilizando el eco de los pies en la tierra.

Más allá de esta tierra,  
allende  
la totalidad de esta tierra,  
allá  
en el Lago Grande,  
sobre el arco  
del ijar del jaguar de salto grande  
(en la totalidad de su salto),  
allende

el huracán, el monte  
(la totalidad de los montes)  
restituyéndonos los ritos  
originales,  
las costumbres antiguas,  
(la totalidad de los ritos antiguos,  
la totalidad de las costumbres),  
proveyéndonos fuerzas,  
alimentos,  
(la totalidad de las fuerzas,  
la totalidad de los alimentos),  
allende el Lago Grande,  
se dice,  
marca la Vara Insignia  
la señal de acogida.

Más allá de esta tierra,  
donde estarán los semejantes  
a nosotros,  
(la totalidad de nuestros semejantes),  
los que buscaron la morada  
(la totalidad de nuestra morada).  
Allá la Vara Insignia,  
allende  
el huracán, el monte,  
se dice,  
allende el Lago Grande,  
allende  
el ijar del jaguar de salto grande.

El firmamento brilla.  
Un viento raudo pega las fibras de la lluvia.  
Débiles (de claridad), ya no habrá miedo al  
adversario,

fuertes (en las preguntas), no habrá tregua  
en la arena,  
ni temor al impuro que no doró su lengua  
en el clamor unánime;  
no habrá mayor angustia que la de herir la noche,  
ni apetencia mayor que la que rige el recto  
rigor de la ansiedad (hierba profunda),  
ni pastura más honda que la de las preguntas  
rugiendo en el interno rito de nuestras bocas.

Un viento raudo pega.  
Brilla siempre el lejano firmamento.

Jirón rojo en los montes.  
Se animan los vivientes en el luciente ocaso.  
Los pantanos revientan; se exceden de veneno  
las culebras radiosas (pierden piel las culebras).  
Las cigarras ocultan su rumor convulsivo.  
Reprueban las raíces la sequedad terrestre.  
Como una vara estalla la cáscara del viento  
y henos, cáscaras secas, conduciendo  
tórrida expectación (caliente gajo)  
sin demorar jamás nuestro ardimiento.  
Las serpientes se engarzan un color de verano.  
Y arden los animales.

Jirón rojo en los montes.  
Brilla siempre el lejano firmamento.

Pase extraño en la altura.  
Sirga en el lago indemne del ocaso  
la asombración de las constelaciones (su ruta, sus  
principios,

sus hogueras, sus términos): el vésper-rojo-pezu que  
abre el sendero  
primitivo a la luna que el Tigre eterno acecha,  
la liebre-estelar-rauda (¿Duerme la liebre acaso  
un sueño sin tinieblas que eternamente brilla?)  
el avestruz que anuncia los meses de la lluvia,  
el salto azul del tigre, la onza parda,  
las palmeras que exudan fuego verde, un antiguo  
fuego verde en la noche.

Un viento raudo pega.  
Brilla siempre el lejano firmamento.

¡Ñanderú! ¡Qué gran silencio!  
¡Qué bravencia de polvo revierte las pupilas  
hacia el humo quemado de la piel de los ojos,  
chamuscazón de espera, pavor de quemadura  
de espera en la pupila que el horizonte quema!

Tizón de las luciérnagas,  
gota hormiga de incendio en la mirada  
por el fondo madera guayacán del sendero,  
ramazón de fatiga, color de colorada  
fatiga en el sendero de luciérnaga en celo!

Pase extraño en la altura.  
Brilla siempre el lejano firmamento.

Al venidero  
servirán nuestros actos,  
al nuevo poblador de la morada,  
al Venidero semejante,  
al varón engendrado en nueve lunas,  
a la mujer engendrada

Al Venidero,  
al que se adorne de collares tabúes,  
al que de su entraña extraiga potencia,  
al que descifre los grandes misterios,  
al que tenga poder que no envejezca,  
al que traiga canastos de alimentos,  
al que plante el maíz con mano diestra,  
al que cultive plantación fecunda,  
al que convierta en roza toda tierra.

Al Venidero  
servirán nuestros actos,  
al nuevo poblador de la morada:  
nuestra vieja artimaña de sigilos,  
la oscuridad de nuestras rogativas,  
la cocción de sudor de nuestros ritos,  
la donación de luz de nuestras plumas,  
la acción de medir el regocijo.

Nuestros actos,  
decimos.

Al venidero semejante  
al varón engendrado en nueve lunas,  
a la mujer engendrada.

¡Los lagos prodigiosos!  
¡Los olorosos bosques de canela!

Pomarrosas tejidas  
de fibras colibríes,  
plumas de aves saciadas de rocío,  
frutales como filtros de esencia embriagadora,  
declives recamados de piedra imán silvestre,  
serranías con ojos de lluvias descansadas!



¡Las palmeras celestes!

El rumor inviolado  
de un río delirante,  
la exhalación fecunda de la tierra,  
las piraguas de ingrátul movimiento en las ondas,  
los cántaros aupados de miel y encantamiento,  
los caminos maiceros enlunando las rozas...

Los lagos prodigiosos,  
los olorosos bosques de canela.

No habrá allá tierra seca,  
ni tribus enemigas,  
ni noche prolongada,  
ni garras de rapiña,  
ni niebla ofuscadora,  
ni pantanos, ni espinas,  
ni alba caliginosa,  
ni argucias sorprendivas,  
ni boas traicioneras,  
ni muerte, ni ancianía,  
ni tormentas que asuelen,  
ni chacra sucumbida,  
ni sequía agobiante,  
ni invasoras hormigas,  
ni flecha envenenada,  
ni presagios de ruina,  
ni torvas agüerías,  
ni sustancias violentas,  
ni alimañas malignas.

Y será innecesario  
el ritual de las conjuraciones,

exprimir la influencia  
de las temperaturas de las hierbas ocultas,  
de las pociones singulares,  
de lo que gime a media voz en los lagos,  
en el cruce de las maderas oscuras,  
la sumisión al elemento extraño,  
el sobrecojimiento,  
el frenesí en el círculo de fuego.

Y será innecesario  
el ritual de las conjuraciones,  
aplacar la infusión verde que exuda  
la escamosa espiral de las serpientes,  
la hacinada ceniza del pánico silvestre,  
las agrias expelencias del vértigo en la arcada,  
las amenazas de los animales cebados,  
la frecuencia mortal de las crecientes,  
la necesidad de las sangrías.

Ni la insignia de danza,  
ni el frenesí en el círculo de fuego.

¡Lodazal de chicharras! ¡Qué silencio  
de sudor de venado pica la piel del viento,  
sudor de nube roja trozando el humo verde del  
monte,  
su matorral de barba de bejucos,  
su pellejo de ceibo color ceibo que roza  
el avispero de humo que se troza en sus cumbres!

... qué ciega roza bruja de atravesar, el monte...  
... qué selva atribulada de abrir, el tembladero...  
... qué través rumoroso de vadear, el río...  
... qué luna rutilante de alentar, el sendero...

... qué estera conmovida de pasar, la espesura...  
... qué serpiente encogida de pisar, el silencio...  
... de pisar, el silencio...

Tuvimos rozas verdes  
en otras lunas,  
plantaciones antiguas  
en otras lunas.

Flotantes cachiveos,  
punterías certeras,  
alimentos variados,  
ingráviles tejidos,  
redes para hamaqueos,  
chubascos verberantes,  
comunidad de tierras,  
en otras lunas.

Plantaciones antiguas  
en otras lunas.  
Calabazas de mieles,  
en otras lunas.

Ardid para langostas,  
trampas para jaguares,  
sanguíneas amenazas,  
costumbres justicieras,  
visión en la penumbra,  
lagunas transparentes,  
bajadas fecundantes,  
en otras lunas.

Tuvimos rozas verdes,  
en otras lunas.

¿Llegaremos después?  
¿Podrá ser que lleguemos después?  
¿Qué tendrá mejor brillo: este tributo  
de anhelo torrencial o el raudo vuelo  
de nuestras flechas,  
la mirada profunda o el escudo  
del guerrero, la cofia  
ritual de la doncella o la esencial pregunta?

¿El labio o la pregunta?

¿Qué brillará más alto:  
la pregunta o el labio?

Pase extraño en la altura.  
Brilla siempre el lejano firmamento.

Decimos:  
nuestros mayores:  
(los de grandes semillas secas como collares,  
los de lengua en exordio de lluvia y exorcismo),

decimos,  
antepasados

a este mutismo vivo de oír en el mutismo,  
a esta acción caminante de andar por los caminos.

Nuestros abuelos,  
decimos,

(los de rostro exornado de impávida intemperie,  
los de barro cocido, los de atavío verde),

en otro tiempo,  
cuando el ojo de la lechuza perdía carbón negro,  
cuando la Vara Cruzada confundía los términos,  
el desarrollo de los senderos,  
decimos,

cuando se borraban los saltamontes en su salto  
y las hogueras se morían por dentro

midieron  
(nuestros mayores)

sus sacrificios y sus rogativas  
su afición a la caza,  
sus aseos tribales,  
sus danzas y emboscadas,  
sus pinturas de rostro,  
su poder de batalla,  
sus terrores nocturnos,  
sus leyes tributarias.

Decimos que midieron,  
como si el eco de las maderas que rompieran  
fuese a resonar en lo venidero, en su descendencia,  
en el barro de los que llegaban

Nuestros antepasados.

No habrá allá sombra extraña  
ni hechizo que exorciza,  
ni atajos cenagosos,  
ni alelantes fatigas,  
ni torrenteras sordas,  
ni arenas movedizas,

ni cerbatanas falsas,  
ni mortales resinas,  
ni torvos sacrificios,  
ni pociones sombrías,  
ni veranos aupantes,  
ni arcada repentina,  
ni hierbas de mal sueño,  
ni nubes aturdidas,  
ni angustias acuciantes,  
ni magias negativas,  
ni fermentos de peste,  
ni tósigos que aflijan,  
ni derrotas cobardes,  
ni gloria advenediza.

¿En qué luna partimos? ¿En qué punto  
de toma de color de las flores salvajes?  
¿En qué instantes de quiebra de la luz en los lagos,  
de la succión de aromas por las hierbas malignas,  
de la presión del aire  
en el cañuto brujo que blande el hechicero?  
¿En qué luna partimos? ¿Fue en el ciclo  
de las hojas caídas,  
de la arcilla agrietada, de las semillas sin fuegos  
o en la estación de las lluvias?

¿Habrá sido en la estación de las lluvias?

¿En qué luna partimos? ¿En qué punto  
del agudo silbido del pájaro agorero,  
del quejido chubasco del huracán, del viento  
tibio que adormece los árboles? ¿Fue en el instante  
de atorarse el maní de jugo erótico,  
de aligerarse de piel las serpientes,  
de la parición de los animales?

### ¿Habrá sido en la parición de los animales?

... qué arena de jaguares de ahuellar, la  
distancia...  
... qué guayacán oscuro de talar, el desierto...  
... qué resolana ciega de cruzar, el pantano...  
... qué sudor humeante de secar, el sereno...  
... qué hojarascal espeso de trizar, la maraña...  
... qué pelo en exorcismo de ovillar, el silencio...

... de ovillar, el silencio...

En el tiempo de la Flor Celeste  
llegaremos,  
al término de las lluvias grandes,  
cuando el palo de roza dé simiente a la roza,

En el tiempo de la Flor Celeste.

En el tiempo de la caza abundante  
llegaremos,  
al final de la sequía grande,  
cuando el aire adiestrado silbe en la cerbatana.

En el tiempo de la caza abundante.

Llegaremos  
en la luna creciente,  
en el florecimiento del lapacho  
llegaremos,  
en la estación de siembra.

Al final de la sequía grande.

Llegaremos  
en los meses del agua,  
en el pleito del sol sobre la tierra  
llegaremos,  
en los de olor de roza...

En el tiempo de la Flor Celeste.

¿Y los que quedan? ¿Van cayendo  
con los ojos cerrados debajo,  
acostados y secos bajo la lluvia inmensa,  
dilucidados por una savia quemada,  
como instruidos para esquivar los huracanes  
quedan, en su acabada maraña,  
en su pregunta quebrada?

¿Quedan en su pregunta quebrada?

¿Cumplieron así su fuego, tanteando  
por los caminos con su soliloquio,  
perteneciendo a lo que averiguaban,  
buscando el atavío  
de una tierra futura, de una tierra en que no  
cayeran,  
de un oloroso día sin desfallecimientos,  
sin ojos que se secaran, sin caras que envejecieran,  
interpelando a la noche, bebiendo  
desde el cántaro colorado  
que pudiera calmarles la sed y el ardimiento?

¿Quedaron en su vacío ardimiento?

¿O a solas con su pregunta quebrada?



¡Ñanderú! ¡Qué gran silencio!  
¡Qué bravencia de polvo revierte las pupilas  
hacia el humo quemado de la piel de los ojos,  
chamuscazón de espera, pavor de quemadura  
de espera en la pupila que el horizonte quema!

¡Tizón de las luciérnagas,  
gota hormiga de incendio en la mirada  
por el fondo madera guayacán del sendero,  
ramazón de fatiga, color de colorada  
fatiga en el sendero de luciérnaga en celo!

Pase extraño en la altura.  
Brilla siempre el lejano firmamento.

Los de caza estarán allá,  
los animales.  
Todos los animales de caza.

El ligero estará allá,  
el halcón ligero.  
Estará allá el halcón ligero.

El fuerte estará allá,  
el cazador fuerte.  
Estará allá el cazador fuerte.

El de flecha estará allá,  
el de flecha negra.  
Estará allá el de flecha negra.

Los de arco estarán allá,  
los de arco largo.  
Estarán allá los de arco largo.

Se dice,  
estarán allá los de arco largo.

El firmamento brilla.

Allende  
el monte aquel, lejano,  
se ve la nueva roza,  
la escondida.

(Donde estarán los semejantes  
a nosotros  
la totalidad de nuestros semejantes.)

La morada  
de la equidad en la justicia,  
de las medidas palabras,  
de las plantaciones comunes,  
de las cigarras coloradas,  
de los fogones compartidos,  
de la ejemplar templanza.

Aquella,  
la morada  
(la que allá divisamos),

la Primera Morada,

allende  
el lago grande,  
allende  
el ijar del jaguar de salto grande.

¡El brillo de los árboles!  
¡El brillo de los grandes árboles!  
Decimos que pisamos el brillo de los grandes  
árboles.

La tierra.  
Ya pisamos su brillo.  
Decimos que ya estamos pisando la tierra.

Su brillo.  
Ya pisamos su brillo.  
Decimos que ya estamos pisando el brillo de la  
tierra.

Sus llamas.  
Ya pisamos sus llamas.  
Decimos que ya estamos pisando las llamas de la  
tierra.

Sus raíces  
Ya pisamos sus raíces.  
Decimos que ya estamos pisando las raíces de la  
tierra.

Sus colores.  
Ya pisamos sus colores.  
Decimos que ya estamos pisando los colores de la  
tierra.

Decimos que ya estamos pisando su brillo,  
sus raíces,  
decimos que ya estamos pisando sus llamas,  
sus colores.

Que verdaderamente entramos a pisar las raíces  
y el brillo de la tierra,  
que verdaderamente entramos a pisar las llamas  
y los colores de la tierra.

Y el brillo,  
el brillo de los grandes árboles.

**INEDITOS**



## ME DIJO QUE NO

Al verla venir  
el cielo se abrió;  
pregunté su nombre,  
me dijo que no,  
si sdónde vivía  
y me lo negó;  
le acerqué una rosa  
y un clavel punzó,  
le miré a los ojos,  
me dijo que no.

Cielito, cielo y más cielo,  
cielito de andar y andar,  
cielito de mi desvelo,  
cielito del Paraguay.

La besé de pronto,  
y se me alejó,  
vestidito blanco  
de color de albor,  
andar de paloma  
que apenas voló;  
le dije dos cosas  
y se sorprendió,  
le acerqué la cara,  
me dijo que no.

Cielito, cielo que sí,  
cielito, cielo que no,  
cielo de una luna esquiva  
que una noche me alumbró.

Le indiqué un camino,  
me dijo que no,  
le pedí el tesoro  
que siempre escondió;  
le pedí rogando,  
le ofrecí una flor,  
me acerqué cantando,  
le conté mi amor,  
me acerqué a sus labios,  
me dijo que no.

Cielito de mis amores,  
de mis horas de cantar,  
cielo de siete colores,  
cielito del Paraguay.

Elvio Romero  
1987

## LOS AYOREOS

(Filadelfia, Colonia Mennonita,  
Chaco paraguayo.)

Los ayoreos sueñan con sus bosques,  
con la Tierra-Sin-Mal que está escondida



más allá del palmar y el horizonte,  
con el collar de pluma de sus ritos,  
con los misterios hondos de la noche.

(El hombre blanco ha impuesto  
su ley en la comarca;  
le desterró a sus dioses,  
le arrebató sus máscaras,  
su alba de guacamayos,  
sus confines de caza.)

Los ayoreos sueñan con sus bosques,  
con la iguana que cruza las picadas  
y el caimán que bosteza por los bordes  
del gran río, en las siestas amarillas,  
cuando el calor arrasa con los montes.

(El blanco le ha robado  
el venado y la calma,  
las antiguas creencias,  
la luz antepasada,  
la vincha de fulgores  
y la vara de danzas.)

Los ayoreos sueñan con sus bosques,  
con el panal de fuego del lucero;  
descifran el lenguaje y los colores  
de las aves que cruzan el desierto,  
de las serpientes en los camalotes.

Mientras el blanco trama su emboscada,  
los ayoreos sueñan con sus bosques.

## MALAS COSAS NOS SUCEDIERON

Malas cosas nos sucedieron,  
                  chamacocos,  
malas cosas nos sucedieron.

Queríamos recorrer el mundo,  
poblar el mundo con las palmeras,  
hacer sonar nuestros sonajeros,  
cantar a la lluvia en la pradera,  
guiar a los astros por el cielo,  
que el tigre y las serpientes mueran,  
que hable el loro con su color,  
que el colibrí se nos aparezca.

Queríamos recorrer el mundo,  
poblar el mundo con las palmeras,  
que el pato negro nos dé sus plumas  
y la ponzoña desaparezca,  
que siga firme el bastón de mano  
para la danza de las colectas,  
que el techo del alba sea nuestro,  
que las ceremonias sean secretas.

Malas cosas nos sucedieron,  
                  chamacocos,  
malas cosas nos sucedieron.

Nos han cazado como a animales,  
nos redujeron como a su presa,  
el rifle cazador disparó al blanco,  
nos capturaron como a las fieras,

Malas cosas nos sucedieron,  
chamacocos,  
malas cosas nos sucedieron.

# I

Adonde va la Muerte  
está el caballo, ese caballo negro  
que asiste a la desolación, al reverbero trágico  
del horror y el instinto, a su explosión perversa;  
la sigue, corcoveando, como un atroz testigo,  
levitando en un relincho aciago, la piel oscura de  
betún  
perdiéndose en las sombras,  
avanzando en la noche con temblor de murciélago.

325

Es ése, ese animal de augurios,  
hierático y sombrío, erizando los pastos  
con un letal zumbido en movimiento,  
tendiendo una emboscada,  
suprimiendo distancias,  
el yodo de la espuma en la quijada,  
el músculo en el viento como una fusta hiriente,  
chamuscando las hierbas al provocar el fiero  
y bárbaro ritual del exterminio.

Donde pasa la Muerte  
está el caballo. Está allá, en la lomada,  
la mirada terrible de relámpago frío,  
un sudario en el cuero de las ancas,  
irreal y fantástico,  
bestia inquietante y sin misericordia,  
cortando en dos la noche con sus cascos de fuego.

Ese corcel feroz, en cacería  
de su propio jadeo, de su respiración, inquisidora,  
resollando en el descampado,  
la brasa ardiente de las patas hundiéndose  
en los esteros,  
ahora con la Muerte fantasmal en la grupa,  
con la guadaña en llamas,  
carcajeándose,  
contemplando el osario a su alrededor  
—en el deshabitado pueblo, vacío, de la greda  
escarlata—,  
las crines humeantes,  
hocicando en la atmósfera reseca,  
ese caballo torvo, enloquecido y negro, del terror  
en la noche...

## ESE CABALLO

### II

#### A

*Federico García Lorca,  
in memoriam.*

Hay un caballo blanco  
allá, velando; volando hacia la altura  
—espléndido y fogoso— con el amanecer en la  
grupa;  
de lumbre y transparencia, de repente aparece  
estremeciendo el campo, abriendo las fronteras;  
tiene una rosa fresca en los ijares,  
la lluvia de las crines encendiéndose  
en la tarde, dorando, iluminando el cielo.

Es el fulgor, el júbilo  
del futuro auroral, una magia de estrellas;  
es un pastor radiante ese caballo,  
agitación de arco iris  
chispeando en los astros,  
despertando a su paso un rayo raudo,  
flamante en su galope, flameando  
—en una danza de oro— las banderas del pueblo.

¿Qué lleva en la montura;  
qué jinete cantando en los estribos  
—la guitarra a la bandolera—; qué paraguayo puro  
rememorando guerras, intrépidos e invictos  
comuneros, caídas y catástrofes?  
¿Cuántas flores de sangre va apretando  
en su aliento encendido,  
dispersando gavillas de colores al viento?

De oro es el caballo,  
augur de tiempos nuevos, corcovea  
contra la luz, con alas; va con alas  
sobre la selva, sobre las planicies desérticas  
—celeste exhalación—, sobre las casas,  
sobre los pastos amarillos,  
ascendiendo a una atmósfera caldeada,  
vivaz e iridiscente,  
con clara certidumbre de alcanzar el alcor del  
horizonte.

Adonde va el fulgor  
está el caballo, ese clavel airoso,  
sol y músculo tenso atravesando  
el ascua de la llanura; es el cantar profundo  
de una esperanza indemne para todos, anunciando  
la luz boreal, la vida,  
sin herraduras, libre, los flexores abiertos,  
el tendón florecido en la carrera  
—en la tierra alhajada de esmeralda y rocío—,  
elástico y ligero,  
ese caballo blanco de libertad dichosa entre los  
cerros...

## IMAGINARIO ENCUENTRO CON ELSA MERELES

(En Clínicas, 1988.)

Elsa mereles: algo  
de clavel conmovido apareció en mi mesa esta  
mañana,

y un claro rostro se dibujó en el espejo;  
pensé que todo transcurría en el sueño, en una  
pesadilla,  
en una imaginaria presencia del desvelo;  
pero no, era Ud. la que me visitaba,  
quién venía a contarme las pesadoras horas de su  
vida.

(Rostro tranquilo de mujer afable  
que acerca la ternura y el sosiego;  
gota serena de agua insobornable,  
mariposa de fuego.)

Contemplo en sus espaldas  
una rosa morada, una punzante herida,  
rosa injuriada, ajada, en el surco encendido  
de su piel palpitante, en esa espalda morena  
con luz cálida y tibia,  
suave y aromada como una flor silvestre al  
descampado.

(Un viento arisco escarpe una semilla  
de carmín por su rostro, y un temprano  
resplandor besa el aire en su mejilla,  
rocío del verano.)

Me habla de sus afanes  
de mujer que desea ver a su patria limpia  
de sombras luctuosas, de crepúsculos pérfidos;  
me enseña en la ladera de sus hombros las huellas  
de la inútil violencia,  
y yo digo que son así como una carta esos  
hombros,  
carta donde se leen las letras luminosas de un ciclo  
de heroísmo.

(Una flor paraguaya que se atreve  
a darle aromas a la tarde fugaz,  
y agregarle un gorjeo raudo y leve  
de paloma torcaz.)

Y ella, Elsa Mereles, me dirá suavemente:  
-Hermano, hemos llegado. Y será cierto. Estaremos  
llegando,  
ya estaremos aireando las sábanas al viento  
y el oprobio y la afrenta habrán pasado  
como pasa el silbido de una serpiente sibilina y  
negra.

(Levantaráse el sol en las mañanas,  
con la esperanza toda abriendo el día,  
y vendremos a ver si las campanas  
repican todavía.)

y le diré a mi vez: -Hermana, estamos juntos.  
Y será cierto también. Y caerán los cerrojos  
y se abrirán las celdas  
y alguien saldrá cantando en las praderas  
y cara a cara nos enfrentaremos  
los Justos y los Réprobos, porque el tiempo es  
llegado,  
el de la cosecha y la espiga, en una madrugada de  
júbilo en la tierra.



## INDICE

Presentación de <i>Miguel Angel Asturias</i> .....	7
Hacia el Paraguay lejano ( <i>Nicolás Guillén</i> ) .....	9

### UN RELAMPAGO HERIDO (1963 - 1966)

Un relámpago herido .....	13
A la intemperie .....	13
Al amor un nombre .....	14
En la ribera .....	16
Lluvia .....	17
Cabellos .....	18
Así es ella, me dije .....	19
Sonríes .....	20
Himno .....	21
En todo .....	21
Júbilo .....	23
Labios .....	24
Verano .....	25
Siesta .....	26
Instante .....	26
Tren de la noche .....	27
Orejas .....	29
Viene, me digo siempre .....	29
Sangre libre .....	30
Buscándote .....	31
Cuando estás lejos .....	32
Si un día .....	33
Senos .....	34
En esas horas .....	35
En silencio .....	36
Entre colinas .....	37
Le pondría .....	37
Párpados .....	38
Sombra a los pies .....	39
Signo .....	39

Nudo ciego .....	40
Ese secreto .....	41
Contusión .....	42
Cintura .....	44
Huésped .....	44
Tormenta .....	45
Pluvial .....	45
Aquel beso desnudo .....	46
En una sola tarde .....	47
Brazos .....	48
Triunfante plenitud .....	49
Pertenencias .....	50
Cuántos paisajes .....	51
Regreso .....	52
Bajo los árboles .....	52
Fertilidad .....	53
Nuestro país .....	54
En el atardecer .....	55
Sentencia .....	57
Jornada en una estrella .....	58

## LOS INNOMBRABLES (1959 - 1973)

De caminante .....	63
I- Hombre del sur (casi quiromancia) .....	63
La patria .....	65
Lo nuestro .....	66
Caminos .....	67
Trapiche .....	68
Tren con banderas .....	69
La sortija .....	70
Rasgueo popular .....	71
Con la tierra hasta la cintura .....	73
Vietcong .....	75
En la sed de la tarde .....	76
Canción del arriero .....	77
Cada vez más .....	78

Una doctrina en movimiento .....	79
Balada .....	80
Muerte en los obrajes .....	82
Nativo .....	83
Escribir para los de abajo .....	85
Bordón de octubre .....	87
Endecha .....	88
El hombre inmóvil .....	89
Para todo trabajo .....	90
En boca cerrada .....	92
Revuelta .....	92
Carta .....	93
En lenta, dura marcha... ..	94
La frontera .....	96
Secuencia de un crimen .....	98
Yacy (la luna) .....	98
Muerte de Perurimá, cuentero, enredado en su lengua... ..	101
Tributo .....	103
El tejedor de mimbres .....	104
Casa cautiva .....	105
II- Cepí Ramírez mira... ..	108
III- Morena Toro .....	116
El baile de Morena Toro .....	117
La noche con Morena Toro .....	119
IV- Nosotros, los innombrables .....	121
Jornada en la semilla.....	128
Tortura .....	130
Hombre .....	132
Con ese mismo corazón que cantaba .....	132
Un rito para el héroe .....	135
Donde se aprueba el nixonicidio y se agradece a Pablo Neruda su libro y su defensa de la revolución chilena .....	137

## DESTIERRO Y ATARDECER (1962 - 1975)

De uno y de todos .....	143
En la orilla opuesta .....	144

Cruce.....	144
Sino.....	145
Imágenes.....	146
Señales.....	147
Contrasentido.....	147
Allá.....	148
Siempre que me visitan.....	149
Mancha.....	149
Hay sombras que van conmigo.....	151
Desvelo.....	152
El reloj.....	152
El sueño.....	154
Noroeste.....	155
Marítimo.....	156
Diez años... ..	157
Parada.....	158
Para saber de mí.....	159
Poema simple.....	159
En un lejano cementerio.....	160
Culpa.....	161
Te irás un día.....	161
Ronda.....	163
El dictador.....	163
Abajo... ..	164
Desprevención.....	164
Extranjero.....	165
Esperando las lluvias.....	166
Luto.....	167
¿Destierro?.....	167
Rincón.....	168
Raíz.....	169
Ofrecimiento.....	169
Tardío.....	171
Responso mínimo.....	172
Convite.....	173
Asunción.....	173
Tarde.....	174
Ahora que me acompañas.....	175

Diciembre .....	176
Para que haya triunfo .....	177
Tu signo .....	179
Vacío .....	180
Poema del aeropuerto .....	181
Con la tierra en los labios .....	182
Albergue .....	183
Andando .....	184
Retorno será el tuyo .....	185
Nocturno paraguayo .....	186
Epitafios del desterrado .....	188

## EL VIEJO FUEGO (1977)

El amor .....	193
Aquí, entre todos .....	194
Bajo una luna grande .....	195
Cabalgata .....	196
Con tu nombre .....	197
Fiesta .....	198
Che ropea guype .....	199
En los caminos .....	200
¿Te acuerdas? .....	201
Nocturno .....	202
En marcha .....	202
A nuestro paso .....	203
Con un silbido .....	204
Vientos contrarios .....	206
En tus ojos .....	207
Saliendo de tus brazos .....	208
¿Todo sabré de ti? .....	208
El puente .....	209
De entre mis reinos .....	210
Dureza .....	211
Velando .....	212
Señales .....	213
Siempre .....	215

No al sur .....	216
Palabras .....	216
Alúmbrame con tu luz .....	217
Su boca, boca tuya... ..	218
Intemperancia .....	219
Baño .....	220
Intermedio .....	221
Una hora de recogimiento .....	222
Cantar de víspera .....	223
Son ellos .....	224
Festejo con amigos .....	225
No pesas .....	227
Manta .....	227
El germen .....	229
El hijo .....	230
Nosotros no mentiremos .....	233
A tu custodia .....	234
La historia de mi corazón .....	235

## LOS VALLES IMAGINARIOS

(1984)

I- Padre del fuego .....	241
Éxodo .....	242
Sobre aquel camino real .....	244
Relato sobre Chiró, el hechicero que acompañó a Garay a fundar Buenos Aires y regresó volando al Paraguay .....	246
Yaguavevé (el cometa) .....	248
Ynambu'í (perdiz silvestre) .....	248
Etiguará, antiguo poeta guaraní .....	249
Cará - Cará .....	251
Del campanero visionario o los delirios de Emeterio .....	253
Inmigrante de Yegros .....	255
Eloísa .....	256
Réquiem para un titiritero .....	257
Se va el circo .....	259
Madrugada .....	260
Trompo .....	261

El eclipse .....	262
Bastón de ciego .....	265
Rogativa a las lluvias .....	266
Espejismo de enero .....	268
De una flauta y un pájaro .....	269
La hondita .....	269
Pombero acecha silbando .....	270
Visitante del cielo .....	272
Yporá, el genio oscuro de las aguas... ..	273
Pueblo .....	275
Arpa calesitera .....	276
Un barco de papel .....	278
María de Jesús Riquelme .....	279
Jakairá, protector de los hechiceros .....	280
Põra, espíritu nocturno .....	282
Rogativa a los vientos benéficos (norte y este) .....	284
Curupí, sátiro silvestre .....	286
La muerte en el valle .....	288
II- Brindis al descampado .....	290
A qué cantar sino contar .....	291
Me ve pasar la misma gente .....	293
Vuelvo hacia ti, mi tierra .....	295

**LIBRO DE LA MIGRACION**  
**(YBY - ÑOMIMBYRÉ)**  
**(1958 - 1964)**

Pág. ....	301
-----------	-----

**INÉDITOS**

Me dijo que no .....	321
Los ayoreos .....	322
Malas cosas nos sucedieron .....	324
Ese caballo - I .....	325
Ese caballo - II .....	327
Imaginario encuentro con Elsa Mereles .....	328





Este libro se terminó de imprimir el 18 de mayo de 1990,  
en la **IMPRESA SALESIANA**,  
Tte. Fariña 1295 c/Cap. Figari. Tel: 22-303  
Asunción - Paraguay

Durante el largo destierro que padecí, mis compatriotas, mis amigos, y algunos desconocidos también, se acercaron a mi casa, a mi casa de exiliado, trayendo la fragancia de las cosas lejanas, reconfortando mi retiro. Compartí la lucha de mi pueblo por su libertad, viví atento a la formidable gesta protagonizada por los miles de combatientes que, cautelosa y valerosamente, prepararon el porvenir de la patria, y mi canto se fué conformando así, entre exaltaciones vibrantes y melancolías, de esas luces y sombras que, alternativamente, estremecen el alma. No se ya si pronto, o tarde, comprendí que debía recoger en mi poesía todos los estados de ánimo que brotaron de esas tristezas fugaces y de una impenitente e impertinente rebeldía.

Entonces abrí todas mis ventanas para que entrasen los vientos del mundo, y así pude juntar las desvaídas hojas del decaimiento con la ardiente ramazón de un fuego combativo. Todos mis sentimientos, todos, se mezclaron, como en la galera de un prestidigitador los papelitos de colores y desde donde salió volando una paloma de oro al calor de mis pasiones e imagerías.

Elvio Romero